



¿Mereció la pena, Ruth?

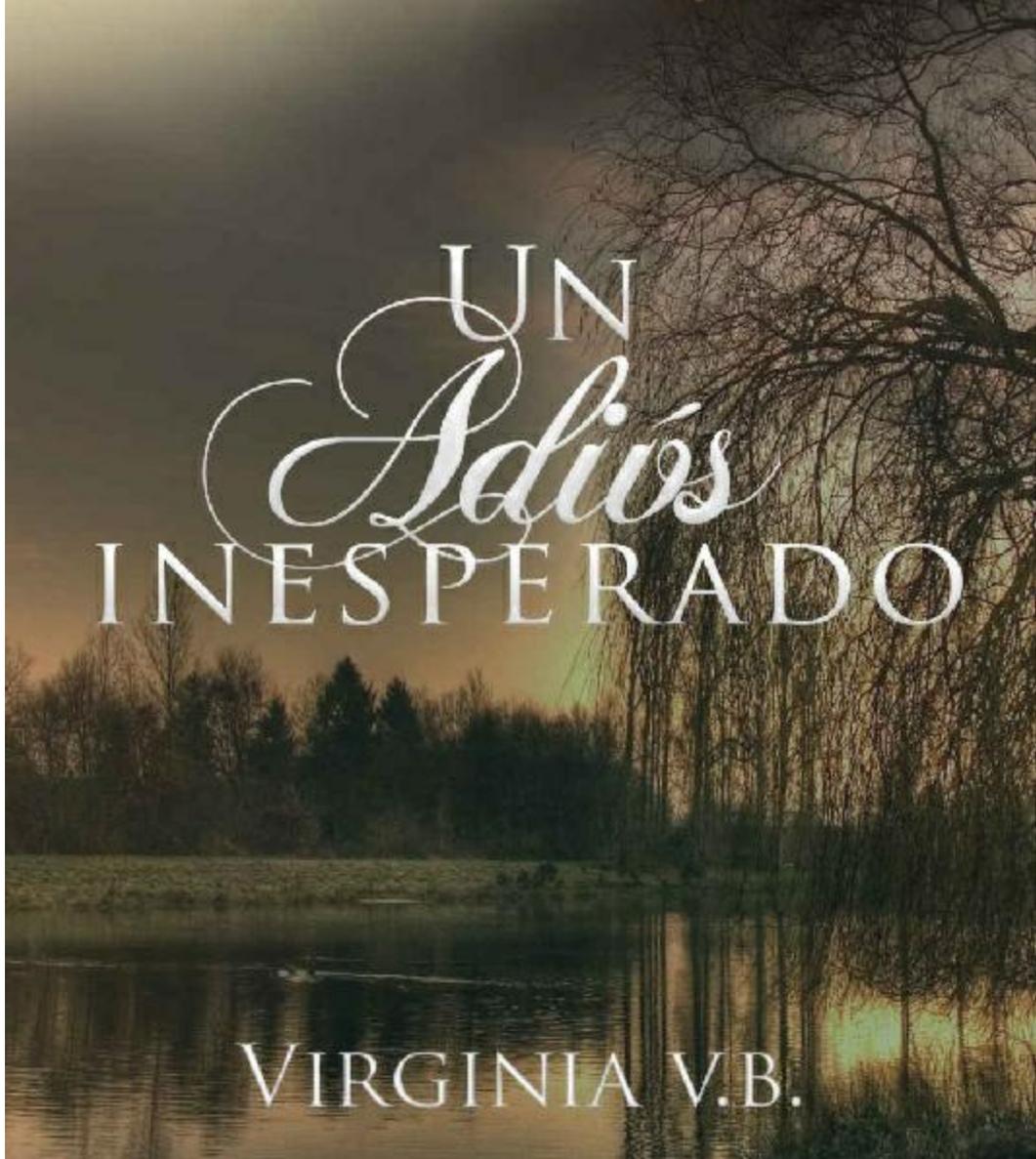


UN
Adiós
INESPERADO

VIRGINIA V.B.



¿Mereció la pena, Ruth?



UN
Adiós
INESPERADO

VIRGINIA V.B.



Copyright © 2017 Virginia V.B.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

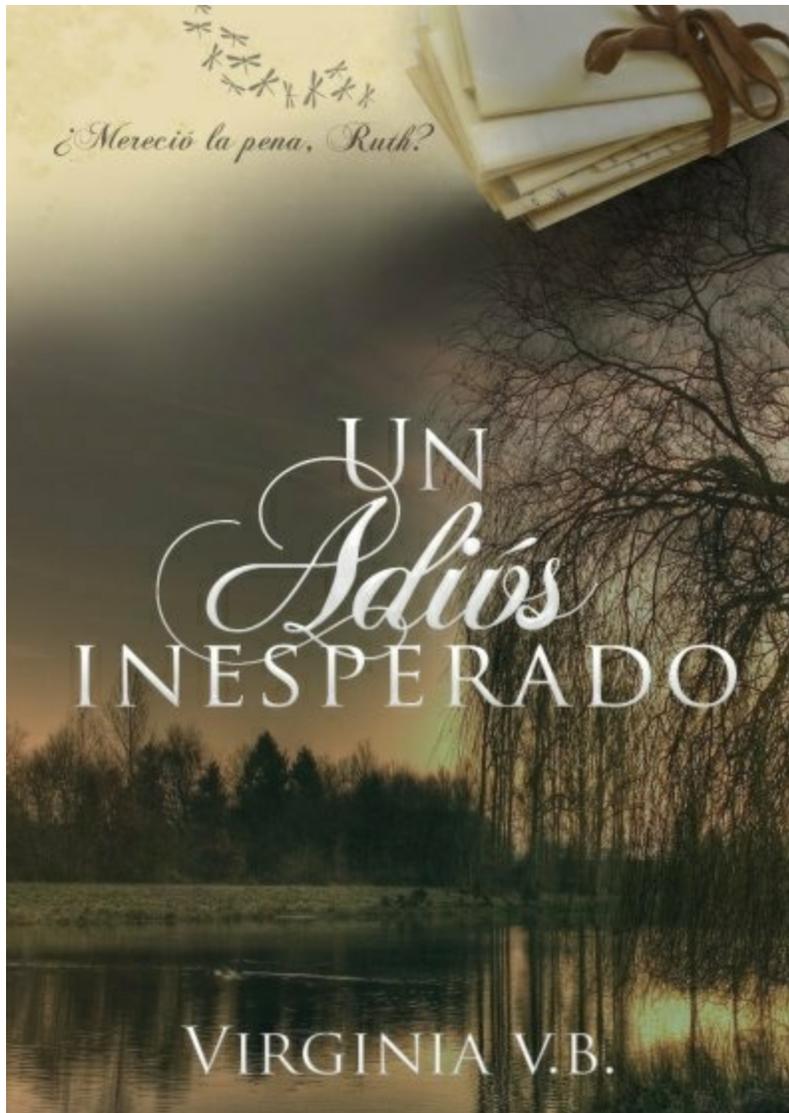
Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

1ra Edición, Septiembre 2017.

Un adiós inesperado

Diseño y Portada: EDICIONES K.

Maquetación: EDICIONES K.



UN ADIÓS INESPERADO

VIRGINIA V. B.

ÍNDICE

Dedicatoria

Sinopsis

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Agradecimientos

Sobre la autora



« *Hola, Ruth:*

¿Cómo estás? Ahora mismo seguro que sorprendida, ¿me equivoco?»

Así comenzaba la carta que recibí de Judith, una de las personas más importantes de mi vida, aquel

día. Y, no, no se equivocaba. Hacía diez años que no sabíamos la una de la otra, ¿cómo no iba a estar

sorprendida?

«*¿Qué nos ha pasado, Ruth? ¿Por qué dejamos de hablar? ¿Cuál fue el motivo de nuestro*

distanciamiento?».

Yo me hacía las mismas preguntas día tras día. Y la única respuesta posible que se me ocurría era

que, la vida, nos había llevado por caminos distintos y, nuestra amistad, esa que una vez fue lo más

importante para ambas, dejó de serlo. Estaba equivocada, lo supe poco tiempo después.

«La última vez que nos vimos, hace ya diez años, fue el día de tu boda con el estirado ese de Jean

Paul y, parecías feliz. ¿Lo eres? ¿Eres feliz, Ruth?».

¿Lo era? Por aquel entonces tenía mis dudas, pero, esa carta y mi regreso a Los Sauces, el pueblo que

nos vio crecer, las disiparon, cambiando mi vida para siempre.

A mi hermana, por compartir nuestras memorias de infancia y nuestros sueños de adulto. Por ser muchísimas veces la voz de mi

conciencia. Por abrirme los ojos siempre que lo necesito. Por estar ahí, siempre, en lo bueno y lo malo.

Gracias.

Te quiero hasta el infinito y más allá.



1

Con manos temblorosas y el corazón encogido, volví a coger la carta que el mayordomo había dejado

esa mañana sobre la mesa de mi escritorio.

Tal vez, si la leyera una vez más, me diera cuenta de que, lo leído anteriormente no era verdad.

Me negaba a creer que Judith, una de mis mejores amigas de la infancia, hubiera hecho aquello.

No, no podía ser cierto. Inspiré con fuerza, y posé la mirada en aquella hoja que me señalaba

haciéndome preguntas que no me atrevía a responder. Pero, sobre todo, haciéndome sentir la peor

amiga del mundo.

De ser verdad lo que mi amiga me decía, y en mi fuero interno sabía que lo era, aunque yo me negara

a creerlo, pesaría sobre mi conciencia el resto de mi vida...

« *Hola, Ruth:*

¿Cómo estás? Ahora mismo seguro que sorprendida, ¿me equivoco? Apuesto a que no. Te conozco

casi mejor que a mí misma y sé que te estarás preguntando por qué después de tanto tiempo, me he

puesto en contacto contigo.

Verás, hace unos meses que he vuelto a “Los Sauces”, el pueblo que nos vio nacer, crecer y

emigrar en busca de esa posibilidad que nos llevara al camino correcto para cumplir nuestros

sueños.

El tuyo, el de Aina, el de Delia y el mío. Nos fuimos de aquí con ilusión, haciéndonos infinidad de

promesas, sin tener la menor idea de que la vida nos tenía deparado algo totalmente diferente a lo

planeado o soñado. Llevándonos por caminos distintos hasta el punto de pasar de ser las mejores

amigas, a ser completamente desconocidas unas para otras. Qué ingenuas al creer que, con el

paso del tiempo, nosotras, seguiríamos siendo las mismas, ¿verdad? ¿Sabes? Desde que he

llegado aquí, los recuerdos de nuestra niñez y adolescencia me embargan. No hay un sólo rincón

de este pueblo que no os traiga a mi memoria. Recuerdos de la más absoluta felicidad.

Llenos de risas, de confesiones y travesuras que me hacen volver una y otra vez a aquella época.

Una época en la que creíamos que todo era posible. Como dirían nuestros abuelos, bendita

inocencia la nuestra. En cambio, ahora...

¿Qué nos ha pasado, Ruth? ¿Por qué dejamos de hablar? ¿Cuál fue el motivo de nuestro

distanciamiento? Porque, por más que le doy vueltas, no encuentro un motivo con el suficiente

peso para que nos hayamos dejado de lado.

Ni siquiera recuerdo una discusión entre nosotras. Supongo que al final, nuestra amistad no fue

tan importante como los problemas cotidianos, como el día a día y, simplemente, dejamos pasar el

tiempo ocupándonos de cosas que podían parecer importantes y en realidad no lo eran.

La última vez que nos vimos, hace ya diez años, fue el día de tu boda con el estirado ese de Jean

Paul y, parecías feliz. ¿Lo eres? ¿Eres feliz, Ruth? ¿Has conseguido ser la mejor chef del mundo?

Porque ese era tu sueño.

Estudiar cocina en “Le Cordon Bleu” en París y tener tu propio restaurante.

Hasta donde yo sé, diriges la galería de arte de tu esposo. Una galería muy importante y con

mucho éxito sí, pero ¿era eso lo que querías? Disculpa mi franqueza, pero no, no era eso lo que

más deseabas en el mundo. Sólo una de nosotras consiguió su propósito, Aina, y la admiro por

ello. Por no rendirse. Las demás, nos conformamos con lo que fue llegando sin ni siquiera

protestar. Nos adaptamos y, dejamos que la vida fuera pasando, arrastrándonos con ella. Dejando

que nuestros sueños y nuestra amistad, se quedaran en el tintero. ¿Mereció la pena? Mi respuesta

es no. Ojalá pudiera saber la tuya.

El día de tu despedida de soltera, las cuatro juntas, con un pedo descomunal, íbamos de retirada

cuando pasamos por delante del escaparate de aquel estudio de tatuajes. Siempre quisimos

hacernos uno, ¿lo recuerdas? Y decidimos que, por fin, había llegado el momento.

Teníamos veintisiete años, ya no éramos unas niñas y teníamos la suficiente madurez para no

arrepentirnos de marcar nuestro cuerpo con un dibujo de por vida que simbolizara algo para

nosotras. Estuvimos más de dos horas sentadas frente a un montón de dibujos meditando, hasta

que de repente, Delia gritó: «¡libélula!».

Y todas sonreímos porque era una idea estupenda.

¿Cómo no lo habíamos pensado antes? En “Los Sauces”, las libélulas estaban por todas partes,

pero sobre todo en nuestro rincón preferido a la orilla del río. Incluso habíamos hecho un trabajo

sobre ellas para el colegio. ¡Dios, qué tiempos aquellos! Desde aquel día, en nuestra muñeca

derecha descansa una libélula preciosa. Pero no por el dibujo en sí, sino por su significado. Un

significado que, por circunstancias de la vida que me ha tocado vivir, me ha llevado a escribir

esta carta.

La libélula simboliza cuatro cosas. Primera: madurez y profundidad del carácter. Su vuelo a

través del agua representa el acto de ir más allá de lo que está en la superficie y mira en las

implicaciones y aspectos más profundos de la vida. Eso es lo que he estado haciendo yo desde que

he vuelto aquí. Profundizar en mi vida. Una vida que no me satisface y que, si tuviera más tiempo,

cambiaría. Segunda: poder y equilibrio, algo que sólo viene con la edad y la madurez. Tengo

treinta y siete años y me considero una mujer madura, al menos mentalmente. Pero no tengo ese

equilibrio que me hubiera gustado tener a esta edad, y tampoco dispongo de tiempo para

encontrarlo, para qué mentir. Tercera: la libélula vive como adulto dos meses y, en ese poco

tiempo, lo hace todo. Su estilo de vida simboliza la virtud de vivir en el momento y vivir la vida al

máximo, siendo consciente de lo que eres, dónde estás, lo que estás haciendo y lo que quieres.

Sé lo que soy, una mujer joven a la que hace poco más de un año diagnosticaron alzhéimer precoz.

Una enfermedad que me marchitará, que hará que me olvide de todo y que, probablemente, me

vuelva agresiva. Una enfermedad que por desgracia me tocó vivir primero con mi abuela, y

después, con mi madre.

Estoy donde quiero estar, en “Los Sauces”, empapándome de su belleza, de su tranquilidad.

Abrazando a mi padre y a mi hermano, dejándome querer y mimar. Comprobando hasta dónde soy

capaz de recordar.

¿Qué estoy haciendo? Despidiéndome, a mi manera. Despidiéndome de la felicidad que viví aquí.

Despidiéndome de toda esta gente maravillosa que contribuyó a esa felicidad. Despidiéndome,

aunque sea por carta, de vosotras que, a pesar de habernos distanciado, para mí, seguís siendo

las mejores amigas del mundo.

¿Qué quiero? Irme, Ruth. Irme sin que mi padre y mi hermano tengan que volver a pasar por la

tortura de ver una vez más a un ser querido consumiéndose en vida sin saber quién es. Irme ahora

teniendo la certeza de que os llevo a todos cristalinos en mi memoria y que, una maldita

enfermedad no conseguirá borraros de ahí.

Cuarta y última: la apertura de los ojos. Los ojos de la libélula simbolizan la visión desinhibida

de la mente y la capacidad de ver más allá de las limitaciones del ser humano. A mí me ha tocado

abrir los ojos demasiado tarde para darme cuenta de que no había hecho nada de lo que quería

hacer y que ahora, cuando intentaba poner remedio a eso, me veo limitada por una maldita

enfermedad que no me dejará seguir luchando.

No quiero que a vosotras os pase lo mismo. No quiero que un día te despiertes de golpe y te des

cuenta de que has malgastado tu vida esforzándote una y otra vez en algo que no te hacía feliz.

Por eso quiero que cierres los ojos y medites en todas esas cosas de las que hablábamos. Que

pongas en una balanza lo que tienes y lo que deseabas para ver hacia qué lado se inclina. Si lo

hace hacia el lado de lo que tienes, adelante, sigue con tu vida y vívela al máximo. Si por el

contrario se inclina hacia lo que deseabas, abre los ojos despacio, respira hondo y no tengas

dudas. Lucha por aquello que anhelas y sé feliz. Aún estás a tiempo de cambiar lo que no te gusta

de tu vida, Ruth. Hoy sabes que puedes, en cambio, si esperas a mañana, puede que sea demasiado

tarde. Créeme, sé de lo que hablo.

Bueno, para cuando leas esta carta, yo ya no estaré aquí. No es algo que haya decidido a la

ligera, lo he meditado mucho y es mi decisión. No espero que lo entiendas, pero por favor, no me

juzgues. Sólo respétalo. Y no, no te martirices pensando que, de haberlo sabido, hubieras podido

hacer algo al respecto porque no es así. Nada, ni nadie, podrían conseguir que cambiara mis

planes.

Lo dejo todo preparado para que mi abogado se ponga en contacto con vosotras y os comunique

cuál es mi última voluntad. Sé que haréis todo lo posible por complacerme.

Te quiero, Ruth. Os quiero mucho a todas y os llevo conmigo allá donde vaya.

Hasta siempre.

Judith Morales».

Me limpié con lentitud las lágrimas silenciosas que resbalaban por mis mejillas y suspiré. Que no me

martirizara decía... Que no la juzgara... ¿Cómo no hacerlo? Ella, la mujer más valiente que había

conocido en mi vida decidía poner fin a la suya marchándose por la puerta de atrás. No, por la puerta

de atrás no, al contrario, se iba por la puerta grande con la cabeza bien alta, demostrándonos una vez

más lo generosa que era. Siempre pensando en los demás. Los que no la conocieran

pensarían que su decisión había sido egoísta al hacer a su padre y hermano pasar por algo tan

doloroso como su partida, pero se equivocaban. Y si esa había sido su decisión, ¿quién era yo para

cuestionarla?

Su partida me dolía. Me dolía hasta tal punto que me faltaba el aliento. Desde que había leído por

primera vez la carta, tenía la sensación de que un elefante se había sentado en mi pecho, haciendo

casi imposible que un resquicio de aire entrara en mis pulmones.

Me sentía tan mal por ella. Por mí. Por todas... Estaba completamente segura

de que tanto Aina como

Delia, habían recibido una carta igual a la mía. ¿Estarían pensando lo mismo que yo? ¿Lo tontas que

habíamos sido al dejar que la rutina nos marcara nuestra forma de vivir olvidándonos de lo más

importante que teníamos cuando salimos del pueblo?

Nuestra amistad siempre fue lo más importante para nosotras, y en cambio se fue diluyendo,

esfumándose sin que ninguna le pusiera remedio.

¿Por qué lo hicimos? ¿Hubiera sido otro el desenlace de la vida de Judith si nuestra relación siguiera

siendo la misma de hace diez años? Probablemente no, pero al menos no hubiera estado sola.

La habríamos acompañado hasta el final.

No sé cuánto tiempo permanecí allí de pie mirando por la ventana, en realidad sin ver nada. Sumida

en mis pensamientos, incapaz de moverme. Asimilando que nunca más volvería a ver a Jud. Sé que

podría parecer hipócrita porque hacía muchos años que no nos veíamos, que no hablábamos. Pero yo

sabía que ella estaba ahí, en alguna parte del globo terráqueo y la imaginaba feliz. Nunca, jamás,

habría imaginado un final para ella así. Ni para ella ni para ninguna, la verdad. Un golpe tímido en la

puerta me hizo aparcar mis pensamientos a un lado.

—Adelante—susurré. Nina, la doncella, entró con cautela y me miró con preocupación.

—Señora, el señor ha llamado para avisar de que no vendría a cenar—asentí—. Disculpe mi

atrevimiento, pero ¿se encuentra usted bien? Lleva todo el día aquí encerrada y...

—Me duele un poco la cabeza, ¿Podrías traerme un analgésico?

—Sí, señora. Enseguida. ¿Quiere que le traiga también algo de comer? Desde esta mañana no ha

probado bocado.

—No tengo hambre, pero gracias—sin decir nada más salió del despacho y volví a quedarme sola.

Me acerqué a la mesa donde había dejado la carta de Judith y una de sus preguntas taladró mi mente

con fuerza. «¿Eres feliz, Ruth?». Buena pregunta. ¿Lo era? No tenía muy clara la respuesta.

O quizá sí. Cogí la foto de mi marido y la observé con detenimiento. Buscando en las facciones de su

cara o en la pose de su cuerpo, aquello que una vez me había hecho estremecer con sólo su presencia.

Cuando lo conocí once años atrás, había bastado una sola mirada suya para que cayera rendida a sus

pies. Era tan guapo, tan atento, tan elegante, tan educado que, me enamoré de él sin apenas darme

cuenta. Hacía un par de meses que había terminado mis estudios de cocina en el “Le Cordon Bleu” y

trabajaba para una empresa de catering.

Necesitaba ahorrar lo máximo posible si algún día quería tener mi propio restaurante y debía coger

experiencia, así que cuando me lo propusieron no lo dudé y acepté. Aquella noche, preparamos la

cena para la inauguración de una galería de arte en el centro de París. Todo salió a pedir de boca y al

final de la noche, el dueño, satisfecho con nuestro trabajo, entró en la cocina improvisada para

felicitarnos. Jean Paul me miró dos segundos, estrechó mi mano y me dio las gracias con una sonrisa

tan sexi, que el cuerpo me tembló de excitación. Seis meses después estábamos prometidos.

Cuando llegó el día de la boda, tenía claro que era el hombre de mi vida. Lo amaba tanto que cuando

me propuso dejar el catering para ayudarlo a dirigir la galería de arte, ni me lo pensé. Lo único que

quería era estar a su lado y hacerlo feliz. La felicidad nos duró algunos años, justo los que tardó la

galería en despuntar y aparecer en las páginas de todos los periódicos del mundo. «Jean Paul Bisset

revolucionó el mundo del arte con la exposición de un artista callejero en su galería “Chesterfield”

situada en el mismo centro de París», decían todas aquellas portadas. Y claro, su ego creció, su

vanidad se inflamó y todo cambió para nosotros. Bueno, para nosotros no,

más bien para mí.

Mientras yo me quedaba en la ciudad dirigiendo su imperio, él se dedicaba a callejear por todo el

mundo en busca de artistas por descubrir. Cuanto más tiempo pasaba él fuera, más me convencía de

que lo nuestro estaba abocado al fracaso. Y así llevo tres años, soportando sus ausencias.

Aguantando su genio de mil demonios cuando no consigue lo que quiere... Dios, y luego dicen que el

dinero da la felicidad, ¡menuda patraña! Lo único que me ha dado a mí el dinero han sido

quebraderos de cabeza y obligarme a asistir a cenas y fiestas aburridas con gente arrogante y

pretenciosa que se creen el ombligo del mundo. Y a pesar de todo allí seguía. ¿Por qué? Esa también

es una buena pregunta. Supongo que, porque aún seguía queriéndole, eso quiero creer. O puede que

simplemente fuera un cobarde. Quizá mi amiga Judith tenía razón y fuera siendo hora de abrir los

ojos y darme de bruces con la realidad. Aunque para ser sincera, esa realidad hacía tiempo que

estaba delante de mis narices haciéndome señales de humo...

Después de tomarme el analgésico para el dolor de cabeza, me fui a mi habitación para darme una

larga ducha. Mientras lo hice pensé en mi amiga y, por un momento se me metió en la cabeza la

posibilidad de que se hubiera arrepentido en el último momento y aún siguiera con vida. Salí

apresuradamente del baño, enrosqué una toalla alrededor de mi cuerpo y desesperada busqué en mi

móvil su número de teléfono. Al quinto tono saltó el buzón de voz y volví a intentarlo.

«Vamos, Jud, coge el teléfono. Por favor, cógelo»—supliqué. Pero no lo hizo. Y seguí intentándolo

una y otra vez hasta que me di por vencida al darme cuenta de que ya nadie iba a contestar. Entonces

llamé a la única persona que sabía con total seguridad que aplastaría esa pequeña esperanza sin

necesidad de que yo hiciera ninguna pregunta.

—No es navidad—respondió con tono seco.

—Lo sé mamá.

—Tampoco es mi cumpleaños.

—Eso también lo sé—dije contando hasta diez.

—¿Entonces por qué llamas? Porque tú sólo te acuerdas de que existo dos veces al año. Ah, espera,

creo que ya lo sé. Te has enterado de lo de esa amiga tuya, ¿verdad? Aunque bueno, eso de amigas...

—Por favor, mamá—la corté—. ¿Podrías...? —Dios, era incapaz de formular la pregunta.

—Su hermano la encontró sin vida en la cama. Nadie sabe a ciencia cierta qué fue lo que pasó,

aunque se rumorea que se tomó unas pastillas.

—¿Cuándo?

—Hace una semana, pero como le han hecho la autopsia, no han podido enterrarla hasta esta mañana.

El funeral ha sido privado, según dicen, por expreso deseo de ella—se quedó callada unos segundos

—. ¿Cómo te has enterado tú?

—Eso no importa mamá—murmuré—. ¿Cómo estás tú?

—Si realmente te importase cómo estoy, llamarías más a menudo. Incluso vendrías a verme de vez en

cuando. Pero claro, tienes una vida tan repleta de compromisos que nunca te acuerdas de mí. Está

claro que tu padre y yo no hicimos un buen trabajo contigo.

—Tienes razón mamá, estoy demasiado ocupada para oír tus reproches. Saluda a papá de mi parte—

y sin más colgué el teléfono. Estaba tan harta de escuchar siempre la misma historia...

Pasé la noche en vela acurrucada en mi cama haciendo examen de conciencia y no me gustó lo que vi.

Tenía treinta y siete años y no, no era feliz. Jud tenía razón, aún estaba a tiempo de cambiar las

cosas. No sabía si lo conseguiría, pero al menos lo habría intentado.



Habían pasado tres días desde que recibiera el que, hasta el momento, fue el peor palo de mi vida.

Una de mis mejores amigas de la infancia, decidía voluntariamente irse para no volver nunca más y

estaba en shock. Pensaba en ella continuamente. En ella, en Aina y Delia. Estaba ansiosa por

hablar con ellas y saber cómo se habían tomado la noticia. Las necesitaba, esa era la verdad. Pero,

aunque intenté ponerme en contacto con ellas, me resultó imposible ya que, sus números de teléfono

eran otros y yo no los tenía, así que no tenía más remedio que tener paciencia y esperar a verlas en el

pueblo. Si es que iban, claro. El abogado de Jud todavía no se había puesto en contacto conmigo y,

cada día que pasaba sin tener noticias tuyas, me consumía.

Y después estaba Jean Paul. Mi querido y atento esposo, apenas me prestó atención cuando me vio

llorando en nuestra habitación aquella noche. Se dedicó a menear la cabeza de un lado a otro cuando

le conté lo sucedido para terminar diciéndome que era una desgracia y que, a la mañana siguiente

tenía que levantarse muy temprano porque salía de viaje y estaría fuera un par de semanas.

Ni un abrazo de consuelo, ni unas palabras cariñosas, nada. Absolutamente nada.

Sólo indiferencia. Así que, esa mañana al levantarme, me miré al espejo y me dije: «Ruth, ¿qué haces

aquí? Estás todo el día rodeada de gente y en cambio, te sientes más sola que nunca. A nadie le

importa si lloras, si ríes o si cantas. Es hora de que empieces a pensar en ti». Y mientras iba de

camino a la galería eso hice, pensar en mí y en lo que quería hacer. Necesitaba alejarme un tiempo.

Quizá poner un poco de distancia en mi matrimonio me ayudara a verlo todo con otra perspectiva.

Ver hasta qué punto echaba de menos a mi marido y analizar mis sentimientos, de repente se había

convertido en mi prioridad. Puede que realmente quisiera a Jean Paul y sólo estuviéramos pasando

por una mala racha, aunque lo dudaba porque hacía demasiado tiempo que me sentía así.

Si Jud no me hubiera escrito esa carta despertando mi conciencia de golpe, tarde o temprano yo sola

hubiera admitido que aquel no era mi lugar. Pero tampoco quería hacer nada a lo loco.

Sólo necesitaba un tiempo para reflexionar.

Por eso mismo, una vez que llegué a la galería, dispuse todo lo necesario para irme unos días.

Y allí estaba, en el aeropuerto “Charles de Gaulle”, esperando a que abrieran las puertas de

embarque para subirme a un avión que me llevara a Santander, y de allí, a

“Los Sauces”, mi pueblo

natal.

No es que me entusiasmase mucho volver al pueblo, para qué mentir.

Más que nada porque mi madre haría hasta lo imposible por sacarme de quicio. Pero tras los últimos

acontecimientos, y en vista de que tarde o temprano tendría que ir, ¿por qué no hacerlo de una vez?

Respecto a mi madre, tendría que armarme de paciencia y lidiar con ella igual que lo hice

antaño, no me quedaba otra. Llegaría, me miraría con su típica mirada de «¿en qué no hemos

equivocado contigo?», criticaría todo lo que hiciera y cuestionaría todo lo que dijera, así era ella.

Yo resoplaría, me indignaría, me cabrearía, discutiríamos y al final, como siempre, sería mi padre el

que tuviera que mediar entre las dos para tener un poco de paz.

Pobrecito, lo que le había tocado pasar con nosotras.

¿Se me consideraría mala hija si dijera que no la soportaba? La quería porque es mi madre, pero

sinceramente, no podía con ella. Desde que tenía uso de razón no recuerdo un sólo gesto de

cariño hacia mí por su parte. Nunca entendí porque hacía lo que hacía. Por eso cuando tuve la

oportunidad, me fui sin mirar atrás. No me consideraba una mujer envidiosa, pero confieso que siempre

envidié a mis amigas por la relación que mantenían con sus progenitoras.
Eran tan diferentes a la

mía...

Durante las casi cuatro horas que duró el vuelo, intenté mentalizarme para lo
que fuera que iba a

encontrarme en el pueblo y me pregunté si todo seguiría igual que siempre.

Imaginé que sí, tampoco es que se pudiera hacer mucho para que un pueblo
como “Los Sauces” se

renovara.

Entonces, como un fogonazo me vino a la memoria lo que solíamos hablar
las cuatro aquellas

tardes de verano que pasábamos a la orilla del río. Judith, estudiaría gestión y
administración de

empresas, compraría la casona que estaba en la finca colindante al río y la
reformaría para hacer una

posada. Siempre decía que el pueblo tenía muchas visitas y ningún
alojamiento, y que eso lo

cambiaría ella cuando se hiciera mayor. Ojalá hubiera podido hacerlo
realidad. Aina,

estudiaría magisterio y se especializaría en educación física. También haría
un curso de grado

superior como instructor de deportes de riesgo y, sería la encargada de ayudar
a los turistas con las

mil y una actividades que ofrecería la posada de Jud. Aina era instructora de
deportes de riesgo, pero

llevaba muchos años ejerciendo como profesora en un colegio exclusivo de Londres. Delia,

sería médico y tendría su propio consultorio en el pueblo. Así ya nadie tendría que recorrer los

veinticinco kilómetros de distancia que había hasta la ciudad más próxima para hacerse un chequeo.

Y de paso, atendería a aquellos turistas que no siguieran las instrucciones de Aina en sus aventuras.

Hasta donde yo sabía, su carrera se había quedado en auxiliar de enfermería y, la última vez que nos

habíamos visto, trabajaba en una clínica muy importante de cirugía estética en Marbella. Y por

último estaba yo, la graduada en la exclusiva escuela de cocina “Le Cordón Blue”, que se dedicaría a

preparar los succulentos menús de la posada. Mi sueño se fue haciendo mayor a la vez que yo porque

luego ya no me bastaba con eso, no. Yo quería tener mi propio restaurante. Al final, ni uno ni otro,

por lista. O, mejor dicho, por gilipollas. Cuántas promesas rotas y sueños incumplidos.

Cuando llegué a Santander, pasadas las seis de la tarde, lo primero que hice, después de recoger mi

equipaje, fue encender el teléfono móvil, y para mi sorpresa, me encontré con que tenía varias

llamadas perdidas de un número que desconocía. Normalmente, cuando eso sucedía, solía esperar a

que quién quiera que fuese, volviera a llamar, pero esta vez, pensando en que quizá fuera el abogado

de Jud, fui yo la que devolví la llamada.

—Buenas tardes—saludé a la mujer que respondió—, mi nombre es Ruth Griera y tengo varias

llamadas perdidas de este número.

—Oh, sí, sí, el señor Carmona ha intentado ponerse en contacto con usted varias veces. Espere un

segundo que enseguida le paso con él—automáticamente sonó esa música cansina para amenizar la

espera.

—Buenas tardes, señora Griera—me dijo una voz ronca y seca cuando ya empezaba a tararear la

canción de puro aburrimiento—. Disculpe que la molesta, soy el abogado de la señorita Judith

Morales.

—Buenas tardes, estaba esperando su llamada.

—Imagino que ya sabrá que ella ha fallecido recientemente.

—Sí, sí, lo sé. Era una de mis mejores amigas. ¿En qué puedo ayudarle, señor Carmona?

—Verá, mi cliente dejó una carta pidiéndome expresamente que me pusiera en contacto con usted

para informarle que la lectura de su testamento será la semana que viene en Santander y es muy

importante que esté presente.

—¿En la lectura de su testamento?

—Sí, así es. Tengo entendido que vive usted en París, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca...

—¿Sería posible que para entonces pudiera estar aquí? — Me cortó.

—Bueno, lo cierto es que ya estoy aquí, prácticamente acabo de bajar del avión y...

—Oh, perfecto—volvió a cortarme—. Entonces nos veremos la semana que viene. Volveré a

llamarla para comunicarle el día y la hora. Gracias por dedicarme unos minutos de su tiempo, señora

Griera, hablaremos pronto—y sin más colgó, dejándome de nuevo con la palabra en la boca.

«¡Borde!»—Musité.

Después de hablar con este señor tan agradable y encantador, entré en la primera cafetería que

encontré. Necesitaba un café bien cargado y pensar. La llamada del abogado de Jud me había dejado

intrigada. Cuando en su carta comentó lo de su última voluntad, no creí que se refiriera a su

testamento. Más bien pensé que querría que hiciéramos algo en su honor.

Que yo supiera ella no tenía posesiones ni nada de eso, aunque pensándolo bien, en diez años que

hacía que no nos veíamos y que tampoco hablábamos, eso podría haber

cambiado. Aun así, ¿qué

pintábamos nosotras en su testamento? No tenía ni la menor idea, la verdad. Por otro lado, ahora que

estaba cerca de “Los Sauces”, tenía dudas de haber hecho lo correcto al presentarme allí sin avisar.

No estaba segura de lo qué iba a encontrarme una vez llegara y eso me inquietaba.

Lo único que tenía claro era que, mi madre no iba a recibirme con los brazos abiertos como haría

cualquier madre después de llevar muchísimo tiempo sin ver a su hija. Por eso mismo me estaba

planteando alojarme en un hotel e ir al pueblo sólo de visita.

Pero no, eso tampoco podía hacerlo, destrozaría a mi padre y ella pondría el grito en el cielo al

imaginar lo que dirían los vecinos del pueblo al saber que la hija pródiga, prefería alojarse en un

hotel de la ciudad en lugar de en casa de sus padres. Finalmente, decidí alquilar un coche y plantarme

allí con todas las consecuencias.

Con determinación, entré en la agencia de alquiler de coches que había en el aeropuerto, y alquilé un

Renault Captur en color azul, metí el equipaje en el maletero y programé el GPS para no perderme.

Según la chica del aparatito de las narices, estaría en mi destino en una hora veinte minutos. «Bueno,

pues allá vamos»—me dije poniendo el coche en marcha. Encendí la radio para que me hiciera

compañía y, tarareando una canción, salgo del aeropuerto en dirección a la autovía del cantábrico. El

pueblo se encontraba a medio camino entre San Vicente de la Barquera y Asturias, en lo alto de la

montaña y con el mar a pocos kilómetros. Era pequeño, acogedor, pintoresco, precioso... así lo

recordaba yo. Un pueblo con historia debido a la ocupación del ejército romano en la conquista de la

península ibérica. Las ruinas de un castillo que más de una vez pensaron en reconstruir, atraía durante

todo el año a turistas, por eso el sueño de Jud era la posada. Pero no sólo los romanos estuvieron en

“Los Sauces”, también los celtas y los musulmanes. Lo dicho, un pueblo con encanto e historia.

Cuando a la altura de San Vicente de la Barquera tomé el desvío que me indicaba el GPS y enfilé una

carretera secundaria dejando el mar cantábrico a un lado, el estómago se me encogió. Hice este

recorrido tantas veces, que no sé cómo leches pensaba que había una mínima posibilidad de que me

perdiera. Como si fuera posible olvidar la belleza de los paisajes que iba dejando atrás... Enseguida

divisé el peñasco que me indicaba que estaba cerca y empecé a contar las curvas, igual que hacía

cuando era pequeña. Sonreí al recordar a mi padre contando conmigo para entretenerme y que no me

mareara y acabara vomitando en el coche como tantas veces había hecho. Mi madre se moría de asco

cada vez que pasaba aquello. Llegué a seis, el número de la última curva. Una recta pequeña y ahí

estaba, el cartel de madera barnizado que con letras mayúsculas me anunciaba que había llegado a mi

destino. Y ya no sólo se me encogió el estómago, es que el corazón me empezó a latir tan deprisa que

hasta me mareé y, la angustia que sentí era tan grande que paré el coche y comencé a llorar sin poder

evitarlo.

¿Cómo explicar los sentimientos, las emociones y todos los recuerdos que invadían mi mente con el

simple hecho de estar a las puertas del lugar donde, a pesar de lo que conllevaba tener una madre

como la mía, fui tan feliz?

¿Cómo explicar ese sentimiento de culpabilidad por no haber estado al lado de mi amiga en sus

peores momentos?

Pensar en que dentro de nada iba a caminar por las callejuelas por las cuales de niñas corríamos

juntas y que no iba a verla ni a escuchar el sonido de su risa contagiosa, ni sus gritos cuando nos

escondíamos para asustarnos, me dolía profundamente. Sentía tanto su partida, tanto que, era

inexplicable. Apoyé la cabeza en el volante e intenté sacar fuera parte de ese dolor con el llanto.

Ojalá las cosas hubieran sido diferentes...

Bastante tiempo después, no sabía cuánto exactamente, conseguí serenarme y volver a poner el coche

en marcha. Pero en lugar de dirigirme directamente a casa de mis padres, lo que hice fue ir al que era

nuestro lugar favorito en todo el pueblo. Donde tumbadas a la orilla del río bajo la sombra de los

saucos, que daban nombre a éste, soñábamos despiertas y nos hacíamos confidencias. Donde Jud no

dejaba de mirar la casona de piedra que algún día sería suya.

Donde en nuestra adolescencia, en el fin de semana de las fiestas patronales, nos reuníamos con los

muchachos para jugar a la botella y meternos mano protegidos por el ramaje de los árboles. Donde

hace muchos, muchos años, un chiquillo de quince años que acababa de enterarse de que su madre

estaba enferma, con lágrimas en los ojos, porque una de sus tías se lo llevaba a vivir con ella, me

declaraba su amor y me pedía que esperase su regreso.

Por aquel entonces yo tenía casi diecisiete años y me daba tanta pena de él por todo lo que estaba

pasando que se lo prometí.

Ese chiquillo era Unai, el hermano de Jud. Después de aquel día, nunca más volví a verlo. Él se fue a

Madrid, yo a Barcelona y nuestros caminos no volvieron a cruzarse.

Dejé atrás la casa de mis padres, el bar de Pepe, las casas de Aina, Delia y Judith. La fuente y la

plazoleta de la capilla, donde vi a algunas personas jugando a los bolos, entre ellas a mi padre y,

seguí de largo.

Por suerte, nadie se fijó en el coche azul que acaba de pasar por allí, de lo contrario tendría un

montón de pares de ojos puestos en mi persona preguntándose quién era, qué hacía aquí y adónde me

dirigía. Estaban acostumbrados a ver a desconocidos cruzar el pueblo, sí, pero por norma general lo

hacían paseando tranquilamente y con una mochila a la espalda. Dos minutos después paré el coche

al lado de la carretera, me bajé y automáticamente inspiré profundamente para cargar los pulmones

de ese aire limpio que olía a verano, a hierba recién cortada y a nostalgia. Con paso lento, porque

llevaba taconazos, a quién se le ocurre por Dios, enfilé el camino lleno de piedras, fijándome bien

donde ponía los pies. Joder, me había olvidado de que aquí la mierda de vaca estaba por todas

partes. «¡Qué asco!»—Rugí al pisar de lleno una de ellas.

Llegué a la cerca de madera que rodeaba el prado y, pasar entre dos de los palos que la formaban

para cruzar al otro lado se me complicó un poco. La falda recta y pegada a mis piernas, no me daba

la libertad de movimiento que se necesitaba para hacer estos menesteres y parecía ridícula.

Menos mal que nadie estaba viendo los malabarismos que hacía porque si no, me moriría de la

vergüenza. Una vez al otro lado, me descalcé y limpié el zapato derecho en la hierba para quitar los

restos de esa cosa asquerosa que cagan las vacas y que era de color verduzco.

Cuando terminé y levanté la vista del suelo, me quedé maravillada al contemplar la vista que tenía

ante mí y en la que tantas veces pensé estando fuera. El prado estaba lleno de esas margaritas

pequeñas de color blanco y amarillo, dientes de león y, aunque la hierba estaba un poco seca debido

al sol veraniego, la panorámica era preciosa. Sobre todo, con los cuatro sauces en todo su esplendor

a la orilla del río. Éste bajaba con menos cauce que en invierno, aun así, el sonido del agua era muy,

muy relajante.

Caminé descalza hacia los árboles, como tantas veces hice en otros tiempos, y aparto las ramas que

casi tocan el suelo para poder ver mejor la finca de enfrente, esperando ver la casona vieja y medio

derruida que hacía soñar a Jud. Pero en lugar de eso, me quedé con la boca abierta al encontrarme la

casona totalmente reformada. La piedra limpia y encintada.

Ventanas nuevas, de madera oscura con contraventanas del mismo material... Dios mío, no tenía ni

idea de que alguien hubiera comprado la finca de la señora Brígida.

Mis padres nunca me comentaron nada en alguna de mis escasas llamadas.

Emocionada por verla más de cerca, me apresuré a cruzar el pequeño puente de color rojo que tenía

a mi derecha pensando que, probablemente, en aquel momento, estaba invadiendo una propiedad

privada y que a los dueños posiblemente no les gustase tener a una desconocida fisgoneando por allí.

Por lo que, en lugar de entrar, lo que hice fue ir rodeando la valla de madera blanca para ver todos

los cambios que se habían hecho en ella. Caminé hacia la parte trasera. Las cuadras que antiguamente

estaban allí, ahora se habían convertido en una casita rústica, con un corredor en el parte frontal

lleno de macetas con lo que parecían ser geranios rojos. ¡Era preciosa! Embobada por lo que estaba

viendo, seguí caminando hasta que... «Jo-der»—murmuré parándome en seco.

Un tío completamente desnudo, estaba vertiéndose agua con una manguera por todo el cuerpo.

Contuve la respiración al verlo coger del alfeizar de la ventana una pastilla de jabón y restregarla

por su piel morena y brillante, para luego frotarse con vigor. «¡Santo Dios! ¿quién... quién coño

era?»—Me pregunté en silencio, atónita, mientras babeaba.

No sé si era por el tiempo que hacía que no veía un hombre desnudo o por qué, pero de repente lo

que veía me excita. Esa espalda ancha, esos brazos tan bien definidos, ese estómago plano lleno de

músculos. Señor, estaba tan bien dotado de todo... Tragué saliva y reprimí el impulso de ponerme a

jadear. Acalorada, me pasé la mano por el cuello, creo que estaba empezando a sudar y eso que el

sol ya había empezado a...

—¡Trueno! ¡Trueno, ven aquí! —Parpadeé al escuchar esa voz ronca—. ¡Trueno!

Giré la cabeza y horrorizada, vi a un perro enorme que venía hacia mí, ladrando como un poseso, y a

su dueño detrás intentando detenerlo. ¡Mierda! Asustada, tiré los zapatos, subí la falda por encima de

mis muslos y empecé a correr despavorida. «¡Corre, Ruth, corre!»—Me apremié. Crucé el puente

como una exhalación, los sauces y, crucé la cerca de madera raspándome las piernas. El perro me

pisaba los talones y estaba acojonada no, lo siguiente. Saqué las llaves del coche del bolsillo de la

chaqueta y se me cayeron al suelo. Me agaché a recogerlas y al volver a levantarme, me di en la

cabeza con el espejo retrovisor. Maldije como un camionero. Abrí la puerta del coche, subí,

arranqué y di marcha atrás, a lo Carlos Sainz. No vi al perro asesino por ningún lado y salí zumbando

de allí. Dos minutos después, estaba frente a la casa de mis padres intentando que mi respiración

volviera a la normalidad. «¿Qué coño había pasado allí arriba?»



3

Miré hacia la casa de mis padres por unos segundos y después, alcé la mirada al espejo interior del

coche. Tenía las mejillas muy coloradas por la carrera. El pelo alborotado, como si alguien me

hubiera cogido del moño y me hubiera zarandado. Por no decir que iba descalza, que tenía las

piernas llenas de rasguños a la altura de los muslos y la falda hecha un desastre, desgarrón incluido.

¿Qué explicación iba a darles a mis padres para que me presentara en su casa con ese

aspecto tan... tan desaliñado? No podía decirles que venía del río y que allí me había atacado un

perro del tamaño de un león por estar mirando a un tío increíblemente guapo bañarse en pelotas en el

patio trasero de la que suponía era su casa. Tenía que pensar en algo y rápido. Lo primero era salir

del coche y sacar del maletero unos zapatos. Pero antes de que me diera tiempo siquiera a salir, la

puerta de casa se abrió y mi padre asomó la cabeza con interés. Me quedé quieta mientras él

inspeccionaba el coche con cara circunspecta. Esbocé una tímida sonrisa, no me atrevía a mucho

más, la verdad. Y entonces pareció reconocerme porque su boca se ensanchó dejándome ver una fila

de dientes algo amarillos debido al tabaco. Desde que tenía uso de razón, siempre lo había visto con

su pipa en la mano o sobresaliendo de uno de sus bolsillos. Dios, hacía tanto que no lo veía que, la

garganta se me cerró por la emoción de tenerlo frente a mí. Me apresuré a bajar del coche antes de

que la bruja de mi madre apareciera estropeando el momento, y corrí hacia él que me recibió con los

brazos abiertos.

—¡Por las barbas del Corsario Negro! —Balbuceó separándome un poco de su pecho para

observarme bien—. ¡Qué guapa estás, mi niña! —Pobre, como se notaba que no me había mirado con

detenimiento.

—Hola, papá—dije con la voz tomada—. Me alegro mucho de verte—volví a abrazarlo con fuerza.

—Y yo a ti, mi alma. Y yo a ti. Tu madre no me dijo que fueras a venir...

—Es que no se lo dije. Fue algo repentino y pensé que era mejor daros una sorpresa.

—¡Emilia! —Gritó—. ¡Emilia, mira quien ha venido a vernos! —Escondí la cara en su pecho y

esperé nerviosa a que mi madre saliera.

—¿Qué pasa, Aníbal? ¿Qué son esos gritos? ¿Es qué te has vuelto...? —Dejó la frase sin terminar

cuando supo qué era el motivo de tanto escándalo. O sea, yo—. ¿Qué estás haciendo tú aquí?

—Hola, mamá, yo también me alegro de verte—espeté al ver su semblante serio.

—Emilia, por Dios, ¿no vas a darle un abrazo a tu hija? —Mi padre la miró ceñudo.

—¿A qué has venido, Ruth? ¿Dónde está tu marido? —Preguntó mirando a un lado y a otro esperando

ver aparecer a Jean Paul—. Tu falda está rota y estás descalza, ¿acaso has venido arrastrándote

cuesta arriba? —Puse los ojos en blanco, algo que le molestaba bastante.

—He venido porque me apetecía. Sola. Y estoy así porque a la entrada del pueblo, justo donde el

cartel de “Los Sauces”, el coche se me paró. Después de intentar arrancarlo varias veces sin éxito,

me bajé del coche para llamar y que papá bajara a echarme una mano. Me acerqué demasiado al

borde de la carretera y el teléfono se me calló entre los matorrales. El resto de la historia ya puedes

imaginártela...—Me puse nerviosa al ver la ceja enarcada de mi padre y por un momento pensé que

iba a decirme algo, pero no, meneó la cabeza y sonrió sin que la señora Emilia lo viera.

—¿Y esperas que nos creamos esa historia?

—Tú no te la creerías ni, aunque me vieras despeñándome ladera abajo—murmuré.

—Vamos, vamos, chicas, Casilda está en la ventana con la oreja puesta. ¿Por qué no seguimos con la

conversación dentro de casa? —Agradecida miré a mi progenitor, que se tenía el cielo ganado

gracias a nosotras—. Venga, entrad mientras yo cojo el equipaje.

En lugar de seguir a mi madre dentro, fui a ayudar a mi padre con las maletas, no traía muchas cosas,

pero prefería estar con él que quedarme a solas con ella.

Había cosas que no cambiaban nunca. Y una de ellas era la extraña relación madre e hija que

teníamos.

—Canija...—así me llamaba cuando era pequeña—, sabes que tarde o temprano acabará

enterándose de la verdad. Por si lo has olvidado estás en “Los Sauces”, y aquí

los chismes vuelan.

—Lo sé, papá, pero es que me da mucha vergüenza contar lo sucedido. Sobre todo, a ella que en

cuanto lo sepa me machacará.

—Intenta tener paciencia, Ruth—me besó en la frente y después entramos en casa.

El olor inconfundible del pan recién hecho impregnó mis fosas nasales y se me hizo la boca agua. El

pueblo no tenía panadería, nunca la había tenido y aunque todos los días venía de la ciudad un

panadero, mi madre siempre hacía el nuestro a la vieja usanza. Amasaba por las noches y lo

cocía en el horno de piedra a primera hora de la mañana para que tuviéramos pan fresco para

desayunar. Otra cosa igual no, pero cocinar se le daba de miedo. Entré en la cocina relamiéndome, y

cuando me disponía a coger un trozo de pan crujiente, mi madre me dio un manotazo. Lo dicho, había

cosas que nunca cambiaban por mucho que pasara el tiempo y por muy mayores que nos hiciéramos.

—Sube y ponte decente para la cena—ordenó sin mirarme.

—Mamá, ¿te das cuenta de que ni siquiera me has dado un beso? —Se acercó de mala gana y dejó

caer un beso tosco en mi mejilla.

—¿Contenta? —Preguntó dando un paso atrás. Yo asentí y antes de que

podiera alejarse del todo la

abracé con fuerza. Después de todo era mi madre y la quería.

—Vaya, me alegra ver que todavía no corre la sangre...—dijo mi padre desde el umbral de la puerta

con guasa.

—No te hagas ilusiones, papá, la tregua durará muy poco.

—Haz el favor de hacer lo que te he dicho, no esperaremos por ti más de media hora, ¿me oyes? Así

que ya te estás dando prisa.

—¿Lo ves? —Dije encogiéndome de hombros.

Salí de la cocina y subí a la planta de arriba donde estaban las habitaciones y un cuarto de baño.

Aquí, en casa de la familia Griera tampoco habían cambiado mucho las cosas. Los mismos muebles,

los mismos cuadros, las mismas fotografías... Abrí la puerta de la que era mi antigua habitación y

asomé la cabeza. Sí, todo igual. Mi madre ni siquiera se había molestado en quitar los posters que

dejé pegados en la pared cuanto tenía dieciocho años.

En aquella época estaba loca por Nirvana, un grupo de música grunge estadounidense y, Kurt Cobain

me tenía enamorada. Por eso la mayor parte de mi cuarto estaba empapelada con su cara. La otra

parte, la ocupaba una gran estantería repleta de libros de todos los géneros.

Acaricié con mimo la

colección de clásicos que me habían regalado un año por navidad,
encuadernados en piel verde

botella, con las letras de los títulos en dorado y saqué uno al azar. Jane Eyre,
uno de mis preferidos.

Una historia que me había cautivado y que leí montones de veces sentada en
el huerto. Siempre he

pensado que la mejor manera de viajar y soñar era a través de mis amigos los
libros. Eran, y son, la

mejor vía de escape en situaciones difíciles. Volví a colocar el libro en la
estantería y suspiré. ¡Qué

tiempos aquellos en los que no tenía preocupaciones de ninguna clase salvo
los estudios!

Abrí la maleta que mi padre había dejado encima de la cama y contemplé la
ropa que metí en ella sin

pararme a pensar hacia dónde me dirigía. ¿En qué narices estaba pensando
cuando preparé el

equipaje? Pues seguramente en nada, porque de haberlo hecho, no hubiera
traído prendas tan inútiles

para el campo. ¿Para qué mierda quería yo un traje clásico de Dior? ¿Para ir a
misa el domingo? ¡Por

favor!

¿Cómo no se me había ocurrido traerme pantalones vaqueros y camisetas?
Pues porque sencillamente

no tenía.

Camisetas sí, pero tejanos no. Una mujer de mi clase con un marido tan estiloso, no usaba ese tipo de

atuendo para dirigir una galería, y mucho menos para salir a pasear por París. En fin, tendría que tirar

del baúl de los recuerdos, a ver que encontraba en él. Cogí mis cosas de aseo y fui a darme una

ducha.

Mientras me enjabonaba, no pude evitar pensar en el hombre que con toda la tranquilidad del mundo

se bañaba en pelota picada en el patio trasero de la casona. Verlo pasarse el jabón con tanto

mimo sobre su cuerpo me había excitado de una manera brutal y, me avergonzaba. Mi reacción había

sido un pelín exagerada, aunque mirándolo bien, también podía ser normal si me paraba a pensar en

el tiempo que hacía que no veía a un hombre así, como Dios lo trajo al mundo.

Sí, estaba casada, y no, no tenía relaciones sexuales con mi marido desde mi último aborto, hacía ya

más de un año. Al principio lo agradecí, pero al ir pasando el tiempo, me fui dando cuenta de que él

ya no me deseaba como antes.

De hecho, apenas me miraba cuando insinuante me paseaba desnuda por nuestra habitación. Dejé de

intentar llamar su atención cuando una noche intenté tocarlo y se apartó bruscamente, como si fuera

venenosa o algo así.

Cuando se dio cuenta de lo que había hecho, intentó suavizar la situación, acercarse a mí.

Alegó que estaba cansado, estresado y no sé cuántas cosas más. Dijo que no había sido su intención

herir mis sentimientos y que le diera tiempo.

Lo hice, me resigné a esperar. Y así sigo, esperando. ¿Cómo no iba a ponerme cachonda ver a un tío

como el de allí arriba? Lo raro era que no lo hiciera, entonces sí que debería preocuparme...

—¿Acaso crees que al agua es gratis? —Rugió mi madre asomando la cabeza por la puerta y

cortando mis pensamientos de raíz—. ¡Espabila, tu padre y yo tenemos hambre!

—Mamá, aún no son ni las nueve de la noche...

—¿Y qué quieres decir con eso? ¿Qué no podemos tener hambre?

—No, no he querido decir eso. Todavía es temprano para cenar.

—En tu casa de París cenarás a la hora que te dé la gana, aquí a las nueve en punto. Ni un minuto

más, ni uno menos.

—Está bien, mamá, bajo enseguida—dije cerrando el grifo de un manotazo. Salí de la ducha, me

sequé y me puse un pijama de raso. No tardé ni cinco minutos en bajar las escaleras.

—Emilia, hace muchísimo tiempo que la niña no viene a vernos—escuché que decía mi padre en la

cocina—. No hagas que se arrepienta de estar aquí y se vaya para no volver, por favor.

—No ha venido a vernos a nosotros, Aníbal, está aquí por lo de la hija de Joaquín, no porque tuviera

ganas de vernos. Además, no me gusta un pelo que haya venido sin su marido, una mujer casada no

debe andar por ahí sola.

—No seas antigua, Emilia. Lo importante es que ha venido.

—Si tú lo dices...

Mi padre era un bendito. Tantos años aguantando a una mujer como mi madre no era fácil, pero ahí

estaba, al pie del cañón, tratando una vez más de que yo me sintiera a gusto y de que ella no me

complicara la vida. Suspiré. Cómo si sirviera de algo.

—Huele de maravilla, mamá—dije con una sonrisa entrando en la cocina como si nada—. ¿Qué has

cocinado?

—No me hagas la pelota y siéntate, ¿quieres? Siento no disponer de ningún manjar para tu exquisito

paladar—señaló la mesa donde había tres cuencos con puré, una tortilla pequeña de espárragos

trigueros y pimientos, y un plato con queso, jamón y chorizo. Todo casero—. Si me hubieras avisado

con tiempo de que vendrías...

—Yo no tengo el paladar exquisito, no sé por qué insinúas algo así. Todo lo que hay sobre la mesa

me gusta, mamá. Y aunque no lo creas, no te estaba haciendo la pelota—metí la cuchara en el cuenco

y empecé a comer, en silencio.

—¿Vas a decirnos de una maldita vez por qué estás aquí y cuánto tiempo vas a quedarte?

—Por Dios, Emilia, ¿no podemos cenar tranquilamente? No atosigues a la niña, mujer.

—¿Y bien? —insistió sin hacerle el menor caso a mi padre.

—Judith me envió una carta antes de... antes de... ya sabes—conté—. En ella me decía que su

abogado se pondría en contacto conmigo, con Aina y Delia para comunicarnos su última voluntad.

—Así que no has venido a vernos, has venido a cumplir con la última voluntad de una amiga con la

que hacía muchos años que no hablabas. Bonita amistad, por cierto.

—Decidí venir antes de que su abogado me llamara, mamá. Y por favor, no te atrevas a juzgar mi

amistad con Jud porque no te lo voy a permitir.

—Canija, ¿cómo va todo por la ciudad de la luz?—Intervino una vez más mi padre.

—Bien, muy bien, la verdad—le sonreí en agradecimiento—. La galería es un éxito, continuamente

tenemos exposiciones muy buenas e interesantes. Estoy segura de que te gustarían.

—Y si estás tan segura, ¿por qué nunca lo has invitado a ir a visitarte? —
Atacó de nuevo la señora

Emilia. La ignoré.

—¿Y Jean Paul?

—Pues él está bien, papá, trabajando mucho. Precisamente estos días está callejeando por Londres

en busca de nuevos artistas por descubrir. Y también está preparando la exposición de un artista

vanguardista llamado Pierre. Le apasiona su trabajo y siempre tiene cosas que hacer.

—Me alegro mucho de que las cosas te vayan bien, hija. Estoy muy orgulloso de ti.

—Gracias, papá—me guiñó un ojo y yo sonreí.

—¿Sabe él que estás aquí?

—Emilia...

—Sí, mamá, él sabe que he venido a veros—mentí. Si ella supiera.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte? Porque si en París tienes tanto trabajo...

—¿Otra vez esa pregunta, mujer?

—No pasa nada, papá, déjala. No he venido con un tiempo determinado. Si lo que te preocupa es que

desatienda mi trabajo en la galería, te diré que tenemos contratadas personas perfectamente

cualificadas para resolver cualquier situación. Y si lo que te molesta es tenerme aquí, mañana mismo

me iré a la ciudad y me hospedaré en un hotel—la reté con la mirada. Ella nunca permitiría eso—.

No quiero ser yo la causante de tu sufrimiento.

—Ya lo eres...

—¿Por qué, mamá? —La corté—. ¿Qué es eso tan grave que he hecho para que seas tan desgraciada

por mi culpa? —Por primera vez, que yo recordara, vi arrepentimiento en sus ojos—. Vamos, no te

cortes ahora...

—¡No has cambiado nada! Mírate, siempre buscándole tres pies al gato. Siempre entendiendo lo que

te da la gana y tergiversando mis palabras.

—¿Yo? —Pregunté alucinada.

—¡Sí, tú! Vienes aquí después de años sin verte el pelo, ¿y esperas que te reciba con los brazos

abiertos? —Esto ya era el colmo.

—¡Quizá debas preguntarte por qué nunca he sentido la necesidad de volver!
—Grité enfurecida

dando una palmada encima de la mesa y poniéndome en pie—. Seguro que no te sorprende la

respuesta. Ya no tengo hambre, me voy a mi habitación—me partió el corazón ver la cara de mi

padre—. Lo siento—le dije acercándome a él—, pero mi paciencia tiene un límite. Buenas noches,

papá—susurré. Y después de darle un beso en la mejilla salí de la cocina.

Rompí a llorar en cuanto entré en la habitación cada vez más arrepentida de haber pensado que aquí

encontraría la paz, el consuelo y la tranquilidad que tanto necesitaba. Mi madre me odiaba, esa era la

verdad, así me lo demostraba continuamente.

Ella nunca iba a permitir que yo me sintiera feliz en Los Sauces.

Me haría la vida imposible hasta que consiguiera que volviera a hacer mi maleta y desapareciera de

su vida. ¿Por qué? ¿Qué hice mal? Me prometí a mí misma descubrirlo antes de irme.

Me acerqué a la ventana, afuera ya estaba oscureciendo y no había nadie en la calle. Sólo se oían los

gritos de mis padres discutiendo allí abajo, en la cocina y, me sentí fatal por ser la culpable de

enturbiar su rutina. Lo mejor era que una vez se resolviera lo del testamento de Jud, me fuera. Más

que nada por mi padre. Él no se merecía pasar una y otra vez por aquello. Él no.

Iba a cerrar las contraventanas para acostarme cuando un movimiento fuera llamó mi atención.



«¡Trueno!», susurré al reconocer al perro que olisqueaba a sus anchas cerca de la plazoleta de la

capilla. ¡Maldito perro! Por su culpa había perdido mis zapatos preferidos de Jimmy Choo.

Unos zapatos preciosos que me compré por capricho y que me habían costado un dineral, y eso que

eran de los más sencillos, y ahora estaban por ahí tirados en un prado. Eso suponiendo que el puto

can no se los hubiera comido.

De repente, las imágenes del bicho persiguiéndome, asaltaron mi mente y me descojoné.

Así, sin más me puse a reír como una loca al darme cuenta de lo ridículo de la situación.

Yo corriendo como una desquiciada, asustada y cagada de miedo pensando que si me alcanzaba me

iba a devorar; él persiguiendo a una intrusa relamiéndose, y su dueño completamente desnudo, con

aquello colgando entre las piernas, votando arriba y abajo, intentando evitar que el chucho me diera

alcance. ¿No era para troncharse de risa? ¡Madre mía! Era desternillante. Surrealista. Pate... «ahí

está», musité con sonrisa de idiota al verlo aparecer por un lateral de la capilla. Hasta desde aquí se

podía apreciar que no era un tío del montón... ¿Quién era? ¿Cuánto llevaba viviendo en el pueblo?

¿Estaba casado? Tendría que poner a funcionar mis dotes de detective si

quería respuestas... a poder

ser al día siguiente.

4

A la mañana siguiente me desperté temprano y para mi grata sorpresa, porque debido a los

acontecimientos del día pensé que me costaría coger el sueño, muy descansada y de buen humor. La

noche anterior, después de seguir con la mirada al que había hecho que mi libido volviera a la vida,

hasta verlo desaparecer en la oscuridad de la noche, cerré las contraventanas y me acosté. Para

entonces, los gritos de mis padres habían cesado y reinaba un silencio absoluto, tranquilizador.

Recuerdo que el último pensamiento que tuve antes de cerrar los ojos sin darme cuenta fue

lo poco o nada que echaba de menos a mi marido, al que por cierto, todavía no había llamado para

comunicarle dónde me encontraba. Y el que él tampoco se hubiera puesto en contacto conmigo para

preguntar, me confirmaba que ni siquiera se había molestado en llamar a la galería o a casa y que,

por ende, aún no estaba enterado de mi partida. Ni me molestaba, ni me extrañaba. Estaba

más que acostumbrada a sus silencios telefónicos. Como si al alejarse de París, olvidara que existía

y que hasta el momento era parte de su vida. Exactamente lo mismo que me pasó a mí desde que

decidí darme un tiempo e irme para poner en orden mis pensamientos y sentimientos. ¿Significaba

eso que lo que una vez hubo entre nosotros se había evaporado? ¿Que estábamos juntos por

comodidad? ¿Por costumbre? Probablemente sí. Qué triste que ninguno de los dos pusiera remedio a

eso.

Miré el reloj cuadrado con números rojos y digitales que descansaba encima de la mesita de noche.

Eran las ocho de la mañana, estaba muerta de hambre y las tripas me rugieron clamando por un poco

de alimento. Me levanté y abrí las contraventanas. Una niebla espesa que parecía salir directamente

de la montaña cubría el pueblo, impidiéndome ver con claridad. «Hoy hará calor», pensé. Era lo que

siempre decía mi padre cuando el día amanecía así y, nunca se equivocaba. Miré de reojo hacia la

maleta que en el suelo esperaba a ser deshecha y suspiré. En ella no había nada útil que ponerme, así

que me dirigí al armario y abrí las puertas de par en par esperando encontrar mis cosas bien

colocadas y ordenadas. Pero no, salvo por un par de edredones y algunas toallas, estaba

completamente vacío. No había ni rastro de mis cosas por ninguna parte.

¡Maldita suerte la

mía! Me puse la bata que había dejado a los pies de la cama y salí de la habitación. Antes de bajar

me pasé por el baño, me lavé la cara, me enjuagué la boca y me cepillé el pelo. Por último, me miré

al espejo y me dije: «ánimo, Ruth, tú puedes».

—Buenos días—saludé con voz cantarina entrando en la cocina.

Mi padre estaba sentado a la mesa comiéndose una tostada de pan recién hecho con aceite de oliva y

un tazón enorme de café con leche.

«El desayuno de los campeones», solía decirme para animarme a comer.

Me sonrió relamiéndose. Mi madre, amasaba con vigor encima de la encimera de mármol que había

junto a la cocina de leña. Por el cuenco que estaba a su lado, deduje que iba a hacer una empanada de

carne de esas que tanto me gustaban y que hacía años que no probaba. Mis tripas volvieron a

protestar.

—¿Has dormido bien, canija?

—Como un lirón, papá. ¿Y tú?

—Perfectamente, tesoro—le di un beso en la cabeza y me acerqué a la matriarca de la familia.

—Hola, mamá—y antes de que le diera tiempo a reaccionar, la besé en la mejilla, sorprendiéndola.

—¿Por qué no estás vestida, Ruth? —Preguntó sin mirarme.

—Porque son poco más de las ocho de la mañana y de momento sólo voy a desayunar. Además, si me

pusiera alguna prenda de las que traje haría el ridículo—saqué un tazón del armario y me serví un

café.

—¿Y eso por qué?

—Porque toda la ropa es demasiado... no sé, papá, elegante, incómoda, formal...—enumeré.

—¿Acaso no sabías adónde venías?

—Claro que sí, mamá, pero no tenía nada de sport en mi guardarropa, y sinceramente, tampoco lo

pensé

Unté el pan con mantequilla y le di un buen bocado

— Por cierto, he rebuscado en mi armario pensando que encontraría algunas de las cosas que dejé

aquí con la esperanza de que, en el caso de que me sirvieran me sacaran del apuro y no encontré

nada. Está vacío. ¿Te has deshecho de ellas? —Me fulminó con la mirada.

—Debería haberlo hecho, sí. En su momento lo pensé, porque total, ¿para qué quería tener nada tuyo

ocupando espacio en los armarios? Mi hija ya no iba a volver, ¿verdad?

—Emilia, por favor, no empieces...

—No pasa nada si las has tirado, mamá, bajaré a la ciudad y me compraré algo. Tampoco creo que

me sirviera, ya no tengo dieciocho años...

—Tus cosas están en el desván, dentro del baúl que talló el abuelo. También hay varias cajas con

porquería. Me harías un gran favor que te las llevaras cuando te fueras.

—Vale, les echaré un vistazo y si es porquería como tú dices, lo mejor es tirarlas a la basura. ¿Para

qué voy a cargar con ellas?

—Bien—dijo limpiándose las manos con un trapo de cocina—, son tus cosas, haz lo que quieras con

ellas.

Salió de la cocina dejándonos solos a mi padre y a mí.

Yo puse los ojos en blanco y él soltó una carcajada al ver el gesto que tanto odiaba ella.

«Bueno, primer asalto del día superado, Ruth», me dije. «Sólo te quedan unas catorce horas por

delante para superar un día entero... tú puedes».

—¿Qué tienes pensado hacer hoy, canija?

—Pues, me gustaría hacerle una visita al señor Joaquín para transmitirle mis condolencias y, también

quisiera pasar por el cementerio. Aunque sea demasiado tarde, contarle a Jud ciertas cosas me

vendría bien—me miró preocupado, triste—. Necesito sincerarme con ella...

no va a responderme,

lo sé. Pero tengo la seguridad de que desde dónde quiera que esté, me escuchará.

—Claro que lo hará, hija. Claro que lo hará.

—La viste antes de... ya sabes... ¿de morir?

—Sí, cariño, la vi poco, pero la vi.

—¿Y cómo estaba?

—Bueno, supongo que bien. No es que hablara mucho con ella, la verdad. Nos saludábamos y en

alguna ocasión me preguntó por ti. Se pasaba el día encerrada en la casona.

—¿En la casona? —Pregunté curiosa.

—Sí, le compró la finca a la hija de la señora Brígida poco después de llegar, hace algunos meses.

—La... la... ¿la casona es de Jud? —Inquirí asombrada.

—Sí, tienes que ir a verla, hija, la ha reformado y ha quedado preciosa y su...
—en ese momento

entró mi madre bufando, cortando nuestra conversación.

—Aníbal, el raposo ha vuelto a entrar en el gallinero. No encuentro a Petra por ninguna parte.

—¿Quién es Petra?

—Es la gallina que según tu madre pone los mejores huevos del mundo, y no se la ha comido el

raposo, Emilia, recuerda que Petra lleva varios días incubando.

—Gracias a Dios, ¿es verdad, lo había olvidado! Últimamente no sé dónde tengo la cabeza, y con la

llegada de ella, me he descontrolado—dijo mirando a mi padre y señalándome a mí.

—Oye, la niña me estaba comentando que le gustaría ir a presentar sus respetos a Joaquín, ¿sabes si

ya ha vuelto de Santander?

—¿Por qué ibas a hacer tal cosa? —Me increpó—. No han hecho velatorio, no han querido recibir a

nadie, señal de que no quieren ser molestados. Fue todo muy raro, y él se fue al día siguiente a casa

de su hermana. Y no, no ha vuelto, pero, aunque lo hubiera hecho, no tienes por qué ir a casa de una

persona que evidentemente no espera recibir visitas, y mucho menos para hablar de su hija.

—Es el padre de Jud, mamá, y te guste o no en cuanto pueda iré a verle. Es un buen hombre y no

deberías de hablar tan a la ligera. Ponte en su lugar, enterrar a una hija con treinta y siete años es

algo muy muy duro.

—Lo sé... Y esa chica, Judith, fue tan egoísta al hacer lo que hizo... No pensó en el sufrimiento de su

padre. No pensó que, quitándose la vida, probablemente también estuviera acabando con la vida de

él. Los problemas no se solucionan así, se solucionan enfrentándose a ellos.

—Su problema no tenía solución, mamá. No tienes ni la más mínima idea de lo que ella estaría

pasando. Hablas por hablar, siempre lo has hecho—grité—. Ella estaba enferma, ¿sabes? Tenía

alzhéimer precoz, igual que su abuela. Igual que su madre. Y si hizo lo que hizo, fue precisamente

pensando en que no quería que su familia, y mucho menos su padre, volviera a pasar por algo así.

Puede que no la entiendas, yo tampoco lo hago, pero fue su decisión y la respeto. Intenta hacer tú lo

mismo, ¿quieres? Al menos delante de mí—dicho esto me levanté para marcharme, de lo contrario

este segundo asalto sería de órdago.

—¿Adónde vas? —Gritó—. ¡No te atrevas a salir por esa puerta y dejarme con la palabra en la

boca! Esta conversación aún no ha terminado.

—Sí que ha terminado, no vuelvas a hablar de Judith. Ten un poco de respeto, joder. Estaré en el

desván.

—En cuanto te vistas irás a ayudar a tu padre en el huerto. No vas a quedarte en esta casa de brazos

cruzados, ¿me oyes? ¡Esto no es un hotel!

—Te oigo yo y todo el pueblo, mamá—vociferé desde lo alto de la escalera—. Si las vecinas te

miran raro el domingo cuando vayas a misa, no te preguntes por qué—tiré del

cordón que sobresalía

del techo y apareció la escalerilla de madera.

Siempre me dio repelús subir ahí arriba, pero estaba tan cabreada que ni lo pensé.

Cabreada y dolida. ¿Cómo se atrevía esta mujer a omitir juicios sin ton ni son? Dios, era imposible

tratar de estar en la misma habitación que ella y no tener deseos de arrancarle la lengua. Sus palabras

resultaban tan venenosas... Era tan dañina... Encendí la luz, ya que por el ventanuco entraba muy

poca claridad, y enseguida vi el baúl de mi abuelo. Allí, en el suelo, cubierto con una especie de

alfombra.

La hice a un lado y, antes de abrirlo, lo acaricié con cariño, viendo en mi mente a ese hombre con

boina y funda de trabajo en una de las cuadras tallando los bonitos dibujos que lo adornaban. Él era

ganadero, como la mayoría de los habitantes del pueblo, pero su pasatiempo favorito era trabajar la

madera. Y lo hacía tan bien... suspiré.

Abrí con cuidado el baúl y al instante noté el olor de esas bolitas de naftalina que solían meterse en

los armarios para evitar que las polillas se comieran las cosas y me dio una arcada. En casa de mi

abuela, y también aquí en la de mi madre, había bolitas de estas en todos los

armarios y cajones.

De pequeña, me gustaba tanto el olor de éstas, que una vez me comí una pensando que también iba a

gustarme su sabor. No fue así, sabían asquerosas. Vomité toda una noche, mi madre pensó que como

había pasado toda la tarde en el río a la solanera, era una insolación. A raíz de aquel día, les cogí un

asco terrible.

Doña Emilia nunca supo la verdad. De haberla sabido, me habrían caído unos buenos zapatillazos.

Mi madre no había mentido, allí estaban la mayoría de mis cosas. Lo primero que vi fue mi sudadera

preferida. Era de color negro y en la parte delantera llevaba grabada la cara de Kurt Cobain en

blanco. No era nada bonita, pero a mí me encantaba. Había algunos vaqueros, un par de

pantalones de pana, pantalones de deporte, más sudaderas, camisetas y alguna camisa.

Recé para que algo de ello me sirviera, de lo contrario no tendría más remedio que bajar a la

ciudad de compras, eso, o hacer el ridículo con mis trajes de Dior, Armani y demás diseñadores.

Busqué una bolsa para meterlo todo en ella y bajarlo a la habitación.

Las cajas de las que ella me había hablado estaban arrinconadas en una esquina, pero prefería mirar

lo que había en ellas en otro momento, ahora tenía que probarme un montón de ropa.

Me miré al espejo. Los vaqueros me quedaban más ajustados y estaba un poco incómoda con ellos.

Supuse que era porque hacía demasiado tiempo que no solía vestirme con este tipo de prendas, no

porque me apretaran un poco. Aun así, me dejé puestos uno de ellos con una camiseta azul marino

con margaritas y me calcé unos playeros que encontré en la zapatera del pasillo de arriba. Del resto

de las prendas, menos los pantalones de pana y algunas camisetas que enseñaban más que tapaban,

podía aprovecharlo todo. Me trencé el pelo y me apliqué crema solar hidratante. Bien, ahora ya

estaba lista para salir por el pueblo sin miedo a que me señalaran.

Cuando bajé de nuevo a la cocina, no había ni rastro de mis progenitores por ninguna parte. Me

asomé a la puerta de atrás y divisé el sombrero de paja que solía ponerse mi padre para estar

trabajando en el huerto. Me acerqué sonriendo y sí, efectivamente allí estaba él, con el sombrero

calado y en la comisura de sus labios la pipa humeante, mirando con adoración unas tomateras.

—Papá—dije—, ¿te importa que antes de ayudarte aquí vaya al cementerio?

—Vete a donde tengas que ir, canija. Tu madre ha ido a ponerle los rulos a Eudosia y tardará en

volver aproximadamente una hora y algo.

—Gracias, estaré aquí antes de que ella regrese—le tiré un beso y él me guiñó un ojo. Dios, como

adoraba ese gesto tan suyo.

Me paré frente a la puerta de barrotes de hierro del cementerio. Nunca me había dado miedo entrar

en él, pero sí mucho respeto. Sentía que al invadir a cualquiera hora del día aquel sitio, interrumpía

el descanso de los que allí moraban indefinidamente. Respiré hondo y empujé la portilla. Fui

mirando con atención las lápidas de piedra, los panteones familiares y los nichos nuevos.

Era un cementerio pequeño, muy de pueblo. Tétrico. Sabía de sobra que Jud estaría al lado de su

madre, por eso me dirigí allí con un nudo oprimiéndome la garganta.

Antiguamente, se ponía en la lápida la fotografía de la persona fallecida y, por lo que veía, aquí en

“Los Sauces”, seguían practicando esa costumbre.

La abuela, la madre y ahora mi amiga, miraban sonrientes a todas aquellas personas que se acercaran

a verlas. Dos fotografías en blanco y negro y una a color. Triste, muy triste. Aunque ellas parecieran

felices.

No tenía la más remota idea de cuando se había hecho la fotografía Jud, pero al acercarme para verla

bien, me di cuenta de que no había cambiado nada. Seguía siendo la belleza morena con la que me

crie.

Sus ojos negros, tan expresivos, no habían perdido aquel toque de picardía que los caracterizaba.

Acaricié el cristal que impedía que las inclemencias del tiempo deterioran las imágenes.

Me sentía tan extraña... me parecía todo tan injusto que, lloré en silencio embargada por todos los

sentimientos que me asolaron de golpe. Rabia, frustración, impotencia, tristeza,

desolación... En esta vida de mierda no éramos nadie.

Una verdad universal como un templo que nos daba de lleno en las narices cuando perdíamos a

alguien y, sobre todo, si ese alguien era joven y supuestamente tenía toda la vida por delante. ¡Asco

de todo!

Poco a poco fui calmándome y entonces pude apreciar lo bien cuidado que estaba aquello. La piedra

limpia, nada de hierbajos, ni musgo.

Un ramo de margaritas silvestres, las favoritas de mi amiga, como único adorno. Sencillas y bonitas.

Como ella. Me arrodillé en el suelo para estar un poco más cerca de ella y poder hablarle. Tenía

tantas cosas que decirle que, no sabía por dónde empezar.

—Lo siento—susurré—. Siento haberme alejado, Jud. Siento haberme centrado en una vida tan lejos

de aquí. Siento no haber estado pendiente de ti, ni Aina, ni Delia. Siento haber roto nuestra promesa

de la amistad. Siento haberte dejado sola.

Me parte el alma pensar que, de haberlo sabido, hubiera hecho hasta lo imposible porque esto no

sucediera. Pero lo que más siento, es que te hayas ido sin poder decírtelo personalmente. Sin poder

abrazarte por última vez. Sin poder decirte cuanto te quise, te quiero y te querré.

Un viento cálido y suave agitó mis cabellos. Ella me escuchaba, estaba completamente segura de

ello. Ese viento era su manera de tranquilizarme. Su manera de decirme que, allí donde se

encontraba, estaba en paz.

—Tenías razón en tu carta, bicho—así era como la llamábamos cariñosamente. De niña era un trasto

—. No mereció la pena. Perderos a vosotras y a mí misma en el camino que me llevó hasta donde

estoy, no mereció la pena. Y sí, estoy a tiempo de cambiar muchas cosas que creí que me hacían feliz

y, no es así. Por eso estoy aquí, para cambiar eso. Lo triste es que haya tomado esta decisión cuando

tú ya no estás entre nosotros y poder recuperarte. Hace un rato que he hablado con mi padre y,

gracias a ello, ahora entiendo lo que decías en la carta. Eso de que estabas a punto de poner remedio

a tus sueños incumplidos. Me quedé alucinada cuando me dijo que habías comprado la finca de la

señora Brígida y que, la casona te pertenecía—me abracé las rodillas y apoyé la barbilla en ellas—.

La he visto, Jud, está preciosa. Una maravilla, la verdad.

He paseado a su alrededor, todo, absolutamente todo es hermoso. La valla blanca de madera, la

cuadras ahora convertidas en una casita, el pozo y...—La imagen del hombre desnudo se cristalizó

en mi mente.

«¡Joder, ya sé quién es!», me dije poniéndome de pie de un salto. Mi madre interrumpió la

conversación de esta mañana cuando mi padre estaba a punto de hablarme de él. Dijo algo así como:

«Tienes que ir a verla, ha quedado preciosa y su...» ¿Marido? ¿Novio? ¿Pareja? ¡Claro, por eso está

allí! Era la pareja de Jud. ¡Mierda! Y yo babeando por él. ¡Jo-der! ¡Qué fuerte!



5

A los tres días de mi llegada a “Los Sauces”, ya estaba totalmente integrada con las actividades del

pueblo y todo el mundo me trataba como si nunca me hubiera ido. Bueno, todo el mundo no.

A mi madre le costaba, pero no me extrañaba en absoluto porque su forma de tratarme era la misma

de antaño. En este escaso tiempo, ya había establecido una rutina. Por las mañanas me levantaba

temprano, era algo a lo que estaba acostumbrada desde siempre y aunque quisiera dormir a pierna

suelta toda la mañana, ya se encargaría la señora Emilia de que no fuera así. Después de desayunar,

recoger mi habitación y vestirme, iba con mi padre al huerto y lo ayudaba con su tarea. Regábamos,

recolectábamos las verduras que ya estaban en su punto, quitábamos los hierbajos e íbamos

preparando las partes que quedaban vacías para una nueva cosecha. Algunas veces trabajábamos en

silencio, pero otras, se nos iba el santo al cielo poniéndome él al día de todo lo que había sucedido

en todos estos años. Me encantaba darme cuenta de que, a pesar del tiempo que estuve alejada, la

relación con mi padre seguía exactamente igual. La complicidad que tenía con él era sencillamente

maravillosa y entrañable.

Con mi madre discutía día sí y día también. Desde que me levantaba hasta que me acostaba y siempre

que estábamos juntas en la misma habitación, peleábamos. Todo lo que hacía

estaba mal. Todo. Juro

que intentaba tener paciencia e ignorarla, pero resultaba imposible hacerlo cuando estaba

continuamente detrás de mí recalcando todo aquello que no le gustaba.

Que por qué me ponía tal o cual prenda. Que por qué me peinaba así o asá. Que si comía poco o

mucho. Insufrible, vamos. Y claro, luego también estaba el tema de mi marido. Yo entendía que ella

intuyera que con Jean Paul no me iba bien, algo lógico si se paraba a pensar que desde que estaba

aquí, todavía no había hablado con él ni de él. Si en lugar de tocarme la moral con sus comentarios,

me preguntara mostrando un verdadero interés por mí, yo no tendría ningún problema es poder

desahogarme con ella. Era más, creo que hasta lo agradecería. Aunque sinceramente, cuanto más

pasaban los días, menos me acordaba de su existencia.

Por otro lado, no había vuelto al cementerio a ver a Jud. La sola idea de sentirme atraída por el que

fuera su pareja o lo que sea, me hacía sentir que la estaba traicionando. Podía parecer una tontería,

pero cuando hacía una montonera de años nos hicimos la promesa de la amistad, ésta incluía que,

ninguna estaría con el novio o ligue de turno de la otra por mucho que nos gustara. He incumplido

partes de aquella promesa, pero no lo haría con ésta.

Por eso mismo tampoco me he atrevido ni siquiera a volver a subir a nuestro sitio por miedo a

encontrarme con él, con su perro o con ambos. Eso no quiere decir que no haya vuelto a verlo.

Todas las noches, después de las diez y media, aparecía por uno de los laterales de la capilla,

suponía que, de estar un rato con su mujer, y lo seguía con la mirada hasta verlo desaparecer cuesta

arriba.

Observarlo a esas horas también formaba parte de mi rutina diaria.

Lo que más rabia me daba era que quería subir allá arriba, quería no, necesitaba subir y comprobar

si lo que sentí la primera vez que lo tuve ante mí fue producto de mi imaginación, del cansancio del

viaje, del sol o de mis hormonas moribundas. Y creía que ha llegado ese momento.

Aprovechando que era sábado, que mis padres estaban dormitando frente al televisor después de

comer, que no había visto a ningún turista merodeando por allí y que hacía un día espectacular, reuní

el valor necesario para hacer una nueva expedición y arriesgarme a sufrir el ataque de trueno, el

perro que casi me mató de un susto el día que llegué.

Decidida, metí en una mochila una toalla, el libro de Jane Eyre, una botella

de agua, por eso de la

deshidratación y tal, y con cuidado de no despertar a mis padres, cogí de uno de los cajones de la

salita los prismáticos para poder observar, a una distancia prudencial, todo lo que ocurría al otro

lado del río.

Por último, desenchufé el móvil que estaba cargando en la cocina, por si tuviera que hacer una

llamada de emergencia, y con él en la mano y la mochila a la espalda, salí por la puerta sin hacer

ruido. ¡Joder, estaba hasta nerviosa y todo!

Al cruzar el pueblo, me fijé que el bar de Pepe, bueno, seguía siendo el bar de él, pero ahora era una

sobrino suya la que prácticamente lo llevaba, estaba cerrado hasta las seis de la tarde.

Hora en la que empezaba el campeonato de dominó de aquel fin de semana y en el que mi padre

participa.

Tenía tres horas por delante para subir, fisgonear y volver a bajar antes de que todo el mundo se

reuniera en el bar para presenciar el campeonato. Incluida yo. Sólo esperaba no tener ningún

contratiempo que me hiciera quedar en evidencia delante de todos. Iba tan concentrada pensando en

lo que estaba a punto de hacer que cuando me sonó el teléfono cerca del

prado del río, casi me dio un
infarto.

—¿Sí? —Contesté con el corazón a mil por hora.

—¿Dónde demonios estás, cherié? He llamado a la galería para hablar contigo y me han dicho que

hace unos días que no vas por allí. Y resulta que tampoco estás en casa...—
Vaya, mi atento y

cariñoso esposo parecía molesto.

—Estoy en “Los Sauces”—contesté sin emoción alguna.

—¿Y qué haces ahí? ¿Ha ocurrido algo?

—Antes de que te fueras de viaje te comenté que una de mis mejores amigas había fallecido, ¿lo

recuerdas?

—La verdad es que no. Los temas sin importancia los olvido con rapidez.

—Ya, pues resulta que para mí si es importante y por eso estoy aquí—espeté molesta.

—Necesito que vuelvas, la inauguración de la exposición de Pierre es dentro de diez días y todo está

manga por hombro.

—¿Dónde estás tú, Jean Paul?

—Ahora mismo en Londres, pero mañana saldré para Irlanda.

—Bueno, pues quizá debas posponer el viaje a Irlanda y regresar a París para encargarte

personalmente de ultimar los preparativos de la exposición porque yo no voy a volver, de momento.

—¿Cómo que no vas a volver? ¡No puedes hacerme esto, Cherié! Te exijo que vuelvas

inmediatamente y te ocupes de hacer tu trabajo.

—¿Me lo exiges? ¿En serio? Pues fíjate que por una vez me voy a pasar tus exigencias por donde la

espalda pierde su nombre y me voy a quedar donde estoy. Volveré cuando haya terminado de hacer

lo que he venido a hacer, Jean Paul. Por cierto, mis padres están bien y yo más o menos. Gracias por

tu interés—y sin más colgué la llamada.

Estaba furiosa. Muy furiosa. En todo el tiempo que llevaba casada con él, jamás me había hablado de

esa manera.

Seguro que estaba con alguien de renombre y quería darse importancia, porque si no, no entendía ese

comportamiento. ¿Exigirme? ¿A mí? Vamos, lo que me faltaba.

Si nuestra relación ya estaba pendiendo de un hilo, ahora, después de esta llamada, podría mandarlo

todo a la mierda sin ningún tipo de remordimientos.

Así de cabreada estaba. ¿Pero quién coño se creía que era yo? ¿Una empleada más?

¡Qué me ocupara de hacer mi trabajo, decía! ¿Acaso le había exigido yo a él en este último año que

cumpliera con su deber de marido?

Por supuesto que no. Iba tan ensimismada despotricando para mis adentros que ni siquiera fui

consciente de que ya había llegado al prado donde tenía pensado hacer mi expedición de espionaje,

hasta que me di de bruces con el cercado de madera. «Mierda, Ruth—me dije—. Como no te

controles y te tranquilices, serás descubierta antes siquiera de que pongas un pie ahí dentro». Cogí

aire lenta y hondamente, y lo expulsé con lentitud, tratando de serenarme, y dejar de momento el

cabreo aparcado.

En lugar de pasar por en medio de los maderos como la otra vez, lo hice por encima, eso sí, después

de haberme cerciorado de que no había moros en la costa, y caminé con precaución hasta debajo de

los árboles.

Donde afortunadamente y gracias a su ramaje, podía ocultarme sin problemas.

Extendí la toalla, saqué el libro de Jane Eyre y los prismáticos del interior de la mochila y me

dispuse a vigilar la casona. Me senté sobre la toalla y al enfocar con los prismáticos hacia la casa,

fue cuando me di cuenta de que en esa posición no podría ver nada debido a las ramas de los árboles

y solté una palabrota. Sí, ese era buen sitio para esconderse, pero por lo visto, no para espiar. Me

tumbé boca abajo y, durante un buen rato controlé todo lo que sucedía frente a mí. Nada, eso es lo

que sucedía.

Absolutamente nada. O estaba durmiendo la siesta, al igual que el resto de los vecinos, o

simplemente no estaba, que también podía ser.

Cuando ya llevaba un rato en aquella posición y los brazos se me empezaban a dormir debido a la

postura, fue cuando pensé que era idiota por no disfrutar de la tranquilidad que se respiraba allí

arriba.

Cualquiera que me viera, pensaría que además de ser idiota, era una loca acosadora. «Anda que ya

me valía», me dije alucinada conmigo misma por lo que estaba haciendo.

Aparté los prismáticos a un lado y dejé que la historia de Jane Eyre, la sombra de los sauces y el

viento cálido, me transportasen a otro lugar mucho más oscuro, pero infinitamente más entretenido.

Abrí los ojos de golpe, desorientada. Tenía el libro encima de la cara y escuchaba de fondo el

chapoteo del agua y, carcajadas.

¡Mierda! Me había quedado dormida. Me giré lentamente con cuidado de no hacer ruido para ver

quiénes eran las personas que parecían pasárselo tan bien en el agua y, me quedé estupefacta al ver al

marido de Jud, o lo que fuera, metido en el río haciéndole ahogadillas a la sobrina de Pepe, el del

bar. ¿Qué coño...? Cogí de nuevo los prismáticos y me puse en posición.

Ella llevaba un bikini minúsculo que apenas le cubría los pezones y él, creo que... «No podía ser...

¡Joder, estaba completamente desnudo!», murmuré horrorizada. ¿Pero qué mierda le pasaba a ese tío?

¿Acaso se creía que era Adán en el paraíso para estar siempre en pelotas? ¿Y qué hacía con ella?

«Qué iba a hacer, Ruth, jugar al parchís desde luego que no», me dije.

Contuve la respiración cuando vi que se acercaban, y que él rodeaba la cintura de ella con un brazo y

la pegaba a su pecho. Luego, inclinó la cabeza lentamente y con una sonrisa canalla y chulesca, lamió

las gotas de agua que se deslizaban entre sus senos.

Hizo a un lado la escasa tela que los cubría y con parsimonia, enroscó la lengua en uno de sus

pezones. ¡Madre mía! Estaba viendo porno en directo.

Ahugué una exclamación al ser consciente de que de nuevo me había convertido en voyeur y que,

además, disfrutaba con ello.

¿Qué me estaba pasando?

Meneé la cabeza de un lado a otro, tratando de eliminar esa sensación de excitación que me corroía,

pero mis ojos volaban una y otra vez al aparato para no perderme detalle. Cambiaron de posición.

Ahora ella estaba de espaldas a mí. Y a él lo tenía justo enfrente y, desde allí, gracias a los

prismáticos, podía ver perfectamente los gestos de su cara.

Dios, aquella manera que tenía de morderse el labio mientras la contemplaba era súper sexi y se me

aceleraba la respiración. Sus manos, morenas, fuertes y grandes masajearan sus glúteos con urgencia,

y de un movimiento brusco tiró de ella y la izó para que abrazase su cintura con esas piernas

kilométricas que tenía la muy zorra. Un momento, ¿y por qué la llamaba zorra? «Porque estás

celosa», me dijo mi subconsciente. No, no, no, ¡imposible! La insultaba porque se estaba

beneficiando al que hasta hacía nada era el marido de mi mejor amiga. ¡Perra!

La temperatura del ambiente aumentó y enseguida noté gotas de sudor cubriéndome la espalda. La

boca se me reseco cuando vi como él se ensartaba en ella de un golpe muy certero, por su forma de

gemir, y la bamboleaba adelante y atrás, en un ritmo tan cadencioso y morboso que estaban a punto

de empezar a darme sofocos. Me di aire con la mano e inconscientemente me relamí cuando él echó

la cabeza hacia atrás y dejó escapar un jadeo lujurioso.

Como si fuera un lobo aullándole a la luna. «¡Me va a dar algo!», susurré para mí. No creía que

podiera olvidarme de aquella imagen el resto de mi vida.

Su pelo negro brillando por la humedad del agua. Su cuerpo perfecto húmedo y resbaladizo.

Sus ojos verdes, intensos y seductores que me... Asustada aparté la mirada. ¡Joder, me había visto!

¡Me estaba mirando! Me llevé la mano al pecho, tratando de frenar los golpeteos de mi corazón.

«Tranquila, es imposible que haya podido verte», me dije para tranquilizarme. Esperé un minuto,

dos, o yo qué sé cuántos y como debía de ser una enferma mental, volví a mirar. Y si antes no estaba

segura de que se hubiera percatado de mi presencia, ahora tenía claro que sí. ¿Por qué? Porque en

cuanto enfoqué la vista en él, sus labios se curvaron en una sonrisa y me guiñó un ojo. ¡Tierra

trágame! ¡Tenía que salir de allí zumbando!

Cuando llegué a casa, que afortunadamente estaba vacía porque mis padres seguramente estuvieran

en la plazoleta de la capilla esperando a que la guarra esa abriera el bar, aún me temblaban las

piernas.

¡Menuda pillada! Estaba claro que, si tuviera que ganarme la vida como

espía, iba a pasar mucha

hambre.

Me di una ducha, y ya más calmada y con la mente fría, me cabreé al darme cuenta de que en todo el

tiempo que pasé allí arriba disfrutando como una salida con la escenita erótica de las narices, me

olvidé de quién era él, y el poco tiempo que hacía que se había quedado viudo. ¡Menudo cabrón!

¿Cómo podía estar tirándose a otra, cuando no hace ni quince días que su mujer había muerto? ¿Tan

poco la quería? ¿Tan poco le importaba? ¿Cuánto tiempo llevaba acostándose con la sobrina de

Pepe? ¿Y cómo pude yo volver a ponerme cachonda y disfrutar de ello? Mi comportamiento

estaba dejando mucho que desear, la verdad. Y eso tenía que cambiar. ¡Jamás volvería a subir allí

arriba! Y si algún día, en lo que durara mi estancia allí, volvía a encontrármelo, le iba a cantar la

cuarenta. Él no iba a dejar de acostarse con otras por ello, pero al menos, yo, me quedaría muy a

gusto al hacerle ver que lo que hacía traicionaba la memoria de Jud.

A las seis en punto estaba entrando por la puerta del bar. Era un bar pequeño, con ocho mesas y sus

respectivas sillas. Al fondo, la barra de madera y las estanterías de cristal, donde descansaban los

vasos para las pintas de vino y las jarra para la cerveza. Todo muy cuidado y limpio. Y tras ésta, la

chica en cuestión sonreía de oreja a oreja. Era guapa, para qué mentir. Su pelo, del color de la paja,

todavía estaba húmedo gracias a su bañito en el río. Tenía la tez morena, tostada por el sol y, sus

ojos del color de la miel brillaban. «A mí también me brillarían si me hubieran hecho lo mismo que

le hicieron a ella», pensé con envidia. «No vayas por ahí, Ruth», me dije.

—¿Decías algo, canija? —Me sobresalté al oír la voz de mi padre justo detrás de mí.

—No. Bueno, sí. Me preguntaba dónde estaríais tú y mamá—mentí.

—Tu madre está sentada en la plazoleta esperando a Antonia y Manuela. Si quieres tomarte una

cerveza fresquita, aprovecha ahora que no está. No tardará en venir—dijo dirigiéndose ya a la barra

—. Minerva, pon un par de cañas en una jarra de esas que tienes en el congelador, guapa.

—Marchando, señor Aníbal. ¿Está preparado para ganar hoy?

—Por supuesto, muchacha. Siempre lo estoy. Acércate, canija, no te quedes en la puerta.

¿Acercarme? Prefería que me persiguiera el perro asesino come carne humana de allí arriba, pero

¿qué explicación iba a darle a mi padre para no hacerlo? A regañadientes lo seguí y compuse una

sonrisa imaginando lo que vendría ahora.

—Minerva, esta es mi hija, Ruth, ha llegado hace tres días. Ruth, ella es la sobrina de Pepe.

—Encantada de conocerte—respondió sonriéndome con sinceridad—. Bienvenida a Los Sauces.

¿Vas a quedarte todo el verano? —Indagó.

—Esperemos que no—¡Genial, la señora Emilia no tardó en hacerse notar!

—Aún no lo sé, Minerva. Tengo algunos asuntos que resolver, pero quién sabe, igual me lío la manta

a la cabeza y me quedo una temporadita por aquí.

—¡Dios no lo quiera! Ponme un café, anda.

—Pero bueno, mujer, ¿por qué dices eso?

—Porque tu hija tiene un marido esperándola en París, Aníbal, ¿acaso se te has olvidado? Y además

tiene mucho trabajo en su importante galería...

—Ay mamá, tus ganas de tenerme por aquí me tientan mucho. No sabes cuánto—cogí la caña y me

senté en un taburete, lo más alejada de mi madre que pude.

Disfruté del campeonato de dominó. Sí, disfruté viendo a mi padre y a los demás bromear entre ellos

como niños pequeños. Sí, disfruté viendo a mi madre charlar animadamente con las vecinas,

ignorándome. Y sí, disfruté y aplaudí cuando mi progenitor se erigió campeón.

¡Menudo espectáculo! Para la gente que no estaba acostumbrada al pueblo,
un campeonato tan

simple como aquel podía parecer aburrido, pero para ellos, junto con los
bolos, era la mar de

divertido y muy importante. Y yo, observándolos jugar, volví una vez más a
mi niñez y, por

un momento, un escaso momento, me olvidé de todo y fui feliz de nuevo.



6

De niña, el día de la semana que menos me gustaba era el domingo. Mi
madre me despertaba

temprano, para no variar, y me obligaba a ir a misa y al catecismo. Pensé que
cuando hiciera la

primera comunión aquella cruz terminaría, pero nada más lejos de la realidad.
Fui haciéndome mayor

y lo único que cambió, fue el catecismo por la confesión. Cada domingo tenía
que confesarle mis

pecados a Don José, un sacerdote más viejo que el catarro que,
probablemente tuviera más pecados

que confesar que una niña, o ya puestos, que un adulto muy pecador.
Recuerdo que entraba en aquel

habitáculo de madera, me arrodillaba y le contaba al señor mis travesuras de
la semana. Picar en las

puertas de las vecinas y esconderme, encerrar a los gatos en cajas de cartón,
espantar a las

gallinas... En fin, para mi madre era una pecadora en potencia y debía ser redimida para poder subir

al cielo, porque según ella, yo tenía plaza fija en el infierno. Y por lo visto seguía pensando lo

mismo, porque esta mañana, abrió la puerta de mi habitación y a gritos dijo:

—¡Ruth Grier, levántate ahora mismo que hay que ir a misa!

—Venga ya, mamá. Déjame dormir, ¿quieres? —le dije tapándome la cara con la almohada.

—¡Mientras estés bajo mi techo acatarás mis normas! —Vociferó—. Irás a misa y te confesarás,

como todo el mundo. Además, no quiero que los vecinos piensen que no existe buena relación entre

tú y yo.

Ahí estaba el verdadero motivo de mi madre por querer que la acompañara a la capilla. Que nuestros

vecinos y amigos no cuestionaran que una de sus más fieles feligresas, esa que no perdía una misa los

domingos y tampoco la sabatina, esa que rezaba un padre nuestro y doscientos ave marías con el

rosario enroscado en una mano, trataba mal a su hija y no quería tenerla cerca. Cuando lo

cierto era que, todo el mundo en Los Sauces había sido testigo infinidad de veces de su forma de

tratarme. En fin, no tenía más remedio que darle el gusto. No fuera a ser que a la pobre mujer le diera

por pensar que quería compartir con ella mi plaza fija en el infierno.

Y allí estaba, vestida con unos pantalones negros de pinzas, una camisa de satén blanca, anudada al

cuello, una americana haciendo juego con el pantalón y unos finos zapatos de tacón, en la puerta de la

capilla junto a mis padres, esperando para saludar al padre Miguel.

Un sacerdote joven y atractivo que llevaba haciéndose cargo de la parroquia desde hacía cinco

años, y que me hizo acordarme de aquella serie de televisión, «El pájaro Espino».

Bueno, al menos recrearía la vista. ¿Se escandalizaría mucho mi madre si lo invitara a tomar más

tarde el vermut con nosotros en el bar de Pepe? Sería interesante ver su reacción.

Seguro que ordenaba recoger leña para hacer una hoguera en el medio de la plazoleta y luego gritar

como una posesa: «¡A la hoguera con ella! ¡Qué la quemen!». Sí, muy interesante.

Después de la homilía y de contarle a Don Miguel un par de mentirijillas, porque sinceramente, no

estaba yo muy por la labor de hablar con un desconocido sobre mi vida privada, estuvimos de charla

dominguera en la plazoleta. Eran las doce de la mañana, ya hacía un calor asfixiante y yo me moría

por ir al bar y tomarme algo bien fresquito. Pero como mis padres se empeñaron en departir con todo

el pueblo que, afortunadamente no era muy grande, y aprovechando que la señora Emilia estaba muy

entretenida, decidí ser valiente y acercarme al cementerio a ver a Jud.

Antes de cruzar la portilla, me aproximé a los rosales que adornaban el lateral de la capilla y corté

una rosa. La más bonita, la que mejor color tenía, para ella. Una vez dentro y ya frente a su tumba, la

deposité junto a un ramo de clavelinas rojas y paniculata que no estaba la vez anterior que estuve

aquí. ¿Se las habría traído su marido antes o después de acostarse con Minerva? ¡Cerdo!

—Hola, bicho, perdona la ausencia de estos últimos días, pero es que... no sé cómo contarte lo que

me está pasando—murmuré—. Hace mucho tiempo, nos hicimos una promesa de amistad que incluía

ciertas cosas. He incumplido una de ellas, lo cierto es que todas lo hicimos. Ojalá pudiera desandar

el camino andado y retroceder diez años en el tiempo, pero es imposible. Me duele en el alma

haberos fallado y no quiero hacerlo más. Por eso mismo necesito ser sincera contigo. Me avergüenza

reconocer que me siento atraída por... por... por tu marido. Lo he visto un par de veces y... bueno,

tienes muy buen gusto, amiga. Siempre lo has tenido. Ojalá pudieras contarme cómo era

vuestra relación porque, verás, él... él y...

—Interesante conversación—dijo una voz ronca y sensual a mis espaldas dándome un susto de

muerte—. ¿Con quién hablas? —Me giré lentamente.

El Adán de Los Sauces estaba allí, vestido. ¡Al fin! Había llegado a pensar que aquel tío no sabía lo

que eran unos pantalones y una camiseta. Que por cierto, le sentaban de maravilla. Lo que no quería

decir que desnudo también estuviera de... «Stop, Ruth. Stop», me reprendí al ver el camino que

tomaba mi traidora mente. Me miraba con curiosidad. Los brazos cruzados sobre el pecho y una ceja

enarcada.

—¿Qué haces aquí? —volvió a preguntar.

—¡Tú! —Rugí señalándole con el dedo índice—. ¡Tú!

—¿Yo qué? —Inquirió con chulería.

—¡Eres un sinvergüenza! —Exploté—. ¿Tan poco la querías? ¡Dime! ¿Tan poco la querías

para estar a los pocos días de su muerte revolcándote con otra a plena luz del día y a la vista de todo

el mundo? —Me fulminó con la mirada y su mandíbula se tensó—. Si tanta prisa te corría traicionar

su memoria, haberlo hecho fuera de aquí...

—Ya veo... Crees conocerme, saber quién soy. Y me juzgas por algo que, según tú, he hecho mal—

el frío tono de su voz me deja muda—. Llevas aquí cuatro días y crees saberlo todo de mí o de ella—

dijo señalando la fotografía de Jud—, cuando en realidad no tienes ni idea de nada. Te cuelas en mi

propiedad, que por cierto es privada, para espiarme...

—No te estaba espiando, sólo curioseaba. Cuando llegué, ni siquiera sabía que allí arriba vivía

alguien... Y no es tu propiedad, es la de mi amiga Judith.

—¿Tu amiga? Perdóname, pero tu concepto de la amistad está un poco, digamos... distorsionado y,

deja mucho que desear. ¿Cuántos años hacía que no os veíais? ¿Qué no hablabais? —Me miró con

inquina—. En todo este tiempo, ¿alguna vez te preocupaste por ella? Si no hubiera sido por la carta

que te escribió a ti y a las demás, ni siquiera te habrías enterado de que ella... de que ella...—

Apartó la mirada e inspiró con fuerza.

—¡Qué sabrás tú! Yo me crié en este pueblo, con ella. Sí, puede que perdiéramos el contacto, que no

habláramos, pero la quería y nunca la traicioné. ¿Puedes decir tú lo mismo? No, no te molestes en

contestar. Los hechos valen más que las palabras. No sé cuánto tiempo llevas a su lado ni tengo claro

qué tipo de relación manteníais. La única certeza que tengo es que ella ya no está aquí y tú no debías

quererla mucho cuando ya te follas a otra. ¡Es... es... es asqueroso lo que estás haciendo! ¡Y voy a

hacer hasta lo imposible porque te largues de aquí! ¿Me oyes? —Grité—. ¡Hasta lo imposible!

—¿Eso es una amenaza?

—Será un hecho en cuanto el señor Joaquín regrese de Santander. Pienso ir a verlo y contarle

lo que hace su... su... ¡Pienso hablar con él!

—¡No lo harás! —Vociferó.

—Lo haré. A no ser que, cojas tus cosas y te vayas de “Los Sauces”. Si lo haces entonces me callaré

y nunca diré nada de lo que he visto.

—¿Sabes? Me encantará estar presente en esa conversación.

—¿No vas a irte?

—¡Ni de coña!

—¡Pues entonces atente a las consecuencias! —Le advertí.

—Ten cuidado, Ruth, no vaya a ser que las consecuencias te hagan tragar todas tus palabras y pedir

perdón.

—¿Cómo estás tan seguro de que soy Ruth y no Delia o Aina? —Indagué.

—Porque al contrario que tú, yo sé muy bien quién eres...—dio media vuelta y caminó hasta la

portilla.

—¡Espera! —¿Qué quería decir con aquello de que él sabía perfectamente quién era yo? ¿De qué me

conocía?

—Avísame cuando vayas a hablar con el señor Joaquín, será un placer acompañarte—dijo sin mirar

atrás.

—¡Cretino! —Balbuocé.

Durante un rato me quedé absorta, sumida en mis propios pensamientos. Dándome cuenta de que una

vez más, mi carácter impulsivo me había llevado a proferir amenazas que no estaba dispuesta a

cumplir, porque, ¿quién era yo para meterme en la vida de nadie? ¿Y si la relación que este hombre

tenía con mi amiga era abierta y liberal? «Ay, Ruth—me dije—. Que bien estabas con la boquita

cerrada, guapa». Pero es que era así, impulsiva por naturaleza, bocazas y defensora de las injusticias.

Y para mí era muy injusto que él estuviese allí retozando con otra, mientras ella se había ido para

siempre. Vale, sí, él no la empujó a hacer lo que hizo.

Quizá ni siquiera estuviera al tanto de lo que iba a suceder, pero, joder, me repateaba las entrañas

ser testigo de esta relación y no poder hacer nada al respecto. Aunque en realidad, lo que más rabia

me daba, era ser consciente de que él me gustaba. Sin apenas conocerlo, sin

apenas saber nada de su

vida, me sentía tan atraída por él que me asustaba.

—Lo siento, Jud—le dije a la foto de mi amiga con lágrimas en los ojos—. Siento que hayas tenido

que presenciar esta discusión entre él y yo. Lo siento de verás, yo... yo...— Me costaba mucho decir

aquellas palabras—. Creo que estoy actuando como una mujer celosa y me jode porque, si eso es así,

entonces yo también estoy traicionando tu memoria y no quiero hacerlo. Lo mejor será que cuando el

miércoles vaya a la lectura de tu testamento, aproveche para coger un vuelo y regresar a París. De lo

contrario, puede que cometa una tontería y me arrepienta el resto de mi vida. Vendré a despedirme

antes de mi partida, te lo prometo, bicho. Te quiero—. Dije lanzando un beso al aire.

El resto del domingo, después de tomar el vermut en el bar de Pepe, de escuchar los cotilleos de

Casilda, Eudosia y la señora Emilia, sobre todo aquel que osara ponerse al alcance de su vista, y

más tarde, de comer unos garbanzos y flan casero con mis padres en casa, lo pasé en el desván,

mientras ellos dormitaban en el salón, rememorando viejos y felices tiempos con cada objeto que iba

sacando de las cajas de cartón que estaban apiladas allí arriba y que mi madre llamó porquería.

¿Cómo iba a deshacerme de los discos de vinilo de Michael Jackson, Roxette o Nirvana?

¿Cómo iba a deshacerme del álbum de fotografías que immortalizaban tan buenos momentos con las

chicas? ¡Madre mía! Si hasta tenía el diario que escribía por aquel entonces... ¡Qué fuerte!

Lo cogí entre mis manos con ilusión y fui pasando las hojas, amarillentas por el paso del tiempo. Era

un diario que me había regalado mi madrina el día de mi primera comunión. De esos típicos, blanco

y dorado con un angelito en la portada; con una cerradura pequeña y un candado minúsculo y

abierto, por cierto, que guardé durante mucho tiempo como un recuerdo y que más tarde empecé a

escribir con quince o dieciséis años. Cuando creí que empezaban a pasarme cosas importantes.

¡Cuánta nostalgia! ¡Y qué bonitos aquellos tiempos! Con él en la mano y con una sonrisa de boba,

recogí todas las cosas que había ido sacando y devolví las cajas a su sitio para bajar a mi habitación

y, morirme de la risa leyendo mis memorias adolescentes.

23 de junio de 1996

« Hoy es la noche de San Juan, y cuando baje de pasar la tarde en el río con Aina, Delia y Jud,

vendrán a casa para tratar de convencer a la pesada de mi madre para que me deje quedarme un

poco más tarde de las dos, hora en la que tengo toque de queda, en la verbena. Ellas están

convencidas de que lo lograrán, yo en cambio lo dudo mucho porque mamá, es un hueso duro de

roer. Cómo me gustaría que se pareciera un poco más al resto de las madres...».

« ¡No me lo puedo creer, lo han conseguido! Entre mis amigas y mi padre han convencido a mamá

para que me permita quedarme en la fiesta hasta las tres y media. ¡Son la caña! ¡Las adoro! ¡Y a

papá también! Del subidón que me dio ver asentir, eso sí a regañadientes, a mi madre, me la he

comido a besos. Ella se ha quedado alucinada y yo, al ser consciente de lo que había hecho,

también. Es tan raro que entre nosotras haya muestras de cariño... Estoy feliz, muy feliz. Voy a

preparar los deseos que tiraré en la hoguera y ponerme guapa. Puede que hoy David, el chico que

viene a veranear todos los años a casa de su abuela, me invite a bailar. ¡Es

tan guapo...! ¡Y está

tan morenito...! Creo que, por primera vez en mi vida, me he enamorado».

¡Ay Dios mío! Era verdad que por aquel entonces me gustaba muchísimo el nieto de doña Concha.

No lo recordaba. Bueno, era lógico si me paraba a pensar que habían pasado nada más y nada menos

que la friolera de veintiún años.

¡Casi ná! Qué bien nos lo pasamos aquella noche, leches. Me parece que aquel día fue la

primera vez que me bebí una cerveza entera. Y si no me equivoco, también fue el día que me dieron

mi primer beso, con lengua.

24 de junio 1996

« ¡Ayer fue el mejor día de mi vida! Después de cenar, subimos todos juntos, mis padres, mis

amigas y los padres de éstas, al prado del río; donde la comisión de fiestas del pueblo prepara

todos los años la hoguera de San Juan. Pepe se encarga del bar, siempre. Llenan los árboles de

bombillas de colores y cuelgan banderines de las ramas. Cerca de los sauces, improvisan un

pequeño escenario para que Enrique, el marido de la señora Eudosia, nos deleite a todos con su

acordeón.

El presidente de la comisión dice que el presupuesto no da para una orquesta, pero a nosotros nos

da igual. Lo importante es estar todos juntos, unidos y disfrutando de la verbena.

Poco tiempo después de llegar y de que encendieran la hoguera, vi a David con su primo y

algunos chicos que habían venido del pueblo de al lado. Nos saludamos con la cabeza. Él es muy

tímido y a mí me daba vergüenza acercarme porque sabía que mi madre me estaría vigilando.

Delia, Aina, Jud y yo, nos sentamos debajo de los árboles, nuestro lugar preferido de allí arriba, y

empezamos a fantasear con lo que haríamos con la casona de enfrente cuando a Jud le tocara la

lotería y la comprara. Al rato, los chicos vinieron a hacernos compañía y el morenito se sentó a mi

lado. Casi rozando mi mano con la suya. Haciendo que una sensación rara se me pusiera en la

boca del estómago. Ahora creo que fueron nervios, pero ayer bien creí que la cena me había

sentado mal y me pondría a vomitar en cualquier momento. Afortunadamente eso no sucedió.

Fermín, Ramiro y Rubén, los chicos del otro pueblo, nos dijeron que habían dejado escondidas en

la fuente unas mochilas con cerveza; que, si nos apetecía ir a tomarnos una con ellos allí para que

los viejos, así llamaban a los padres, no nos pillaran. Al ver a David animado, fui la primera en

levantar la mano y apuntarme al plan, eso sí, después de que tiráramos nuestros deseos en la

hoguera.

El primer trago que le di a aquella cosa me supo amargo y asqueroso. Con el segundo solo

amargo. Y con el tercero, ya casi me gustaba. Si la bebía todo el mundo por algo sería, ¿no? El

tiempo se nos fue volando, jugando a verdad, atrevimiento o beso.

Para cuando llegó la hora de venirme a casa, Aina, que está muy loca, se estaba enrollando con

Fermín; y Delia, Jud y los otros dos, habían ido a robar ciruelas al huerto del Señor Alfredo. Así

que el morenito se ofreció a acompañarme para que no bajara sola. Y acepté, claro. ¡Por fin pude

estar a solas con él!

Bajamos hablando del instituto, de música... y ya cuando estábamos llegando a mi casa, me cogió

de la mano y me dijo que este año estaba más guapa que nunca. Me puse colorada y nerviosa. Me

preguntó si tenía novio y contesté que no; y entonces me besó. ¡Me besó! Sus labios estaban

suaves, cálidos... El primer contacto con su lengua me asustó, pero después... Ufff ¡Fue

alucinante! ¡Le quiero! Hoy hemos quedado en subir a las ruinas del castillo a merendar, todos.

¡Qué ganas de verlo! ¿Me besaré otra vez? Espero que sí, porque me gustó mucho.

Mamá me está llamando para que la ayude con la comida. ¡Joder, que rollo! ».

Por favor, que tontita era. Mi primer amor con dieciséis años... Lo cierto era que aquel primer beso

no me gustó, me dio muchísimo asco, para qué mentir. Solté una carcajada al recordar la sensación

que sentí.

—¿A qué viene tanta risa, canija? —Mi padre asomó la cabeza por el quicio de la puerta.

—Ay, papá, estoy leyendo mi diario y me meo de la risa.

—¿Eso es bueno?

—Mucho, me viene de perlas.

—Entonces siento fastidiarte el momento. Mamá quiere que bajes a ayudarla con la cena. Respira

hondo y paciencia, tesoro—Me guiñó el ojo y cerró la puerta.

Obediente como nadie, hice lo que me mandó. Respiré hondo varias veces y me armé de paciencia.

Aunque no sirvió de nada.



7

Al día siguiente sería el día. El día en que sabría lo que el testamento de mi amiga decía respecto a

mí. El día en que volvería a irme de allí. Cerré la maleta que tenía sobre la cama y me senté a su

lado, mirando a la ventana. Viendo desde ésta las ruinas del castillo al que ni siquiera había subido.

Viendo un cielo precioso teñirse de color naranja porque el sol se iba a dormir dándole paso a la

luna. Suspiré. Desde el domingo tenía claro que esto sería lo que haría en cuanto recibiera noticias

del señor Carmona, el abogado de Jud, que me había llamado pocas horas antes para confirmarme la

cita. ¿Por qué entonces me sentía tan abatida? ¿Por qué tenía la sensación de que estaba huyendo? No

podía permanecer en Los Sauces indefinidamente. Debía regresar a París y sentarme a hablar con mi

marido. No quería seguir adelante con un matrimonio que no nos hacía felices a ninguno de los dos.

Le quería, sí, pero no estaba enamorada de él. No bebía lo vientos por él. No le deseaba como

hombre. Había llegado a esa conclusión al sentirme atraída por un tío al que ni siquiera conocía.

Un tío que en apenas una semana y con sólo haberlo visto tres veces, me había hecho sentir

más que Jean Paul en el último año. Me había excitado, me había cabreado y me había puesto celosa.

Unos sentimientos patéticos, lo sabía, pero tan esclarecedores... Debía encontrar mi camino de una

vez y buscar mi felicidad. Ser egoísta por una maldita vez y pensar en mí. Sólo en mí. El sonido del

teléfono me obligó a dejar de pensar. Era él. Mi marido.

—Jean Paul—contesté tranquila. Serena.

—Lo siento, cherié. Siento mi comportamiento del otro día. He sido un estúpido al no pensar en tu

dolor por perder a una de tus mejores amigas—esto último me dolió.

—Lo que acabas de decir no tiene sentido. Jud, a pesar del distanciamiento, era mi amiga, no mi

examiga. Tenlo claro. ¿Qué quieres?

—Verás, la inauguración de Pierre se ha pospuesto un par de semanas porque necesita dar los

últimos retoques a una obra maravillosa que tendrá mucho éxito. ¿Crees que con los cambios tendrás

tiempo suficiente para resolver lo que sea que te retenga en ese pueblo perdido de la mano de Dios y

volver para que te encargues de la galería?

—Eso es lo único que quieres de mí, ¿verdad? —Tanteé. Él se quedó callado —. Jean Paul, ¿me has

echado de menos? ¿Has pensado en mí?

—Cherié, estoy muy ocupado. Casi no tengo tiempo ni de respirar.

—¿Me quieres? —Presioné.

—¿Qué te pasa, Ruth? ¿El aire de la montaña te ha trastornado? —Preguntó con ese acento que una

vez me pareció sexi.

—No has contestado a mi pregunta, Jean Paul. ¿Me quieres? La respuesta es muy simple, sí o no.

—Oui. ¿Puedo decirle a Charlotte que estarás aquí para la inauguración? Quiero que todo salga

perfecto y sólo lo lograré si tú te ocupas de ello.

Si antes de aquella llamada ya tenía claros mis sentimientos hacia él, con su respuesta me reafirmaba

en mi decisión. Era triste, pero nuestro matrimonio era historia.

—¿Cherié? —Inquirió impaciente.

—Mañana a esta hora estaré allí. Mi vuelo llega a las siete de la tarde, ¿puedes ir a recogerme al aeropuerto?

—Lo siento, sigo en Londres. Regresaré a París dentro de cinco días. Ocho a lo sumo. Me encargaré de alguien vaya a buscarte.

—No te molestes, puedo hacerlo sola. Jean Paul, tenemos que hablar de lo nuestro...

—Oui, Oui—me cortó—. Ahora tengo que dejarte, me esperan para comer. Gracias por ser tan considerada. Nos vemos a mi regreso. Adiós, cherié. Cuídate.

Me quedé mirando la pantalla del teléfono como si al hacerlo pudiera fulminar a mi marido desde allí.

¿Cuándo se volvió este hombre, que antes era tan atento, cariñoso y detallista, en un ser egoísta, interesado y manipulador?

¿Dónde quedó todo el amor que nos profesábamos? Me jodía reconocerlo, pero al final Jud no estaba equivocada cuando me advirtió el día de mi despedida de soltera que mi matrimonio no sería para

siempre, que a Jean Paul le encantaba mirarse el ombligo desde su posición y que era un estirado.

Que me había aislado de mi mundo consiguiendo así tenerme sólo para él.
Recuerdo que aquello me

molestó muchísimo y puede que fuera el principio de nuestro
distanciamiento. ¿Por qué no la

escuché? ¿Por qué no lo vi venir? «Sí que lo viste, pero decidiste mirar para
otro lado para no

sentirte una fracasada», me reconocí a mí misma en silencio.
Afortunadamente iba a solucionarlo muy

pronto. Y no, no me consideraba una fracasada, en absoluto.

Me di una ducha antes de bajar a cenar y con un pantalón de deporte y una
sudadera entré en la

cocina. Seguro que en cuanto mi madre supiera que iba a perderme de vista,
se pondría a dar saltos

de alegría. Era capaz hasta de descorchar una botella de sidra achampanada
de esas que guardaba

como oro en paño. En cambio, mi padre... pobrecillo, le iba a dar la noche
con la noticia, seguro.

—¿Qué pasa contigo? —Gritó mi madre en cuanto puse un pie en la estancia
—. ¿Crees que soy tu

criada? ¿Qué estoy aquí para servirte? —La miré sin entender. ¿A qué venía
aquello? Estaba

perdida.

—¿Qué he hecho ahora para que te pongas así, mamá?

—¡Dirás mejor qué no has hecho! —Colocó el trapo de la cocina en la barra
de la puerta del horno y

se giró para mírame—. Desde que llegaste vives a cuerpo de rey. Nunca sale de ti echar una mano,

hay que pedírtelo todo. ¡Eres una vaga, Ruth Grier! Claro, estás tan acostumbrada a que tus

sirvientes lo hagan todo por ti que crees que aquí es igual. ¡Pues te equivocas! ¿Me oyes? ¡Yo no soy

la criada de nadie!

—Tienes razón—dije sin levanta la voz—. ¿Quieres saber por qué nunca me ofrezco para ayudarte?

—Adelante, soy toda oídos—se sentó en una silla frente a mí y se cruzó de brazos, a la espera.

—Porque para ti nunca hago nada bien. Si me ofrezco para hacer la cena, dices que lo que yo hago no

se puede llamar comida. Si tiendo la ropa, vas detrás y lo vuelves a hacer, a tu manera, porque yo no

sé tender. Si paso el polvo, según tú, nunca vuelvo a dejar las dichas figuritas en el lugar que

estaban.

Haga lo que haga, siempre tienes una crítica en los labios para mí.

Nunca estás a gusto con nada. ¿Para qué molestarme entonces? Te encanta hacerme sentir como una

inútil... Gracias a Dios que del huerto se encarga papá y a él sí puedo echarle una mano.

—Eres una exagerada, y estoy harta de que siempre me hagas quedar mal frente a él, ¿me oyes? Estoy

harta de parecer siempre la mala cuando tú...

—Pero vamos a ver, mujer, ¿qué pasa ahora? ¿Es qué no podemos cenar una maldita noche sin que os

oiga discutir? —Nos reprochó papá—. ¿Cuál es el problema? ¿Emilia?

—¡Ella es el problema, Aníbal! Desde que está aquí tengo la tensión por las nubes. Siempre

pensando en qué lío se va a meter.

—Joder, ésta sí que es buena. Lo dices como si me pasara la vida en movidas. Siempre estás igual,

quejándote por todo. Ojalá supiera que es lo que te he hecho para que me trates así. ¿Sabes? Desde que

tengo uso de razón, jamás te he oído decir nada positivo de mí, mamá. ¿Por qué? ¿Tan malo fue

traerme al mundo?

—¡No me hables así, Ruth! Aún puedo darte un bofetón.

—¿Así cómo? No te he faltado al respeto, sólo he hecho una pregunta.

—Aníbal, habla con ella porque no puedo más.

—No te preocupes—dije poniéndome en pie—. No será necesario. Mañana me perderás de vista.

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes, papá. Mañana tengo que estar en Santander a las diez y media para la lectura del

testamento de Jud y no regresaré. Cogeré un vuelo a París a primera hora de la tarde. Así que ya

puedes dormir tranquila, mamá, porque me voy.

—Por favor, canija, no lo hagas. No te vayas... Mira, este fin de semana es la verbena de San Juan,

¿por qué no te quedas y la disfrutas con nosotros? Luego si eso, ya veremos... No me prives de

tenerte aquí unos días más—Jo, qué penilla me daba verlo tan triste.

—Sé que me lo pides de corazón, papi, pero lo mejor será que me vaya. Mamá...

—Tu madre dice muchas tonterías cuando tiene la tensión alta, ¿verdad, Emilia?

—Que haga lo que le dé la gana. Si quiere irse, no seré yo quien la detenga.

—Canija, ¿me prometes que esta noche lo consultarás con la almohada?

—Lo siento, papá, pero ya he tomado una decisión. Debo volver a mi casa y arreglar ciertos asuntos

que tengo pendientes. ¿Lo entiendes? —Él asintió con pesar.

—Dime al menos que intentarás venir más a menudo.

—Lo intentaré, papá. Lo intentaré—estiré la mano por encima de la mesa para alcanzar la suya y le

di un leve apretón—. Te lo prometo.

Después de aquello, la cena transcurrió en silencio. Incómodo y triste.

Al menos para dos de las personas que estábamos sentadas a la mesa.

Al terminar, sin que nadie me lo ordenara, recogí los restos de la cena y la cocina mientras ellos

tomaban un café con leche en la salita, frente al televisor.

¿Qué iba a hacer con mi vida? En cuanto le dijera a Jean Paul que quería poner fin a nuestro

matrimonio no me quedaría ningún motivo para seguir viviendo en la ciudad de la luz.

Tendría que empezar de cero, a poder ser en mi país. Alquilar un apartamento pequeño. Buscar un empleo.

Tenía dinero ahorrado, bastante, a decir verdad.

Llevaba diez años trabajando en la galería y mi marido pagaba muy bien; y al cubrir él la mayoría de

mis gastos, había guardado en una cuenta parte de mi sueldo consiguiendo así tener una buena cartilla

de ahorro. Menos mal, no sé qué sería de mí ahora si no contara con ese colchón para

amortiguar un poco mi caída. Inspiré hondo. Pasé la fregona al suelo y apagué la luz.

En lugar de subir a mi habitación y encerrarme allí, decidí salir a dar un paseo por el pueblo para

despedirme de cada rincón, menos de nuestro favorito. Ni de coña iba a poner un pie allí arriba y,

menos por la noche. Antes de salir por la puerta, mientras me ponía unos playeros, alcancé a oír lo

que mi padre le decía a mi madre en murmullos.

—Lo estás haciendo otra vez, Emilia. Y la vamos a perder. Cuando eso

suceda, te quejarás, igual que

hiciste cuando se fue a la universidad.

Igual que hiciste cuando se fue a París a estudiar cocina. Igual que hiciste cuando se casó y dejó de

venir a casa.

—Lo sé, Aníbal. Lo sé...—sigilosa me acerqué un poco más a la puerta de la salita.

—¿Y por qué lo haces entonces? ¿Acaso no recuerdas lo mal que lo pasaste?

—¿Cómo no voy a recordarlo? Es mi hija. Pero es que...

—Sé que estás orgullosa de ella.

—Lo estoy.

—Pues podías demostrárselo al menos un poco, mujer. Me consta que la quieras, que presumes de

sus logros cuando juegas al parchís o te vas a hacer calceta a casa de alguna vecina. En cambio,

cuando la tienes delante... No sé qué te pasa por esa cabeza para que actúes como lo haces. Parece

que la odias. Juro que no entiendo tu actitud...

No pude seguir escuchando y salí a la calle, cabizbaja y pensativa.

Mi madre estaba orgullosa de mí. ¡De mí! ¿Desde cuándo? ¿Presumía de mis logros? ¿En serio? Me

costaba creerlo, la verdad. A no ser que lo hiciera para aparentar. Pero si mi padre lo decía

era por algo.

Él nunca mentía, ¿no? Entonces, si aquello que había escuchado era cierto, ¿a qué venía aquél trato?

¿A qué venían sus palabras humillantes?

¿Sus quejas? ¿Tenía una madre con doble personalidad? ¿Era eso? Ojalá pudiera sentarme con ella y

hablarlo tranquilamente como personas adultas que éramos. Como una madre y una hija, normales.

Sin gritos. Sin reproches. Sin echarnos nada en cara.

Caminé hasta el rincón que había sido testigo de infinidad de cosas en nuestra adolescencia. Donde

nos escondíamos en las noches de verano para beber unas cervezas, fumarnos unos cigarrillos y

besarnos hasta la saciedad con nuestros primeros amores.

La fuente.

¡Cuántas veces había venido aquí a por agua porque a la señora Emilia no le gustaba la que salía del

grifo! Me senté en el bordillo de piedra y miré al cielo estrellado.

Se veía tan bonito... Sentía tanta paz... Echaba tanto de menos a las chicas... Me sentí tan sola en

aquel momento que sin poder evitarlo comencé a llorar. «Todo se va a la mierda, chica. Todo», me

dije en voz alta para tratar de asimilarlo.

—¿Te encuentras bien? —De un brinco me puse de pie y me giré asustada—.

No pretendía asustarte,

lo siento.

Joder, lo qué me faltaba. Que el Adán de Los Sauces me pillara en uno de mis momentos de bajón.

¿Por qué tenía que aparecer precisamente ahora?

—Ya, pues para no pretenderlo casi me matas. ¿Qué haces aquí? —Pregunté cortante.

—Salía del cementerio y te vi. Sentí curiosidad por saber adónde te dirigías.

—Seguro que pensaste que iba directa a espiarte, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas. Por eso me extrañó que en lugar de seguir camino arriba, te desviaras a la

derecha. ¿Estás bien? —¿Había preocupación en su voz?

—Perfectamente.

—¿Entonces por qué lloras? —Trueno apareció detrás de él captando toda mi atención.

Joder, aquel chucho era enorme, igual que su dueño. Se acercó a mí meneando la cola, como si

estuviera feliz de verme y olisqueó, primero mis pies y luego mis manos. No me atreví a

moverme por miedo a que me atacara.

—No tengas miedo, Trueno es inofensivo, ¿verdad, chico? —El perro ladró en respuesta.

—Si tú lo dices...—fue lo único que se me ocurrió decir.

Enseguida dejé de ser el centro de atención del animal. Ojalá pudiera decir lo mismo de su dueño.

Me miraba de una forma tan intensa, que talmente parecía que quería meterse dentro de mi cabeza y

leer mi pensamiento. Y lo más fuerte es que tuve la sensación de que lo lograría, por eso aparté la

mirada.

—Me siento nostálgica, triste. Por eso lloro.

—¿Puedo hacer algo por ti? —«No me vendría mal un abrazo», pensé. Pero en lugar de expresarlo

en voz alta, negué con la cabeza—. ¿Estás segura? —Insistió.

—Sí. Gracias.

¿Por qué estaba siendo tan amable conmigo después de la bronca que le había montado hacía un par

de días? «Porque probablemente sea una buena persona», me contesté a mí misma. «Puede que hayas

sido demasiado dura juzgándole», seguí deliberando. «O puede que sólo esté haciéndote la pelota

para causarte una buena impresión, y así convencerte para que cierres el pico y no cuentes lo que

sabes». ¿Por qué no dejaba de mirarme de aquella forma que me erizaba el bello de la nuca? De

repente dio un paso, luego otro, acercándose demasiado a mí e, instintivamente me aparté.

—¿Qué estás haciendo? —Medio rugí horrorizada.

—Sólo quiero coger el palo que está a tus pies para entretener a Trueno y que deje de danzar a tu

alrededor tratando de llamar tu atención—Se agachó, cogió el palo y se lo tiró al chucho que

enseguida fue en su busca—. No es mi estilo ir por ahí atacando a las mujeres, Ruth.

—Tu estilo podría ser cualquiera, no te conozco de nada. En cambio, tú a mí parece que...

—Me conoces. Lo que pasa que has dejado que tu mente se haga una película por lo que has visto.

Me has juzgado y sentenciado. Por eso no ves más allá de tus narices.

—Respecto a eso, puedes estar tranquilo, no voy a hablar con el señor Joaquín—susurré.

—¿Puedo saber por qué has cambiado de opinión?

—No me gusta que se metan en mi vida, por lo tanto, no soy nadie para husmear en la de los demás.

No puedo negar que me duele verte con otra mujer cuando... cuando mi amiga... En fin, me duele,

pero no es asunto mío.

—¿Te duele por Jud o por ti?

—¿Cómo dices? —El corazón me empezó a latir con fuerza.

—Escuché parte de la conversación que mantenías en el cementerio con mi... con Jud. Supongo que

cuando decías que te sentías atraída por su marido te referías a mí...

—¡No puedo creerlo! ¡Eres peor de lo que pensaba!

—¿Acaso estoy equivocado? —Dio un paso en mi dirección. Estaba tan cerca de mí que casi nos

rozábamos. Me erguí poniéndome a la defensiva.

—¡Estás enfermo! ¡Y me das asco, fíjate lo que me atraes! No voy a hablar con el padre de Jud, no,

claro que no. Lo haré directamente con su hermano, él sabrá cómo ponerte en tu sitio—soltó una

carcajada en mi cara, ofendiéndome aún más—. ¡Ojalá te dé una buena patada en las pelotas!

¡Gilipollas!

Lo empujé para pasar a su lado haciéndolo trastabillar y me alejé de allí furibunda. ¿De qué narices

iba este tío? ¿Y en qué mierda estaba pensando mi amiga para tener algo que ver con él? Dios, estaba

tan cabreada que podía partirle la cara si me lo proponía. ¿Pero...? ¿Pero...? ¡Dios! ¡Y una

mierda era buena gente! Sus risotadas seguían retumbando en mis oídos cuando llegué a casa,

aumentando mi ira. Tenía que hablar con Unai como fuera y ponerlo al corriente. No podíamos

permitir que este cretino siguiera traicionando la memoria de Jud de esta manera y se quedara tan

pancho. ¡No señor, no lo íbamos a permitir!



8

A la mañana siguiente, después de levantarme, me pasé un buen rato debajo del chorro de agua tibia,

en la ducha. Me estaba costando un triunfo despejarme por completo ya que la noche anterior tardé

una eternidad en conciliar el sueño por culpa del cretino ese de allí arriba. Di más vueltas en la cama

que una peonza. Cuando conseguí cerrar los ojos, ya casi amanecía, y en aquel momento los

muy puñeteros parecían estar pegados con Loctite. Para más inri, el poco tiempo que había dormido,

lo había pasado soñando. Pero no un sueño bonito, que va. Fue un sueño raro en el que un

adolescente desgarrado, con aparato dental y la cara llena de granos, al que reconocí en mi

subconsciente como Unai, perseguía con una guadaña, esa herramienta agrícola que sirve para segar

la hierba y a la que relacionaban siempre con la imagen de la muerte, al Adán de Los Sauces que, por

cierto, iba desnudo completamente. Igual que la primera vez que lo vi. Dios, hasta en mis sueños

tenía que aparecer en pelota picada el muy bastardo. Total, que, el hermano de mi amiga gritaba

como un loco diciéndole que iba a rebanarle el cuello mientras el otro se

descojonaba vivo y me

señalaba a mí que miraba la escena horrorizada. De repente ambos se paraban frente a mí, y mientras

el muchacho me declaraba su amor y me pedía que lo esperase, el otro meneaba la cabeza

advirtiéndole que yo no era capaz de cumplir mis promesas, que le preguntara a su hermana Jud, la

cual estaría gustosa en ratificar sus palabras ya que yo la había defraudado enormemente. Intentar

defenderme y ver que la voz no me salía del cuerpo, fue lo que me obligó a despertarme y a

incorporarme medio asfixiada en la cama. Sí, el muy patán tenía razón, yo no había cumplido y ese

hecho, me carcomía por dentro haciéndome sentir la peor amiga del mundo. Cerré el grifo he inspiré

con fuerza, por desgracia era demasiado tarde para remediar eso.

Ya en mi cuarto, me vestí y recogí las cuatro cosas que me quedaba por meter en la maleta. Luego,

abrí la ventana y dejé que el aire de la mañana, aún fresco, llenara mis pulmones, invadiéndome de

esa tranquilidad que sólo se respiraba allí, en Los Sauces. Una tranquilidad que, a pesar de

tener a mi madre tocándome las narices constantemente, de mis encontronazos con el exhibicionista

ése, y del motivo que me había traído de vuelta, no había dejado de sentir desde mi llegada. Una

tranquilidad con la que, por primera vez en mi vida, tenía la certeza de que pertenecía a este lugar.

De que estaba donde debía estar, en mi casa. Una tranquilidad que, desaparecería en cuanto me

subiera al coche y me pusiera en marcha. Unos golpes suaves en la puerta y la aparición de

mi padre al segundo me sacaron de mi ensimismamiento.

—Buenos días, canija, ¿puedo pasar? —Su semblante me entristeció aún más.

—Claro, papá, adelante.

—¿Has dormido bien? —Preguntó acercándose a mí.

—La verdad es que no. ¿Y tú? —Negó con la cabeza.

—¿Has reconsiderado lo de tu marcha? —Asentí— ¿Y?

—Tengo que irme, papá. He de volver a París.

—Tesoro, sé que la relación con tu madre no es como debiera ser. Necesita tiempo para

acostumbrarse a volver a tenerte aquí.

—Eso nunca va a pasar, papá. Sabes tan bien como yo que no me soporta. Y no me voy sólo por eso.

Hay aspectos de mi vida que debo solucionar.

—Respecto a eso, me gustaría hacerte una pregunta—tanteó mirándome de soslayo—. ¿Qué pasa con

Jean Paul? Estos días apenas has hablado de él...

—Es que no hay nada que hablar. Nos vemos poco y, nuestra relación ha cambiado mucho. Lo que ha

pasado con Jud y venir aquí, me ha abierto los ojos, aunque confieso que no me he encontrado con

nada nuevo, la verdad. Si no lo hice antes, fue porque tenía miedo a, no sé... quizá sentirme una

fracasada. Dejé de lado todo lo que quería en la vida por él, voluntariamente. Y ahora me encuentro

con que estoy compartiendo mi vida con un hombre que no me ve como mujer. Su mujer, para ser más

exactos.

—Cariño, no sabes cuánto lamento oírte decir eso, pero mentiría si te dijera que no me lo esperaba.

—¿Y eso por qué? —Pregunté extrañada.

—Bueno, no quiero decir que no me pareciera un buen hombre. Lo que pasa es que siempre tuve la

sensación de que sólo te quería para él.

—¿De qué estás hablando?

—Sabes a que me refiero, Ruth. Cuando te marchaste de aquí, lo hiciste llena de ilusión, con un

propósito en mente. Cierto que, tal vez te viste obligada a irte lejos por la mala relación que tenías

con tu madre, aun así, llamabas todas las semanas para saber cómo nos iba. No te veíamos todo lo

que queríamos, pero de vez en cuando te dejabas caer por aquí—suspiró y se

sentó en la cama,

mirándome con pesar—. ¿Sabes por dónde voy?

—Creo que sí—dije sentándome a su lado.

—Todo cambió cuando conociste a Jean Paul. Tus llamadas pasaron a ser sólo en fechas señaladas.

Tus visitas fueron a menos, hasta que, después de tu boda, dejaste de venir. Fue casarte con él y

perder todo aquello que te rodeaba, incluidos tus sueños. Me resigné a perderte si ello implicaba tu

felicidad, pero, por lo que veo, esta brilla por su ausencia.

—Él nunca me prohibió nada, mentiría si dijera que así fue. En realidad, no tengo ni idea de por qué

hice lo que hice. Por qué me alejé de todos—entrelacé mis dedos con los suyos y lo miré a los ojos,

buscando un poco de comprensión.

—Supongo que las prohibiciones no hicieron falta. Simplemente bastó con buscarte un cargo

importante en su galería, con no tener nunca tiempo para acompañarte a vernos, hasta te separó de tus

mejores amigas... en fin, ya sabes a qué me refiero. Fue envolviéndote poco a poco hasta que te

olvidaste de tu vida anterior. Si tan sólo hubiera merecido la pena...

—La única culpable de que todo eso pasara fui yo, papá. De verdad que él no ha tenido nada que ver.

A raíz de la carta de Jud, de lo que ha pasado, me he dado cuenta de que estoy desperdiciando mi

vida al lado de una persona de la que no estoy enamorada. Le quiero sí, pero no le amo. Y por eso

regreso a París, para solucionarlo. No puedo seguir con esto, no es justo para ninguno de los dos.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? ¿De tus sentimientos?

—Hasta hace quince días no lo estaba, ahora sí. Lo tengo claro.

—Si es así, adelante. Recuerda que nunca es tarde si la dicha es buena. Tú felicidad es nuestra

felicidad, canija. La mía y la de tu madre. Siempre que tú estés bien, nosotros también lo estaremos.

Y por favor, no te sientas una fracasada porque no lo eres, ¿entendido? —
Asentí con

lágrimas en los ojos. Sin ninguna duda, el mejor padre del mundo era el mío.

—¿Puedo pedirte un favor, papá? —Musité.

—Puedes pedirme lo que quieras, tesoro.

—Aún no se lo cuentes a mamá. Deja que arregle las cosas primero, y, después, seré yo misma la que

hable con ella.

—Tranquila, cielo, no diré ni una palabra. Mis labios están sellados—dijo guiñándome un ojo—.

¿Bajamos a desayunar?

—Sí, vamos. Huele de maravilla y estoy muerta de hambre—nos pusimos en

pie a la vez.

—Una última cosa—susurró antes de abrir la puerta—. Tu madre sí que te soporta. Aunque no lo

creas, te quiere mucho, hija. Y siempre, siempre, ha estado muy orgullosa de ti.

Cuarenta minutos después, dejaba atrás el cartel de bienvenida a Los Sauces con la imagen de mis

padres despidiéndome en la puerta de casa.

Aún notaba en mi cuerpo el calor que, sin esperarlo, me había hecho sentir el abrazo de mi madre.

Un abrazo diferente a todos los recibidos anteriormente, al menos esa era mi percepción. Incluso me

atrevería a jurar que, en sus ojos, había un brillo distinto. Un brillo que sólo producían las lágrimas

contenidas. Un brillo que hacía albergar en mi interior la posibilidad de que todo cambiara entre

nosotras.

Me obligué a centrar toda mi atención en la carretera. Siempre me había parecido peor la bajada que

la subida al pueblo y, al no estar acostumbrada a conducir por aquella carretera tan estrecha me

acojonaba un poco, para qué mentir. Puse la radio, más que nada para que me hiciera compañía

porque la verdad, escuchar música no me apetecía demasiado, pero, era eso o darle vueltas al coco.

Estaba llegando a una curva, de esas muy pronunciadas que te ponían los ovarios en la garganta,

cuando vi por el espejo retrovisor que una moto se acercaba a mí a gran velocidad.

—¿Pero qué coño...? —Rugí cuando vi que se pegaba al culo del coche.

«Este tío está loco», pensé cuando subió la visera del casco y reconocí a ése cara dura tras él. ¿Qué

narices pretendía al pegarse tanto? ¿Qué frenara el coche y lo hiciera volar por los aires? Aceleré

un poco, tratando de poner distancia entre ambos, pero el muy cretino también aceleraba.

Me estaba poniendo nerviosa y furiosa. Con el miedo que yo le tenía a esta carretera y aquí el Adán

de Los Sauces poniendo a prueba mi conducción.

Si no fuera porque temía caer ladera abajo, daría un volantazo para ponerlo en su sitio. «¡Cobarde!»,

me dije entre dientes. Levanté el pie del acelerador con intención de frenar el coche y ver si de esa

manera dejaba de hacer el gilipolla, pero ni con esas. Lo que hizo el muy mamón, fue acelerar,

ponerse a mi altura, saludarme con una mano y después, adelantarme en zigzag, obligándome a frenar

de golpe mientras rezaba lo primero que se me venía a la mente para no empotrarme contra uno de

los peñones que tenía a mi derecha.

Con el corazón latiéndome a mil por hora y las manos temblorosas, me bajé del coche y solté el aire

que contenía en los pulmones, poco a poco. ¡Madre de Dios, lo de este hombre no tenía nombre!

¿Eran imaginaciones mías o su intención había sido obligarme a salir de la carretera?

Me horrorizaba pensar eso, pero visto lo visto... Este no tenía ni idea de con quien se estaba

metiendo y no iba a tener más remedio que dejárselo claro en cuanto lo tuviera delante que,

probablemente, sería esta misma mañana en Santander.

Con la determinación de enfrentarme cuanto antes a él, volví a subir al coche y lo puse en marcha. De

repente tenía mucha prisa por llegar a la ciudad y, no tenía tiempo que perder.

A las diez en punto, dejaba el coche en un aparcamiento subterráneo que estaba muy cerca de la calle

en la que se encontraba el despacho del señor Carmona.

Nerviosa, porque estaba a punto de volver a reencontrarme con las que habían sido mis mejores

amigas, me encaminé hacia allí. Lo primero que vi al llegar al edificio en cuestión, fue la moto de

ese... ese... Me acerqué a ella con ira contenida, con ganas de darle una patada y tirarla al

suelo, pero ¿y si no era la de él? Porque yo no entendía de motos, la verdad, para mí eran todas

iguales. Y tampoco es que me hubiera fijado mucho en la del capullo ese. Muy a mi pesar me contuve

y giré sobre mis talones para entrar en el edificio. Ya tendría tiempo de vengarme.

Mientras subía en el ascensor, me miré al espejo. Aquella mañana me había vestido a

conciencia poniéndome uno de mis mejores modelitos. Un traje de corte clásico, de color gris y

bastante masculino que, aunque estuviera mal que yo lo dijera, me quedaba como un guante. La

camisa, una de mis últimas adquisiciones de Dior, era de color blanco, con unos botones muy monos

de cristal de Swarovski. Como complemento, unos pendientes pequeños, de oro blanco, regalo de

Jean Paul por uno de mis cumpleaños, y una gargantilla fina, haciendo juego.

Maquillaje discreto, sencillo. Y por supuesto, taconazos de esos que te hacían parecer diez

centímetros más alta. Ahora que volvía a mirarme, daba la impresión de que me había vestido así

para impresionar a alguien, aunque en realidad, esa no había sido mi intención. ¿O sí? Las puertas

del ascensor se abrieron y me giré para salir, encontrándome de frente con Aina y Delia. Mis

libélulas.

No pude contener las lágrimas al caminar hacia ellas y abrazarlas, a la vez. Sin hablar. ¿Cómo

explicar lo que estaba sintiendo en ese preciso momento? ¿Cómo explicar las emociones que me

arrasaban el alma? Diez años. Diez malditos años hacía que no las veía, que no las tocaba.

Que no las sentía... ¿Cómo iba a merecer la pena nada de lo conseguido si no tenía a mi lado lo más

importante de mi vida? No sé cuánto tiempo estuvimos así, abrazadas y llorando unas sobre las otras,

sin pronunciar palabra alguna.

Sólo soy consciente de que alguien, creo que una mujer mayor, nos pasó a una sala de espera,

afortunadamente vacía, y allí nos sentamos contemplándonos como si fuera la primera vez que nos

veíamos. Fue Delia la primera en atreverse a romper el hielo.

—Me alegra mucho verte, Ruth, aunque no puede decir lo mismo de las circunstancias que nos han

llevado a ello. Estás fantástica.

—Gracias, yo también me alegro de veros a las dos—respondí limpiándome las lágrimas con el

dorso de la mano—. Parece increíble que hayan pasado tantos años desde la última vez que

estuvimos juntas—observé a Aina, que parecía reticente a decir nada y que, a su vez, me observaba a

mí—. Intenté ponerme en contacto con vosotras cuando... cuando recibí la carta de Jud.

¿Por qué tenía la sensación de que dudaban de mis palabras? Sobre todo, Aina que, después del

impacto de vernos, echarnos a llorar y abrazarnos, parecía haber dado un paso atrás y fingir no

conocerme de nada. Por un lado, me agradaba ver que en todo este tiempo no había cambiado su

carácter, que seguía siendo la misma chica de Los Sauces con la que me crie. Pero, por otro, me

molestaba que, siendo todas culpables de nuestro distanciamiento, al menos a mi parecer, me mirase

de ese modo. Como si la única culpable, fuese yo. En cambio, Delia, la pobre, con su cara de no

haber roto nunca un plato, nos miraba a una y a otra, incómoda y, juraría, que hasta un poco

avergonzada. Entonces fue cuando me di cuenta.

—¡Madre mía, ¡Delia, estás... estás embarazada! —Su mano, que descansaba sobre su vientre,

temblaba un poco. También estaba nerviosa, supongo que como todas.

—Sí, estoy de cinco meses y será una niña.

—Enhorabuena, siempre quisiste ser madre.

—Es cierto, y lo soy de un niño precioso de ocho años que se llama Aitor. Ahora llega esta diablilla,

espero que sea igual de buena que su hermano. ¿Y tú, Ruth? ¿Tienes hijos?

—Negué con la cabeza.

—La secretaria del señor Carmona nos ha dicho que debido a contratiempo

en la carretera se

retrasará un poco—habló por fin Aina.

—¿Qué pasa, Aina? —Me atreví a preguntar—. Me miras como si hubiese cometido unos de los

siete pecados capitales y no mereciera perdón.

—Lo siento, pero después de tanto tiempo, no me sale hablarte como si nada. Además, no creo que

este sea el momento ni el lugar adecuado para hacerlo.

—Tienes razón, este no es el momento. ¿Cómo has estado, Aina? ¿Sigues viviendo en Londres?

—Sí, sigo viviendo allí. Tengo una plaza fija como profesora de educación física en un colegio

privado. Me va bien, no puedo quejarme—abrí la boca para formular otra pregunta, pero ni siquiera

me dio opción—. No estoy casada, ni tengo planes de estarlo. Vivo en pecado desde hace siete años

—por primera vez desde que había llegado, atisbé a ver una pequeña sonrisa socarrona de esas suya.

—Hemos visto a Unai—comentó Delia. Parecía sorprendida.

—¿A Unai? —Indagué.

—Sí. Lo vimos en la cafetería de la esquina al poco de llegar. ¡Santo cielo, como ha cambiado ese

chico! ¿Verdad, Aina?

—Ya lo creo. De hecho, si no llega a acercarse él a saludarnos, yo ni siquiera

lo hubiera reconocido.

¿Os acordáis de cómo era de pequeño? Con la cara llena de granos, delgado como un palo... Pues

queridas mías, el patito feo se ha convertido en un bello cisne—se dio aire con la mano, fingiendo

estar acalorada y se me escapó la risa.

—¿Estáis hablando en serio? —Pregunté.

—Totalmente. Yo porque estoy casada, soy madre y tengo este panzurrión, que si no...

—Fue muy amable, y a pesar de las circunstancias, me gustó verlo. Dijo que estaba viviendo en Los

Sauces.

—Eso es imposible, Aina. Yo vengo de allí y en todos estos días no me he cruzado con él. ¿Estás

segura de que os dijo eso?

—Completamente. Es más, nos dijo que hacía como un par de años que se había instalado

definitivamente allí. También comentó que su padre no se encontraba bien y que estaba aquí en

Santander con una de sus tías. Puede ser que lo vieras y no lo hayas reconocido...

—No lo creo. En el pueblo hay cuatro gatos, nadie nuevo. Bueno, sí—dije pensando en el

exhibicionista y en la sobrina de Pepe—. Hay dos personas que...—La puerta se abrió,

interrumpiéndome, y una señora muy amable nos indicó que pasáramos al despacho del señor

Carmona.

La seguimos por un pasillo largo y ancho hasta una puerta doble. Llamó suavemente con los nudillos

y esperó a que le indicaran que pasásemos.

Lo vi nada más cruzar el umbral de la puerta. Junto a un señor robusto, de pelo cano. Y, en cuanto

nuestras miradas se cruzaron, no sé qué me pasó que algo se apoderó de mí. Puede que fuera un

cúmulo de cosas: rabia, impotencia, ira... todo ello explotó en mi interior sin que yo pudiera hacer

nada por evitarlo y me abalancé sobre él.

—¡Tú! —Grité furiosa—. ¡Maldito seas! ¡Tú! —vociferé en su cara—. ¡Has estado a punto de

matarme! Qué narices pasa contigo, ¿eh? —golpeé su pecho con fuerza.

—Ruth... Para.

—No, Aina, déjame. Este cretino ha intentado sacarme de la carretera bajando de Los Sauces.

¿Pretendías provocar un accidente para que no pudiera estar aquí y le contara a Unai lo que estás

haciendo en el pueblo? —Volví a dirigirme a él—. ¡Contesta!

—Estás acusándome de algo muy grave, Ruth. Mide tus palabras—contestó tranquilo con las manos

apoyadas en la cadera.

—Unai, muchacho, ¿qué significa esto? —¿Unai? Miré a mi alrededor buscando al hermano de Jud,

pero allí dentro seguíamos estando los mismos—. Explícate, hijo.

—Es sólo un malentendido, Carmona. No se preocupe—su boca se curvó en una sonrisa burlona y

extendió una mano en mi dirección—. Hola, Ruth, veo que sigues sin recordarme. Soy Unai, el

hermano de Judith. Ahora es cuando empiezas a masticar todas tus palabras para tragártelas—espetó

con desdén. ¡Quise morirme al instante!

«¡Ay virgencita del camino seco que he metido la pata!», pensé avergonzada a más no poder. ¿Por

qué tenía que pasarme esto a mí? ¿Por qué? Cuatro pares de ojos me miraban esperando una

respuesta. ¿Qué podía decir? «Tierra trágame—supliqué para mis adentros—. Trágame y escúpeme

bien lejos».



9

Con la mirada clavada en el suelo, porque sinceramente, no tenía el valor suficiente para mirar a

ninguna de las personas que se encontraban conmigo dentro de aquel despacho, recordé todas y cada

una de las acusaciones e insultos que había vertido sobre la persona que tenía en frente, injustamente.

Ahora que sabía quién era él, me quedé horrorizada por mi comportamiento. Una vez más, mi

impulsividad y mi temperamento, me llevaban a cometer un error que estaba segura pagaría con

creces. Y con razón. No me quedaba más remedio que agachar la cabeza, ya que no podía

enterrarla en un gran agujero el resto de mi vida, y apechugar con lo que viniera. Me lo merecía por

bocazas y peliculera. «Sí, tenía que plantearme seriamente ingresar en la academia de cine español

para que me dieran un Goya por mis películas», ironicé para mis adentros. No fui consciente de que

llamaban a la puerta, pero sí de dar gracias a Dios al ver aparecer nuevamente a la secretaria del

señor Carmona e interrumpir este momento tan bochornoso para mí. Respiré aliviada.

—Disculpe, señor Carmona, el notario Bruno Cárcava está aquí.

—Gracias Manuela, hágalo pasar, por favor. Bueno—dijo una vez que volvimos a quedarnos solos

—, no tengo ni idea de lo qué ha pasado entre ustedes dos, pero espero que de verdad todo quede en

un malentendido y que la cosa no vaya a más.

—No se preocupe, Carmona, que de esta la sangre no llegará al río. ¿Verdad, amiga de la infancia?

—el retintín en las palabras de Unai me perforó los tímpanos, pero me callé. No estaba yo en

condiciones de hacer ningún tipo de reproche.

—Lo siento mucho—acerté a decir.

Unos minutos más tarde, un hombre de unos cincuenta años entraba en el despacho y se presentaba

como Bruno Cárcava, el notario ante el que Judith había hecho y firmado su testamento. Ambos

hombres, el abogado y el notario, tomaron asiento tras la mesa grande y de aspecto antiguo que

presidía la habitación, indicándonos que hiciéramos lo propio en las sillas de cuero marrón. Sin más

dilación, el notario extrajo de un maletín de piel el documento y se dispuso a leer.

—Testamento abierto número cincuenta y seis. En Santander a las dieciocho horas y veinticinco

minutos del día catorce de mayo de dos mil quince. Ante mí, Bruno Cárcava Reinoso, notario del

ilustre colegio de Madrid, comparece doña Judith Morales Ferrero, mayor de edad, vecina de Los

Sauces, con documento nacional de identidad...

Mientras el notario nos leía los datos de Jud, no pude evitar dirigir la mirada hacia el hombre que

con semblante triste miraba al frente.

Se me encogió el corazón al pensar lo mal que lo tuve que hacer sentir al

acusarlo de algo tan

asqueroso como traicionar la memoria de su hermana.

¿Cómo pude estar tan ciega como para no darme cuenta de quién era? Ciertamente que había cambiado

muchísimo, que no se parecía en nada al niño que conocí. Ahora era atractivo, su cuerpo lucía

escultural, de eso podía dar fe porque lo había visto con mis propios ojos. Pero, ahora que sabía

perfectamente quien era, lo que más me asombraba era que, su mirada, del color de la miel, intensa y

penetrante, tenía un efecto sobre mí que no sabría explicar. Aina tenía razón al asegurar que el patito

feo se había convertido en un hermoso cisne. Para muestra un botón. Y yo, ¡yo!, que me había burlado

de él cuando éramos unos adolescentes por estar siempre detrás de mí, babeando, me sentía

poderosamente atraída hacia él. Qué de vueltas daba la vida, ¿no? Y qué irónico el

destino...

—Declara: —estaba diciendo el notario—, que nació en Santander el quince de agosto de mil

novecientos setenta y nueve. Que no está casada y que nunca lo estuvo. Dispone: que lega el

cincuenta por ciento de la finca “Las Libélulas”, que incluye: un terreno de ochocientos cincuenta

metros cuadrados, una casa de cuatrocientos metros cuadrados divididos en dos plantas y dos

cuadras ahora convertidas en una sola vivienda, a su hermano Unai, y el otro cincuenta por ciento, en

partes iguales, a Aina Alonso Castaño, Delia Corujo Fernández y Ruth Griera Montes...

¿Qué? No daba crédito. ¿Ésta loca nos había dejado parte de la finca a nosotras? ¿Por qué? Aina y

Delia parecían estar tan sorprendidas como yo. ¿Qué se supone que debíamos hacer con ello? ¡Ay

señor, esto era una locura!

—Advierto a la compareciente de su derecho a leer por sí este su testamento, y declara que, aunque

sabe y puede no desea hacerlo; Yo, notario, lo leo íntegramente y en alta voz. Me manifiesta que está

conforme con su voluntad, lo otorga y firma conmigo. Yo, el notario, DOY FE, de haber identificado

a la testadora mediante el documento al efecto que reseñé en la comparecencia... —El notario siguió

hablando, pero yo ya no le escuchaba. No podía.

Mi cerebro bullía buscando una explicación a esto. Aina tenía su vida en Londres, una plaza fija en

un colegio importante y, era feliz. Delia estaba casada, tenía un hijo de ocho años y estaba

embarazada de cinco meses. No le había preguntado por su trabajo, pero suponía que seguía

ejerciendo de enfermera en la clínica de Marbella. Y por lo que parecía a simple vista, también era

feliz. Yo, no tenía la suerte de estar tan satisfecha con mi vida como ellas, pero tampoco podía

quejarme, no me había ido nada mal.

¿Para qué íbamos a querer nosotras el cincuenta por ciento de la finca? A no ser que...

—Tres días antes de que se nos comunicara el fallecimiento de la señorita Morales, tanto a mí como

al abogado de la misma, el señor Carmona, nos llegó vía mensajería un sobre que contenía una carta

confidencial remitida por la señorita Morales para ustedes cuatro para que fuera leída en este

preciso momento—el notario extrajo de un sobre marrón, acolchado, un nuevo sobre que depositó

sobre la mesa—.

No sé si alguno de ustedes tiene alguna duda respecto a la última voluntad de nuestra cliente aquí

expuesta, pero ambos creemos firmemente que, antes de nada, deberían leerla. Por eso mismo, hemos

decidido dejarles a solas unos minutos para llevar a cabo tal fin—se pusieron en pie, entregándole la

carta a Unai, y nos dejaron solos.

Durante un rato que a mí me pareció eterno, dada la situación, ninguno dijimos nada, ni siquiera nos

atrevíamos a movernos, al menos yo que hasta respirar se me hacía cuesta arriba. Unai, se había

quedado allí de pie, junto a la mesa, mirando el sobre con semblante sombrío, triste. Era imposible

siquiera imaginar lo que podría estar pasando por su cabeza o lo que podría estar sintiendo. Supongo

que, darte cuenta de que tu hermana lo tenía todo concienzudamente dispuesto y planeado, era

aterrador, la verdad sea dicha. A mí, sólo de pensarlo, se me ponían los pelos como escarpías. Había

que tener la mente tan fría para hacer algo así... ¿O no? Ya no sabía ni qué pensar.

—Bueno—dijo él carraspeando para aclararse la voz—, deberíamos de... de... empezar para

terminar con esto de una vez—al pobre apenas le salía la voz del cuerpo.

—Unai—Aina se puso en pie y se acercó a él—. Si lo prefieres, puedo hacerlo yo.

—Gracias—le tendió el sobre y se giró clavando la mirada en la ventana, dándonos la espalda.

Mi amiga inspiró con nerviosismo varias veces y rasgó el sobre que temblaba en sus manos. Luego,

nos observó a cada uno con lentitud, desdobló el papel y con voz apagada comenzó a leer...

—« *Confieso que no sé cómo empezar esta carta. Supongo que lo primero que debería hacer es*

pediros perdón a vosotros cuatro, a mi padre y al resto de la familia por

haceros pasar por esto.

Cuando hace poco más de un año atrás, hice testamento, no tenía ni idea de que algo así fuera a

sucedder. No creí que todo quedara a medias...

Por aquel entonces, yo, prácticamente acababa de adquirir la finca que bauticé como “Las

Libélulas” con la intención de hacer de ella lo que tanto había soñado. Por fin me veía preparada

para embarcarme en lo que, hasta la fecha, era el mayor proyecto de mi vida. Me veía con fuerzas

y sentía que no habría nada que me impidiera llevarlo a cabo, pero, una vez más, me equivocaba.

Poco después de empezar con el proyecto con toda la ilusión del mundo, la vida, el destino o un

Dios muy cabreado conmigo, por algún motivo que no llegaba a comprender, me puso contra las

cuerdas asestándome un nuevo golpe. Un golpe inesperado y certero que me partió en dos.

Destrozándome primero y, obligándome después, a tomar decisiones importantes. Me dije

que, el que me hubieran diagnosticado alzhéimer, no cambiaría mis planes. La enfermedad estaba

empezando y aún me quedaba tiempo. Pero, sólo tuvieron que pasar dos meses para que los

médicos se dieran cuenta de que, la puta enfermedad avanzaba a pasos agigantados y que el

tiempo se esfumaba sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo.

Así y todo, con la ayuda de mi hermano, seguí adelante y empecé con las reformas en la finca.

Convertí las cuadras en una casita preciosa, rústica, con mucho encanto y me mudé a ella sin

miedo a estar sola porque Unai, se mudaría a la casona grande en cuanto también estuviera

reformada, y estaríamos juntos.

Lo intenté, juro que lo intenté, pero, me venció el miedo a olvidar todo por lo que estaba luchando

y me rendí sin llegar a concluir el proyecto. Por eso el motivo de estas letras.

Nada me gustaría más que mi sueño se cumpliera, pero no a costa de dejar vuestras vidas a un

lado. Sí, todos habéis heredado un pedacito de mí, no por ello quiero que os sintáis en la

obligación de terminar algo que ni yo misma pude hacer.

Esa no era mi intención al nombraros mis herederos. Yo quería que, en el caso de que faltara, “La

Posada de las Libélulas” estuviera en pleno rendimiento, y en caso de necesitarlo, siempre

tuvierais un lugar al que ir.

Seguramente ahora estaréis pensando que os he metido en un buen marrón porque tenéis vuestra

propia vida. No obstante, podéis renunciar si lo deseáis y venderle vuestra parte a mi hermano. Él

se encargará de todo lo necesario, ¿verdad, Unai?

Para terminar, quiero pedir os un último favor. Como todos sabéis, el quince de agosto es mi

cumpleaños y coincide con las fiestas patronales de Los Sauces. Unas fiestas que casi siempre

hemos disfrutado, juntos. Unas fiestas en las que todo el pueblo se reunía en el prado del río

aportando su granito de arena para hacer un picnic, realizar juegos, bailar y cantar. Me gustaría

que este año os encargarais vosotros de ello, en mi nombre. Algo así como un adiós definitivo. Os

estaré vigilando, así que más os vale cumplir con mi última voluntad, en esto no me vale una

negativa.

Aina, gracias por todos estos años de amistad, perdóname por no ir a verte a Londres hace unos

meses como había prometido. No me guardes rencor por no contarte nada de esto en nuestra

última conversación telefónica. Entiéndeme, por favor.

Delia, gracias a ti también, el puente aquel que pasé contigo y tu familia en Marbella, me hiciste

sentir muy querida. Tienes un hijo precioso y estoy completamente segura de que la niña también

lo será. No cambies nunca, eres maravillosa.

Ruth, a pesar de nuestro distanciamiento, quiero que sepas que atesoro

nuestra amistad como

algo muy valioso e importante. Piensa en la libélula y abre los ojos, por favor. Abre los ojos y

mira a tu alrededor, sólo de esa forma podrás ver lo que otros vimos. Quiero que sepas que te

eché mucho de menos y que me hubiera gustado hablar contigo. No te enfades conmigo, ¿vale?

Unai, sé que estarás molesto conmigo por no haber seguido tu consejo. Lo siento hermano, pero

no podía dejarla fuera de esto, ella sigue siendo muy importante para mí y, lo sabes. Con el

tiempo conseguirás entenderlo. Creo firmemente en que todos merecemos el beneficio de la duda.

Y confío plenamente en que sacarás adelante mi proyecto, ahora el vuestro, o en todo caso, el

tuyo. Al igual que yo, mamá estaría muy orgullosa de ti.

Os quiero».

El silencio que reinaba en la habitación después de que Aina terminara de leer la carta de Jud, era

desolador. Me enjuagué las lágrimas en un pañuelo de papel, triste, compungida... confusa. Había

partes de ella que no tenía muy claras, la verdad sea dicha. Por ejemplo, no entendía a qué venía el

advertirme otra vez con que abriera los ojos.

Ya lo había hecho y no me gustaba nada lo que habían visto.

De hecho, estaba intentando solucionarlo.

¿Por qué tenía la sensación de que, con la parte dedicada a mí, quería decirme algo más? ¿Y a

quién se refería con lo dedicado a Unai? ¿Acaso él había tenido algún problema con alguna de mis

amigas? Lo que sí tenía muy claro, es que ellas no se habían distanciado, que su amistad seguía con

el paso del tiempo. ¿qué había pasado entonces para que dejaran de hablar conmigo?

Advertí que él tenía la mandíbula tirante y los nudillos de las manos blancos de apretarlas con fuerza.

Estaba tenso, contenido... Aina volvía a mirarme con recelo y Delia tenía ambas manos apoyadas en

su vientre y suspiraba meneando la cabeza de un lado a otro. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué de

repente me sentía entre ellos como una extraña? Vale, hasta cierto punto lo era si me paraba a pensar

en todo el tiempo que hacía que no nos veíamos, pero... no sé, había algo más que se percibía en el

ambiente que me desconcertaba poniéndome nerviosa y, a la vez, a la defensiva.

—¿Tenéis alguna pregunta que hacerme respecto a la carta? —Preguntó Unai girándose hacia

nosotras.

—Por mi parte no—fue Aina la primera en contestar—. Lo tengo bastante claro.

—Por la mía tampoco—dijo Delia sin levantar la mirada del suelo.

—Yo...

—Está bien, si no hay ninguna duda, entonces no alarguemos más esto—me cortó clavando sus ojos

en los míos.

¿Qué mierda le pasaba a este ahora? Sí, lo sabía. Me había portado con él como una gilipolla, pero

lo que estábamos tratando en este preciso instante no tenía nada que ver con ello. Pasó a mi lado y

abrió la puerta del despacho para aparecer segundos después acompañado por el abogado y por el

notario.

—¿Alguna duda? —El señor Carmona tomó asiento.

—En realidad no. Mi hermana estipula en la carta que si alguna de ellas quiere renunciar a la

herencia pueden hacerlo siempre y cuando me vendan a mí su parte. Como imagino que necesitarán

tiempo para tomar una decisión, propongo que, si puede ser, volvamos a reunirnos el próximo lunes.

Me urge tener este tema solucionado para seguir con el proyecto de Judith cuanto antes.

—Si ellas no tienen ningún inconveniente, por nuestra parte tampoco. Estamos aquí para ayudarlos en

lo que sea preciso.

Esto último trastocaba mis planes de volver esta misma tarde a París, cosa que, sinceramente, me

daba igual. Tampoco es que estuviese deseosa de volver, para qué mentir. Y mucho menos de ver a

Jean Paul, todo hay que decirlo.

Finalmente, acordamos reunirnos el lunes a primera hora de la mañana. Mis padres iban a alucinar

cuando me vieran aparecer de nuevo.

Aunque pensándolo bien, igual era mejor que me quedara allí en Santander en algún hotel cercano al

aeropuerto. Una vez ultimados todos los detalles, nos despedimos del abogado y el notario de Jud y,

los cuatro juntos, nos dirigimos al ascensor.

—¿Creéis que sería posible que comiéramos juntos para hablar?

—Lo siento, Aina, pero le he prometido a mi padre que en cuanto terminase aquí pasaría a verlo.

—Tranquilo, lo entendemos. Lo primero es lo primero. ¿Ruth?

—Por mí no hay problema—murmuré. Me sentía tan cohibida... tan rara... tan fuera de lugar...

—¿Vas a regresar a Los Sauces, Ruth?

—Aún no lo sé, Delia. Hasta hace diez minutos mis planes eran volver a París...

—Puedes hacerlo sin ningún problema—interrumpió Unai—. Sólo tienes que subir de nuevo al

despacho y firmar tu renuncia. Aquí nadie te necesita, te lo aseguro—espetó.

—No he dicho que quisiera renunciar, sólo que...

—¿Sabes? Me importa una mierda lo que hagas con tu vida. Puede que a mi hermana no le importase

tu pasotismo ni tu falta de interés, pero a mí sí porque ella te quería.

—No tengo ni idea de a qué te refieres. Por lo visto he hecho algo por lo que se me está juzgando y

creo que tengo derecho a saber de qué se trata.

—Con tu imaginación seguro que no tardas en averiguarlo—masculló saliendo del ascensor—.

Delia, Aina, nos vemos el lunes. En cuanto ti—dijo sin siquiera mirarme—, preferiría no volver a

verte en la vida.

Con rabia contenida, contemplé como desaparecía de mi vista. Juro que no entendía a qué venía

aquello, pero desde luego que estaba más que dispuesta a averiguarlo.



10

Caminamos las tres en silencio un buen trecho, sin dirigirnos a ningún lugar en concreto. Pensativas,

cabizbajas... Yo, tenía que cambiar el billete de avión para el próximo lunes si no quería perder la

totalidad del importe y me rezagué un momento para hacerlo por teléfono.

También tendría que

llamar al que hasta ahora era mi marido para informarle del cambio, no me apetecía nada de nada

hablar con él, pero, prefería ser yo misma quien lo pusiera al corriente antes de que se enterase por

el servicio de casa o los empleados de la galería. Ya lo estaba viendo, pondría el grito en el cielo,

dramatizando, como venía haciendo últimamente, y me diría que no tenía palabra. Sinceramente,

ahora mismo, me la bufaba lo que él pudiera decir o pensar, la verdad. En estos momentos

mi cabeza era un hervidero y no precisamente por pensar en la galería, en la exposición de Pierre, ni

mucho menos en nosotros como matrimonio. Por primera vez en mi vida estaba siendo una

irresponsable haciendo lo que me venía en gana y qué coño, no me arrepentía. Demasiado tiempo

llevaba mi vida en un cajón olvidada... iba siendo hora de retomarla. Pero, antes, tendría que

averiguar qué había pasado con mis amigas para que ellas siguieran viéndose y a mí me dejaran de

lado y, también, decidir qué iba a hacer respecto a la herencia que acababa de recibir.

Decidimos comer allí mismo, en el centro, y entramos en un restaurante de comida típica casera. El

chico que nos atendió, muy amable, por cierto, nos sentó en una mesa un

poco apartada del resto que

nos daba un poco de intimidad. No tenía ni idea de en qué momento debía sacar a relucir el tema y

empezar a pedir explicaciones. Supongo que lo más prudente, sería esperar y ver cómo se

desarrollaba la comida, no fuera a ser que metiera la pata y visto lo visto, estropeará más las cosas.

Pedimos el menú del día, que consistía en: cocido de garbanzos de primer plato, lomo a la plancha

con patatas y pimientos del piquillo de segundo, postre, café, pan y vino.

Mientras comíamos, hablamos de cosas banales de escasa importancia. Lo típico: el tiempo, el

trabajo, lo mal que estaba el país con tanta crisis por culpa de tanto chorizo que estaba en el poder,

esto último era muy preocupante. Estaban robando a manos llenas y nadie movía un dedo por

impedirlo. También hubo algún que otro silencio incómodo, pero no tenso. Finalmente, con los cafés,

llegó la conversación de verdad, la que todas esperábamos y no nos atrevíamos a sacar, al menos yo

que temía abrir la boca y cagarla. Como siempre, fue Aina la que rompió el hielo.

—¿No os parece dantesco lo que ha pasado con Jud? Quiero decir, desde que era una adolescente,

tuvo que pasar por el traumatismo de ver, primero a su abuela y, después a su madre, consumirse en

vida con esa enfermedad. Lo pasó fatal. Estuvo años arrastrando una depresión que no la dejaba

vivir.

Y cuando por fin se vio lo suficientemente fuerte para coger las riendas de su vida... esto. ¿Creéis

que fue una cobarde por... por... rendirse? Ya me entendéis.

—Habrà gente que piense que quitarse la vida es de cobardes, en cambio, yo, personalmente, pienso

que es todo lo contrario. Se necesita mucha valentía para hacer algo así—dije con seguridad—.

Todas sabemos por lo que ella había pasado, quizá por eso entendemos un poco más su decisión.

—No sé...—Titubeó Delia—. Yo a veces pienso que fue una cobarde y, luego me siento mal por ello.

—Yo pienso como Ruth, se necesita mucha valentía y mucha sangre fría para quitarse de en medio

con tal de que tu familia no vuelva a pasar por lo mismo. Para su padre ha tenido que ser horrible,

pero para Unai, con lo unidos que estaban... Ese hombre tiene que estar destrozado.

—Por cierto, Ruth, antes, en el despacho, cuando te dijimos que habíamos visto a Unai en la cafetería

y que nos había contado que vivía en Los Sauces, comentaste que nunca te cruzaste con él. En

cambio, en cuanto entramos en el despacho y lo viste...—Delia me miró extrañada.

—Sí, es verdad, cuéntanos qué fue lo que te pasó con él porque menuda reacción más intensa tuviste

cuando lo viste. Te pusiste como una loca, ¿lo acusaste de intentar matarte o fueron imaginaciones

mías? —Aina como siempre directa.

—Es una historia larga y bochornosa—dije muerta de vergüenza poniéndome hasta colorada.

—No tenemos prisa, ¿verdad, Delia? Tenemos hasta el lunes, así que desembucha—Esta asintió y

luego dio un sorbo a su café.

—Veréis, en cuanto recibí la carta de Jud, lo primero que hice fue intentar ponerme en contacto con

vosotras. Al no conseguirlo y en vista de lo sucedido, sentí la necesidad de venir al pueblo. El día

que llegué, en lugar de ir primero a casa de mis padres, como hubiera sido lo más normal, subí al

prado porque tenía la sensación de que allí era el único lugar donde podría sentirlos. Entonces...

Conté toda la historia sin ser interrumpida ni una sola vez. Por los gestos de sus caras, deduje que,

aparte de estar pasándose la bomba con mi relato, también estaban escandalizadas por mi

comportamiento. Dios, era vergonzoso oírme a mí misma contar aquello. Y yo, creyéndome la

defensora de Jud cuando en realidad estaba haciendo el mayor de los ridículos. ¿Se podía ser más

patética? Pues sí, se podía. Porque, no sólo no me conformé con eso, sino que, también creí que lo

sucedido en la carretera, era un intento de asesinato. Y así lo insinué delante de ellas y del abogado

de nuestra amiga. Joder, estaba para que me encerraran en un loquero, la verdad.

—No me puedo creer que hayas sido capaz de pensar en todas esas barbaridades y, mucho menos

que te hayas atrevido a expresarlas en voz alta—Aina se descojonaba, la muy puñetera—. ¿en serio

creíste que era el marido Jud?

—Por supuesto. La conversación interrumpida con mi padre fue lo que me confundió. Y ya sabéis

que mi imaginación va por libre. Además, tampoco era algo tan raro, joder, yo ni siquiera lo había

reconocido.

—Lo siento, chicas, pero yo aún estoy procesando el momento huida perseguida por un perro y un tío

en pelotas—se disculpó con guasa Delia—. ¿Está bien dotado?

—¡Delia! —fingió escandalizarse la loca de Aina—. ¿Cómo te atreves a preguntar algo así?

—Venga ya, dime que no has pensado en preguntarlo tú.

—Iba a hacerlo, sólo estaba esperando un tiempo prudencial. Afortunadamente te me has adelantado.

¿Y bien, Ruth? ¿Unai está tan bueno como imagino?

—Buff—resoplé—, el tío está increíble. Menudo cuerpazo tiene, el muchacho está completito.

—¿La tiene grande?

—Joder, Aina, ¿crees que iba a fijarme en eso? ¡Estaba acojonada intentando huir de un perro

furibundo!

—Bueno mujer, podías haberle echado un vistacito...

—No tienes remedio. Ya quisiera verte a ti en mi situación, a ver en qué ibas a fijarte, listilla.

—La que no tiene remedio eres tú que con treinta y siete años todavía no has conseguido controlar tu

impulsividad. Sigues igual que cuando éramos niñas.

—¿Sabéis? —Nos interrumpió Delia—. Creo que todas seguimos siendo las mismas. Os he echado

mucho de menos—confesó con los ojos anegados en lágrimas cogiéndonos de la mano. El

sentimiento era mutuo.

—¿Qué se supone que deberíamos hacer ahora? —Indagué.

—Bueno, supongo que hablar del tema de la herencia—Delia suspiró con pesar—. No sé vosotras,

pero yo lo tengo claro. Renunciaré a mi porcentaje de la finca. Tengo mi vida en Marbella—explicó

—, mi hijo va allí al colegio, tanto mi marido como yo tenemos un trabajo y para colmo, viene otro

bebé en camino. No puedo cambiar la vida de todos de buenas a primeras, lo entendéis, ¿verdad?

—Por supuesto, cielo—apreté su mano suavemente mostrándole mi apoyo.

—Pues yo creo que, en vista de que vamos a quedarnos aquí hasta el lunes, antes de decidir nada,

deberíamos pensar en reservar habitación en un hotel, ¿no os parece?

—Sí, totalmente. Aunque...—dudé en decir lo que se me acababa de pasar por la mente—. Igual lo

que os voy a proponer os parece un disparate, pero, por intentarlo que no quede. Este fin de semana

se celebra en Los Sauces la verbena de San Juan, ¿qué os parece si en lugar de irnos a un hotel,

vamos a casa de mis padres y recordamos viejos tiempos?

—¿Te has vuelto loca? ¿Acaso quieres que tu madre acabe con nosotras? Por cierto, ¿cómo está?

¿Sigue como siempre?

—Buff, Aina, esa mujer sí que no ha cambiado ni un ápice. Es insufrible, de verdad.

—Joder, ¿y aun así quieres que pasemos bajo su mismo techo cuatro días?

—Es una manera de ahorrarnos un dinero y de estar juntas, como antes.

—¡Un momento! —Dijo Delia rebuscando en su bolso—. ¡Sí, aquí están! — Medio gritó

mostrándonos unas llaves—. Son las de casa de mi abuela, podemos quedarnos allí... Eso sí, nos

pasaríamos la tarde limpiando. Los muebles están cubiertos con sábanas, pero al resto de la casa

habrá que darle una pasadita. Hace mucho tiempo que nadie vive en ella.

—Por mí no hay problema. ¿Tú qué dices, Ruth?

—¡Qué me apunto!

—Andando entonces, marineras, ¡todas a bordo!

Pagamos la cuenta y salimos del restaurante. Mientras esperábamos por el cambio, habíamos

decidido, antes que nada, ir a un supermercado a comprar lo más imprescindible para estos cuatro

días. Sobre todo, productos de limpieza que, según Delia, íbamos a necesitar un montón. A pesar de

todo, me gustaba el giro que habían tomado las cosas al proponer yo, y al acceder ellas, subir al

pueblo y pasar allí estos días. Estar en Los Sauces nos vendría bien a las tres. Todas teníamos muy

buenos recuerdos de nuestra niñez y adolescencia, por no decir los mejores, y gracias a ellos, las

charlas que teníamos pendientes fluirían solas.

El único inconveniente que le veía a volver era que, más tarde o más temprano, volvería a toparme

con el que para mí ya era el Adán de Los Sauces, Unai. Y por mucho que me repateara tal cosa, no

tendría más remedio que hacer las cosas bien y pedir perdón. Aunque después de sus últimas

palabras, no tenía yo muy claro que él tuviera clemencia conmigo.
Aprovechando que Pili y Mili,

estaban discutiendo por ver qué desinfectante era el mejor, llamé a casa de
mis padres para darles la

noticia. Afortunadamente fue mi padre quien cogió el teléfono.

—Hola papá, soy yo—saludé algo nerviosa.

—¿En serio? Al llamarme papá pensé que podía ser cualquiera de mis otros
hijos—respondió con

guasa—. Ah no, que es verdad que sólo tengo a mi canija. ¿Qué tal tesoro, ya
vas a embarcar?

—Pues lo cierto es que ha habido cambio de planes. Verás, el lunes tenemos
una nueva reunión con

el notario y abogado de Jud, es una tontería que me vaya a París así que...

—Has decidido volver a casa...—dijo emocionado.

—Sí y no. Verás, Aina y Delia están conmigo, y hemos pensado que sería
buena idea quedarnos en

casa de la señora Piedad estos días, ya sabes, para tener más intimidad y
poder hablar de nuestras

cosas tranquilamente. Espero que no te moleste.

—Para nada, cariño. Lo importante es que voy a verte algunos días más.
Pero, ya sabes cómo es tu

madre, ella igual no se lo toma tan bien como yo. Ruth, esa casa lleva
deshabitada mucho tiempo, ¿no

sería mejor que os quedarais aquí?

—Podríamos, pero el tema intimidad... bueno, ya sabes cómo es mamá. Y también sabes cómo es

Aina...

—Sí, tienes razón. Tanta mujer en casa me volvería loco. ¿Sobre qué hora llegaréis?

—Calcula más o menos un par de horas. En estos momentos ellas están haciendo algo de compra. En

cuanto terminemos, nos ponemos en marcha. ¿Se lo dices tú a mamá o me presento ahí como si tal

cosa?

—No te preocupes, yo me encargo. Y oye, canija, cenaréis aquí. No admito un no por respuesta, ¿de

acuerdo?

—Está bien, papá—accedí—, como quieras. ¡Qué valor tienes! —Bromeé—. Nos vemos un rato. Te

quiero.

—Y yo a ti, hija. Conduce con cuidado, ¿vale? Hasta más tarde.

Bueno, una cosa menos que hacer. Ya sólo me quedaba llamar a Jean Paul y aguantar el sermón.

Marqué y escuché el tono de llamada un montón de veces hasta que saltó el contestador automático.

No dejé mensaje y, no insistí. Cuando viera la llamada, si quería, que se pusiera en contacto

conmigo. Yo ya lo había intentado. Punto pelota.

El trayecto a Los Sauces lo hicimos con tranquilidad, animadas.
Rememorando anécdotas que ahora

nos hacían carcajearnos, pero que, en su momento, nos hicieron pasarlas
putas. Como, por ejemplo,

aquella vez que, con catorce años, en verano, cogimos la bicicleta y sin
pararnos a pensar en lo que

hacíamos, pusimos rumbo al pueblo de al lado sin pedir permiso a nuestros
mayores. O sea, una

escapadita sin maldad, para ver al chico que por aquel entonces traía a Delia
de cabeza.

Llegar al pueblo vecino no nos había costado nada. La carretera era cuesta
abajo y nos resultó pan

comido. En cambio, la vuelta... ¡Ay Dios! Aún recuerdo el dolor de piernas
de tanto pedalear. Y de

los zapatillazos que nos cayeron al llegar a casa, ¡mejor ni hablar! Tuvimos el
culo morado por lo

menos una semana. Creo que los gritos de doña Emilia aquel día espantaron a
medio pueblo. Fue la

primera vez que me amenazaron con meterme interna en un colegio y no
dejarme salir hasta navidad.

Si al menos hubiera merecido la pena... Pero el muchacho en cuestión se
había ido de vacaciones al

sur y Delia se quedó con las ganas. Tardé mucho, mucho tiempo en volver a
subirme a la bici. Creo

que, desde aquel día, la odié.

La casa de la abuela de Delia, la señora Piedad, era de las más apartadas del

pueblo. Prácticamente

colindaba con la finca de Jud. Ahora un poco nuestra, de momento, y de su hermano Unai. La

algarabía que teníamos en el coche con tanta risa fue disminuyendo a la vez que nos acercábamos al

letrero de Los Sauces.

Supongo que tanto Delia como Aina, estaban sintiendo lo mismo que sentí yo el día que llegué aquí

después de tantos años.

Era tan difícil de describir... Tantos sentimientos encontrados... Nostalgia, tristeza, alegría,

tranquilidad... Atravesamos el pueblo en completo silencio y, cuando paré el coche frente a la casa,

me alegré de ver a mi padre allí, esperándonos con una gran sonrisa adornando su cara.

Nos abrazamos como si hiciera años que no lo hacíamos. Como si aquella mañana no hubiéramos

desayunado juntos. Como si no hubiera existido la charla en mi habitación. ¡Joder, cómo adoraba a

este hombre! Las chicas lo saludaron efusivas, emocionadas y, enseguida empezaron a bromear,

como antes. Me constaba que mi padre quería a mis amigas y, por supuesto, ellas a él. El sentimiento

era recíproco por ambas partes. La escena hubiera sido perfecta si Jud estuviera con nosotras. Por

desgracia, debía reconocer que, si esa escena se estaba produciendo, era precisamente porque

nuestra amiga ya no estaba. Felicidad y tristeza, una vez más, juntas de la mano. Obligándonos a no

poder sentir una sin la otra.

—Bienvenidas, niñas. Pero qué guapas estáis, carajo.

—Eso es porque usted nos mira con buenos ojos, Aníbal—dijo Delia—. ¿Cómo está? ¿Y la señora?

—Pues bien, hija, haciéndonos viejos.

—Venga ya, si está hecho un chaval.

—¿Y ahora quién mira con buenos ojos a quién, muchacha? —Inquirió mi padre con guasa.

—Delia tiene razón, Aníbal, por usted no pasan los años. ¿tiene algún pacto con el diablo?

—Anda, anda, zalameras, dejaros de tanto peloteo. No sé si Ruth os habrá dicho que esta noche

cenáis en casa, Emilia tiene muchas ganas de veros...

—¿A todas? —Interrumpí con retintín.

—Canija...

—Vale, vale, ya cierro el pico. ¿A las nueve?

—A las nueve. Ahora dame las llaves de la casa, Delia, quiero comprobar el cuadro de luces y

demás antes de que pongáis un pie ahí dentro. Rezar para que funcionen, de lo contrario no os

quedará más remedio que pernoctar en casa de doña Emilia—pusimos cara de horror y él rio con

ganas—. Deduzco por esas caras que la idea os entusiasma mucho.

Esperamos allí en el patio a que mi padre hiciera las comprobaciones necesarias y, una vez dado el

visto bueno, entramos dispuestas a ponernos manos a la obra. Una solo mirada al interior de la casa

nos bastó para darnos cuenta de que teníamos mucho por hacer y si queríamos pasar la noche en ella,

no teníamos tiempo que perder.

La tarde se nos fue en un suspiro, limpiando aquí y allá. Menos mal que formábamos un buen equipo

y entre las tres, conseguimos dejar las habitaciones, la cocina y el baño más o menos decentes. La

casa era muy vieja y había zonas que era mejor no mirar, la verdad. Total, para cuatro días que

íbamos a estar allí...

La cena en casa de mis padres resultó más agradable de lo que imaginaba.

Tenía que reconocer que mi madre se había portada como una gran anfitriona y que, gracias a sus

preguntas, me enteré, entre otras cosas, que los padres de Delia vivían en Marbella, muy cerca de

ella y que, regentaban una cafetería con la que les iba muy bien. Los de Aina, se habían trasladado a

Barcelona cuando su hermana tuvo su primer hijo para echarle una mano y

allí se habían quedado.

Por primera vez desde que estaba aquí, había disfrutado de una velada amena, sin voces, sin

reproches y sin malas caras.

Salimos por la puerta pasadas las diez y media e, instintivamente, miré hacia la capilla. Había hecho

lo mismo desde la ventana de mi habitación todos los días para ver a la persona que cada noche salía

del cementerio a esas horas. Unai no tardó en aparecer. Llevaba las manos metidas en los bolsillos

del pantalón y Trueno iba detrás. Se quedó parado en cuanto nos vio, mejor dicho, en cuanto me vio.

El corazón se me agitó en el pecho. ¿Sería este un buen momento para ir a hablar con él y pedirle

perdón? No lo sabía, pero, tenía que intentarlo



11

Les dije a las chicas que se adelantaran y me esperaran en casa. En cuanto se dieron cuenta de cuales

eran mis intenciones, intentaron disuadirme, sin conseguirlo. Por mucha razón que tuvieran al

hacerme entender que, probablemente, no fuera un buen momento, no les hice caso y crucé decidida.

Sí, soy terca como una mula. Al ver que me acercaba a él, Unai adoptó una

postura rígida, brazos

cruzados sobre el pecho y piernas ligeramente separadas, como si estuviera a la defensiva.

Como si estuviera esperando una confrontación. Ni siquiera su fría mirada, ni su mandíbula

tensa me hicieron desistir de mi objetivo, que no era otro que simplemente disculparme con él.

—¿Qué haces aquí? —No me sorprendió el tono helado de su voz al hacer la pregunta.

—Hola—saludé más nerviosa de lo que pensaba—, quiero discul...

—Me refiero a qué haces aquí, en Los sauces—me interrumpió—. ¿A qué has venido?

—El lunes tenemos otra reunión y no me pareció...

—Creo que no me estás entendiendo—espetó—. Quiero saber por qué después de tantos años has

vuelto. Por qué si te habías olvidado de todo esto—dijo levantando las manos y señalando el pueblo

con ellas—, y de las personas que siempre demostraron estar a tu lado y te querían, estás aquí.

—Bueno, yo...

—¿Recibiste la carta de mi hermana y de repente se despertó tu conciencia? Sí, por supuesto que fue

eso. Y entonces pensaste que venir y hacer un paripé, silenciaría tus remordimientos, ¿verdad?

—No niego que...

—No, claro que no vas a negar nada porque sabes que tengo razón. Serías una hipócrita si lo

hicieras.

—¿Vas a dejarme terminar alguna frase? Intento disculparme contigo por mi comportamiento y no

haces más que atacarme. ¿Tan grave es eso que, supuestamente he hecho, para que ni siquiera me

dejes explicarme?

—Que encima finjas no tener ni idea de lo que estoy hablando me demuestra la clase de

persona en la que te has convertido.

—¿Y en qué clase de persona me he convertido según tú? —Inquirí levantando la voz.

—En una interesada, una materialista. Una falsa. Dime, ¿si Jud no hubiera puesto en su carta que su

abogado se pondría en contacto contigo, te hubieras siquiera molestado en venir?

—¡No puedo creer lo que estás insinuando! Ni siquiera sabía que tu hermana había comprado la

finca, llevaba muchos años sin hablar con ella.

—¿Y quién es la culpable de que eso fuera así? —Escupió con rabia.

—¡De todas! Hicimos nuestra vida y nos distanciamos, son cosas que pasan por mucho que uno se

esfuerce en evitarlo.

—¿Estás segura? Porque que yo sepa la única que puso distancia fuiste tú. Te casaste, triunfaste con

la galería de tu marido y tu gente de antes dejó de existir. ¿Qué pasó? ¿Te creíste tan superior que

ellas ya no eran merecedoras de tu amistad?

—¡Lo que estás diciendo es ridículo!

—¿Tú crees?

—Lo que creo es que no soy la única en montarse películas... Mira, siento muchísimo mi

comportamiento de estos días. Reconozco que metí la pata contigo y me equivoqué. No te reconocí y,

una conversación a medias con mi padre me hizo imaginar cosas que no eran. Te pido disculpas por

mis absurdas acusaciones, por los insultos... Estoy muy avergonzada por las cosas que te dije y

también por lo que insinué esta mañana en el despacho respecto a lo que paso en la carretera, yo...

¿Por qué no me dijiste quién eras?

—¿La verdad? —Asentí— Porque quería que te sintieras como una mierda cuando lo supieras. Igual

que me hiciste sentir a mí cuando aseguraste que estaba traicionando la memoria de mi hermana

acostándome con otra. Ni por un segundo pusiste en duda tus acusaciones, te limitaste a señalarme sin

más.

—Lo mismo que estás haciendo tú ahora conmigo.

—Al contrario que tú, yo sí sé bien de qué hablo. Por desgracia lo he vivido de cerca—había tanta

rabia en la expresión de su cara, en sus gestos...

Dio un par de pasos en mi dirección, quedándose tan cerca de mí que el pulso me tembló en las

muñecas, en el cuello y en cada rincón del cuerpo. Inclino un poco la cabeza, rozando casi sus labios

con los míos y se me agitó la respiración.

—¿Qué... qué estás haciendo? —Farfullé.

—¿Sabes lo peor de todo, pecas? —Su cálido aliento llegó a mi boca con el olor de la fruta fresca en

verano—. Que a pesar de todo lo que pienso de ti y de lo defraudado que estoy contigo, sigo

creyendo que eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida—cerré los ojos y entonces, sentí su

lengua húmeda deslizarse por mis labios con parsimonia. Una leve caricia que trastornó todos mis

sentidos devolviéndolos a la vida de un sólo golpe—. Lástima que las mujeres casadas no me

interesen, las prefiero libres, como Minerva—susurró con desprecio.

Toma baño de realidad, así, de un zarpazo, sin anestesia ni nada. ¡Cabrón, él! ¡Estúpida, yo! Después

de esto último, no fui capaz de abrir los ojos hasta que dejé de sentir sus pasos detrás de mí. ¿Qué

había pasado? ¿En qué mierda estaba pensando para dejarme hacer? No quise responderme, me

sentía demasiado dolida para ello.

¿Significaba aquel beso que me perdonaba? «Sí, claro, regresa del mundo de Yupi, anda Ruth,

guapa», me dije dándome una bofetada mental.

«Y no ha sido un beso—me reprendí—. Ha sido un pequeño lametón que demuestra lo necesitada

que estás, y lo dispuesto que está él a reírse de ti y a demostrarlo». Sí, patética.

La puerta de casa estaba allegada, por lo que ni siquiera tuve necesidad de llamar. Entré sin hacer

ruido por si las chicas ya se habían acostado y en cuanto puse un pie en la cocina apareció Aina.

—¿Cómo te ha ido con Unai?

—Más o menos. ¿Delia? —Pregunté mientras me servía un vaso de agua.

—En la cama, estaba cansada. ¿Qué significa ese más o menos? ¿Pudiste disculparte?

—Sí, pero al final no sé si me ha perdonado o no.

—Cuéntame qué ha pasado.

—Hablamos, por decir algo. Su resentimiento hacia mí es tan grande que me asusta. Según él, me he

convertido en una mujer falsa, interesada y materialista. E insinuó que sólo estoy aquí por la herencia

de Jud, ¿te lo puedes creer?

—Eso es una tontería. No conozco a una persona menos interesada que tú. A no ser que la ciudad de

la luz te haya cambiado, claro.

—Él está seguro de que he hecho algo horrible y tengo la sensación de que tanto tú como Delia,

sabéis de qué se trata—mi amiga desvió la mirada hacia la ventana—. Este sería un buen momento

para hablar de ello, no obstante, preferiría que estuviéramos las tres.

—Tenemos cuatro días por delante para hablar de lo que quieras. Ahora deberíamos tratar de

descansar...

—Sí, es lo mejor. El día ha sido muy largo.

Apagamos la luz de la cocina y una detrás de otra, subimos las escaleras al piso de arriba. Cada una

entró en la suya después de haber dicho un simple «buenas noches». Me puse el pijama corto, de

verano, y abrí la ventana de par en par. Se me había puesto en el pecho una congoja tan grande que

me costaba respirar. Inspiré con fuerza varias veces, tratando de aligerar, en vano, la presión de mis

pulmones y, me acosté.

La luz de la luna entraba tenuemente a través de la ventana, dibujando cosas extrañas en las paredes.

Cerré con fuerza los ojos y me obligué a dormir, pero estaba tan tensa... tan intranquila que ni de

coña conseguía conciliar el sueño. Di muchas vueltas, más que un perro para echarse diría la señora

Emilia. La angustia fue creciendo en mi pecho sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo y, me

incorporé, temerosa de que me fuera a dar un ataque de ansiedad o algo así.

Tenía que tranquilizarme, calmarme. Estaba claro que, todo lo ocurrido en los últimos días,

empezaba a pasarme factura. La carta de despedida de Jud, darme cuenta de que mi matrimonio

estaba más que roto, el regreso a Los Sauces...

Me negaba a creer que estuviera en este estado por Unai, él no era nadie en mi vida como para

afectarme tanto, ¿no? Entonces, ¿por qué no podía dejar de pensar en él?

¿Por qué no podía dejar de sentir ese maravilloso cosquilleo recorriendo mi cuerpo? Encendí la luz

de la mesita de noche y me levanté para coger el diario que había guardado en el equipaje de mano.

Tal vez, reviviendo a través de la lectura buenos tiempos consiguiera relajarme.

18 de julio de 1996

« No me lo puedo creer, estoy flipando. Mi madre me ha dado permiso para subir esta noche con

las chicas a las ruinas del castillo a dormir en tienda de campaña. Doña Emilia debe de tener

fiebre o algo por el estilo. Seguro que papá ha tenido algo que ver, porque si no, no me lo explico.

Aina llevará la tienda de su hermana, la que le compraron para ir hace un par de veranos de

campamento a León. También nos dejará un saco de dormir a cada una. Estoy nerviosa... Es la

primera vez que vamos a dormir fuera de casa sin tener a los mayores dándonos la lata. ¡Qué

pasada! Espero que la experiencia sea positiva y nos lo pasemos bien».

Sonreí al recordar aquella noche. Aunque nunca se lo reconocí a nadie, fue la peor de mi vida. Jamás

en la vida había pasado tanto frío y tanta hambre. Supuestamente, Delia debía encargarse de la

comida para todas y, la muy cabrita, sólo llevó cuatro bocadillos de pan de molde, de mortadela con

aceitunas. A las dos de la mañana me rugían tanto las tripas que mi estómago parecía el León de la

“Metro Goldwyn Mayer”. Creo que la leyenda de que un fantasma acampaba a sus anchas por las

ruinas nació a partir de aquel día.

19 de julio 1996

« No pienso volver a ir de tienda de campaña en mi vida. Casi no pegué ojo en toda la noche por

culpa del frío y del hambre. Y para colmo, se puso a llover. ¡Menuda experiencia de

mierda! Además, estoy harta de que siempre tengamos que cargar con el hermano de Jud a todas

partes. ¿Qué pintaba él con nosotras allá arriba? Ese crio me tiene frita. Es un listillo al que le

encanta corregirme y gastarme bromas. ¡No lo soporto! Mi madre se descojonó de mí en cuanto

me vio aparecer por la puerta. Dijo que parecía una gallina matada a escobazos. ¡Qué simpática,

la mujer! Ahora, después de darme una ducha de agua hirviendo, para entrar en calor y de

tomarme un colacao con galletas, bien calentito, me siento mejor. ¡Seguro que pillo la gripe! ».

Era verdad, Unai siempre iba con nosotras a todas partes. Y también era verdad que yo no podía

verlo delante. Era tan repelente, el pobre. Me daba repelús su forma de mirarme. En cambio, ahora,

me daba repelús de mí misma sólo por desear que lo hiciera. ¿Qué pensaría él de mí en aquella

época? A parte de que estaba muy buena, que me lo había dicho, y de que le

gustaban mis tetas, que

también, no tenía ni idea de lo que podría haber pasado por su mente. Conociéndole, seguro que nada

bueno.

Eran casi las tres de la mañana cuando apagué la luz, ya más tranquila y relajada. Incluso había

conseguido reírme un poco. Siempre que en mi vida he echado la vista atrás, tuve la total seguridad

de que esta había sido muy feliz y, al leer mi diario, lo afirmaba sin dudar. En cambio, ahora... Todo

estaba manga por hombro y me preguntaba si alguna vez volvería a serlo.

Me desperté con las primeras luces del alba y me arrebujé entre las mantas. Con el agobio de la

noche anterior, no me di cuenta de cerrar la ventana y el frío del amanecer se colaba por esta

haciéndome incluso, tiritar. ¿Qué me depararía hoy el día? Me apetecía tan poco levantarme de la

cama para comprobarlo que, volví a cerrar los ojos y me centré en los sonidos de la naturaleza con

intención de seguir durmiendo un poco más.

—Ruth, Ruth, despierta—Delia me zarandeaba con delicadeza—. Tu padre está abajo. Ha traído

leche de la de verdad, recién ordeñada. Ha ido a casa de Eugenia a por ella. Y tu madre nos ha

mandado una hogaza de pan que huele de maravilla.

—Tengo mucho sueño—protesté.

—Anda, mujer, levántate y no le hagas ese feo a tu padre. Aina está preparando café. Te esperaremos

para desayunar.

—¿Qué hora es?

—Son casi las ocho—contestó desde la puerta—. Ah, y no te levantes con intención de darte una

ducha, el calentador no funciona y sólo tenemos agua fría.

—Ayer funcionaba—dije incorporándome un poco.

—Ya, pues ha decidido dejar de hacerlo. Tu padre dice que le echara un vistazo, pero que no cree

que pueda hacer nada porque el cacharro es más viejo que el catarro. Así que, o calentamos agua en

la cocina de leña, como hacían nuestras abuelas, o vamos a casa de tus padres a ducharnos.

—Ni de coña. Prefiero hacerlo con agua fría, mira tú por donde, me vendrá bien para despejarme.

—Tú misma, cielo. No tardes, esta pequeña lleva pidiendo comida desde hace un buen rato—dijo

sonriente frotándose la tripa.

Me di la ducha más corta de la historia. Joder, había olvidado lo que se sentía. Pero ¡oye! Me había

venido de perlas. Me despejó tanto que apenas podía parpadear. Parecía una lechuza. Mientras me

aplicaba un poco de crema hidratante frente al espejo, me fijé bien en mi cara. No tenía ni una sola

peca en esta. ¡Ni una! A ver, era algo de lo que estaba segura, pero, al llamarme Unai la noche

anterior pecas, me había hecho dudar. ¿Por qué lo habría hecho si no era pelirroja ni pecosa?

¿Estaría quedándose conmigo? Probablemente.

A media mañana, mi padre nos informó que el calentador estaba perfectamente bien. «Vale,

¿entonces por qué no funciona?», pregunté. «Porque la bombona no tiene gas, coño, canija, que

pareces nueva», contestó él con guasa. Genial, ¿por qué no habíamos reparado en ello ninguna de las

tres? Evidentemente porque estábamos como pollinas. Menos mal que la cafetera era eléctrica que si

no, a saber cómo hubiéramos hecho el café.

Esa tarde, muy a mi pesar, las dos insistieron en coger una manta y subir a pasar la tarde al río,

debajo de los sauces. Pensar en a quién podría encontrarme por allí me ponía cardíaca, pero no

podía decírselo a ellas porque me moría de la vergüenza, la verdad.

¿Qué pensarían de mí si supieran que, las tornas habían dado la vuelta y ahora era yo la que babeaba

viendo a Unai? Porque lo cierto era que, cada vez que lo tenía cerca, lo hacía.

Y no sólo eso, también me moría de ganas de que me diera algo más que un

pequeño lametón, para

qué mentir. Reconocerme a mí misma que me moría por... por... bueno, por lo que fuera, con un

hombre que no era mi marido, me hacía sentir como una cualquiera. Sí, vale, mi matrimonio era

historia, pero, Jean Paul aún no estaba al tanto de ello y, le debía un respeto, ¿no? ¿Quién era ahora

la traidora? A regañadientes salí por la puerta tras ellas que iban la mar de contestas por volver a

plantar el pandero debajo de nuestros árboles. Mientras tanto, yo, rezaba plegaria tras plegaria para

que el Adán de Los Sauces estuviera tranquilito en casa y no nos deleitara con una exhibición de las

suyas.

A medida que pasaba la tarde y comprobaba que, en la finca de enfrente no había rastro de persona

alguna, ni animal, me relajé y empecé a disfrutar de estar de nuevo en compañía de mis amigas. El

día era espectacular y hacía un calor de mil demonios. Como diría mi abuela, que en paz esté, hasta

los pájaros estaban achicharrados. Pocas veces se veía allí arriba un cielo tan azul y limpio de

nubes.

El caudal del río bajaba con fuerza, demasiada para estar a finales de junio, y si no fuera porque no

estábamos solas allí en el prado, ya que más gente había tenido la misma idea que nosotras, me

hubiera dado un baño sin dudarlo, en braga y sujetador.

En vista de que el tema del baño, por ahora, quedaba descartado, quizá este fuera un buen momento

para mantener esa charla que la noche anterior había dejado pendiente porque Delia estaba acostada.

—Chicas, hay algo de lo que me gustaría hablar con vosotras—dije mirando primero a una y luego a

otra.

—¿De qué se trata? —Indagó Delia.

—Veréis, siempre creí que nuestro distanciamiento era debido a la vida que cada una de nosotras

había elegido vivir, no sé si me explico.

—Ajá—contestaron al unísono.

—De hecho, Jud en su carta me dio a entender lo mismo. Pero, ayer, en el despacho del señor

Carmona, cuando tú, Aina, leíste la otra carta, me di cuenta de que vosotras sí que seguíais en

contacto y que yo era la única que no sabía nada de vosotras desde hacía años. ¿Por qué? ¿Qué fue lo

que hice para que me dejarais de lado?

Se quedaron calladas durante tanto tiempo que temí que se hubieran quedado mudas. Como siempre,

fue Aina, muy ofendida, por lo visto, la que por fin se decidió a hablar. Lo que me dijo me dejó

muerta. ¿Tan poco me conocían como para pensar que era capaz de hacerles algo así? Al parecer sí.



12

—Tu actitud fue la que nos alejó, Ruth. ¿Es que acaso creías que estaríamos detrás de ti rogando que

contestaras a alguna de nuestras llamadas? En un principio, entendimos que, con el tema de la galería

y eso, estuvieras muy ocupada. No obstante, fue pasando el tiempo y al no molestarte siquiera en

contestarnos con un mensaje, pues, supusimos que lo que pasaba era que no querías saber nada de

nosotras.

—¡Por Dios! ¿Qué estás diciendo? No recibí llamadas vuestras después de la boda. Y aunque

hubiera sido así, jamás os apartaría de mi vida porque las tres erais una parte muy importante de ella.

¿cómo puedes siquiera pensar algo así?

—¡No puedo creer que tengas la desfachatez de decirme en mi propia cara que estoy mintiendo!

Delia está aquí para corroborar que tanto ella como nosotras te llamamos infinidad de veces. Incluso

te escribimos emails—Delia asintió, dándole la razón.

—Es verdad, cielo. Te llamamos muchas veces. La última vez que intentamos ponernos en contacto

contigo fue cuando nació mi hijo.

—Pero eso no puede ser... de verdad, nunca recibí nada vuestro, joder. ¡Yo tampoco estoy

mintiendo! ¡Santo cielo! Vosotras también pensáis de mí lo mismo que Unai, ¿verdad? —Las miré

horrorizada.

—Pues sí, para qué vamos a engañarnos. Excepto Jud, todo hay que decirlo. Ella siempre te dio el

beneficio de la duda. Nosotras no.

—No entiendo nada—musité apesadumbrada—, de corazón os digo que jamás recibí nada vuestro.

Yo...

—Sinceramente, me cuesta creerte, Ruth. No pasa nada porque lo reconozcas, ¿sabes? Lo hecho,

hecho está y punto.

—¡No puedo reconocer algo que no hice, joder! ¿Por qué yo tengo que dar por cierto lo que me estás

contando y tú no puedes hacer lo mismo conmigo?

—¡Porque te estoy diciendo la verdad!

—¡Yo también!

—Por favor, chicas, bajad la voz. La gente empieza a mirarnos—rogó Delia.

—Joder, Ruth, si hasta cambiaste el número de teléfono. Jean Paul nos dio una tarjeta con todos tus

datos nuevos en el aeropuerto—espetó con los dientes apretados de rabia—. ¿No podías haberlo

hecho tú?

—¿Cómo dices? —Pregunté sin dar crédito.

—¿Vas a decirme que tampoco sabes de que te estoy hablando?

—Aina, sigo teniendo el mismo número de teléfono que tenía cuando me marché de aquí. Puedes

comprobarlo si quieres—dije sacando mi móvil de la bolsa y poniéndolo sobre la manta donde

estábamos sentadas—. Vamos, llama y compruébalo por ti misma.

—No puedo hacerlo. Hace tiempo que te eliminé de mis contactos.

—Entonces llámame tú, Delia—supliqué.

—Lo siento, yo también borré tus datos.

—Pues hablad con mis padres, ellos os lo confirmarán—rogué desesperada.

—Si lo que dices es cierto, eso quiere decir que tu marido...—Estaba diciendo Delia cuando la

pantalla de mi teléfono se iluminó anunciando una llamada entrante. Mira por donde, hablando del

rey de Roma...

—Jean Paul—contesté seca.

—¡Me has mentido, cherié, no estás en casa como prometiste! —Mal empezábamos.

—Te llamé ayer para informarte del cambio de planes...

—Sí, ya lo vi, pero pensé que era porque ya estabas en París. En cambio, sigues en ese pueblucho...

Regresa a casa, Ruth, estoy empezando a cansarme de esta situación.

—¿Sabes? Estoy con Aina y Delia, ¿las recuerdas? Son mis amigas de la infancia y, precisamente

estábamos hablando de ti. Me estaban contando algo muy extraño... Fíjate que dicen que cuando

estuvieron en París con motivo de nuestro casamiento, les diste una tarjeta con mis datos nuevos para

que se pusieran en contacto conmigo. ¿Es cierto?

—Puede ser, no lo recuerdo con exactitud. Fue hace mucho tiempo...

—Esfuérzate un poco y haz memoria, anda. ¿Les diste o no una tarjeta, Jean Paul?

—Sí, lo hice—confirmó tan tranquilo.

—¡¿Por qué lo hiciste?!—Pregunté furiosa—. Les mentiste a ellas y me mentiste a mí. Sabiendo lo

mal que lo estaba pasando con este tema, sabiendo cómo sabías el daño que me hacía su

distanciamiento, te callaste e intentaste que creyera que ya no les importaba —mis amigas me miraban

pasmadas—. ¿Cómo fuiste capaz de hacer algo así?

—Sólo seguí el consejo de tu madre, cherié.

—¡No metas a mi madre en esto!

—Mira, ella me dijo claramente que yo no le caía bien a ninguna de tus amigas y que, si quería que

nuestro matrimonio funcionara, lo mejor que podía hacer era separarte de ellas. Y así lo hice. No

puedes culparme por quererte tanto como para temer que ellas tuvieran influencia en lo nuestro—sí,

doña Emilia era capaz de eso y de mucho más—. Vuelve a casa y solucionemos las cosas, Ruth.

—Te desconozco, Jean Paul—sollocé de impotencia—. Hace tiempo que he venido dándome cuenta

de que no eres el hombre con el que me casé. Y ahora con esto... No, no voy a volver. Vete hablando

con tu abogado porque quiero el divorcio.

—¿Te has vuelto loca? ¿Por una tontería así vamos a divorciarnos? ¡Ni hablar, ¿me oyes?! Lo

máximo que estoy dispuesto a darte es tiempo para que recapacites, nada más.

—Ya he tomado una decisión y no hay vuelta atrás, te lo aseguro.

—¡Ya lo veremos! —Advirtió antes de colgar y dejarme con la palabra en la boca.

¿Quién demonios era Jean Paul? ¿El chico tierno, amable, cariñoso y atento que me enamoró hace

once años o el hombre manipulador, arrogante y sumamente egoísta que me

acababa de colgar el

teléfono? Podía ser ambos, ¿verdad? Sí, de hecho, lo era, no me cabía duda visto lo visto. Y mi

madre... ¡mi madre! Qué sabía cuánto significaban ellas para mí, aconsejándole que me alejara de

ellas... ¿Por qué? ¿Es qué esta mujer no tenía límites? Evidentemente no. Pero esta vez iba a oírme.

¡Vaya qué si me iba oír!

—¿Lo veis? Yo tampoco mentía—solté con ira contenida.

—Ruth, cielo, nosotras no queremos que tengas problemas con tu marido por nuestra culpa.

—Tranquila, Delia, los problemas con Jean Paul vienen de hace tiempo, esto último es la gota que

colma el vaso—dije poniéndome en pie.

—¿Adónde vas?

—Voy a hablar con mi madre, necesito que me aclare ciertas cosas.

—En estos momentos estás muy cabreada y puede ser peor el remedio que la enfermedad, Ruth. ¿Por

qué no esperas a calmarte un poco? —Aina se puso delante de mí, cortándome el paso.

—¿Por qué dejar para más tarde lo que puedo hacer ahora mismo? —Rugí, estaba tan, tan cabreada...

—Quítate de en medio, Aina o no respondo. También estoy muy furiosa con vosotras, qué lo sepáis.

¡Mira que a la primera de cambio pensar eso de mí! Anda que... ¡Viva la puta amistad! —chillé.

—Ruth... Por Dios...

—¡Ni Ruth ni leches! Apártate—y lo hizo. Alzó las manos en señal de rendición y se apartó.

Mientras cruzaba el pueblo a la velocidad de la luz, me prometí a mí misma que esta vez no dejaría

que mi padre interviniera. ¡No señor! Esto era entre doña Emilia y yo. Esta mujer nunca dejaba de

sorprenderme, pero qué falsa era y qué poca vergüenza tenía, joder. Ayer en la cena se

desvivía en atenciones con ellas y la muy arpía había sido el artífice de toda esta mierda. ¡Ver para

creer! Desde que tenía uso de razón, había visto como mi madre manipulaba mi vida, me ninguneaba

y me humillaba sin ningún tipo de remordimiento quedándose tan ancha, sin pedir nunca perdón por

ello. Pues esta vez no iba a ser así, cómo que me llamaba Ruth Griera que se iba a arrepentir

de sus maldades sí o sí. Entré en casa bufando, mascullando palabrota tras palabrota y cuando abrí la

puerta de la cocina, lo hice con tanto ímpetu que esta rebotó contra la pared haciendo que mi

progenitora se girara asustada.

—¿Se puede saber que mosca te ha picado para entrar de esa manera?

—¿Cómo pudiste hacerlo, mamá? —Rugí en su cara—. ¿Pensaste que nunca iba a enterarme?

—¿Te has vuelto loca? ¿De qué estás hablando?

—Hablo de los consejos que le diste a Jean Paul la única vez que estuviste en París. ¿Lo recuerdas?

—En París sólo estuve cuando te casaste...

—Exacto—la corté—. ¿Y recuerdas alguno de los consejitos que le diste a tu queridísimo yerno?

No, ya veo por tu cara que no. ¡Claro, serían tantos, ¿verdad?!

—¡Háblame con respeto o te cruzo la cara de un bofetón, Ruth!

—¡Lo qué me faltaba por oír! ¿Por qué le dijiste a Jean Paul que si quería que nuestro matrimonio

durara me separara de mis amigas?

—Ah, te refieres a eso...

—¿A cuántas cosas más podría referirme, madre? ¡Vamos, no te cortes!
Total, ¿qué más da ya ocho

que ochenta?

—Lo hice por tu bien.

—¿Por mi bien, dices? ¡Y un cuerno! Di más bien que lo hiciste por el tuyo.
Si de verdad hicieras las

cosas por mi bien, jamás, ¡jamás! hubieras hecho algo así porque sabrías que ellas no sólo eran mis

amigas, eran las hermanas que nunca tuve. ¡Eran mi familia! Las que han estado a mi lado para lo

bueno y lo malo. Si me conocieras la mitad que ellas, lo sabrías.

—Tenían demasiada influencia sobre ti y...

—¡No sabes de lo que hablas! Tengo mi propia personalidad, siempre he decidido cómo, cuándo y

dónde. ¡Pero qué vas a saber tú si nunca te has molestado en conocerme!
¿Tienes idea de cómo me

sentí todos estos años alejada de ellas? ¿Sabes lo sola que me sentí en un país que no era el mío

rodeada de gente totalmente opuesta a mí, intentando encajar?

—No puedes culparme por querer lo mejor para ti, Ruth.

—¿Y qué es lo mejor para mí según tu sabiduría de madre? —Me crucé de brazos y la fulminé con la

mirada.

—Lo mejor para ti era estar alejada lo máximo posible de todo lo que tuviera que ver con Los

Sauces, incluidos tu padre y yo. Te casaste con un buen hombre que gracias a Dios te quitó de la

cabeza eso de ser chef dándote un puesto en su galería. Un hombre con clase y poder.

—Una clase y un poder que lo han convertido en una persona arrogante y egoísta que sólo piensa en

sí misma. ¿Eso es lo que quieres para mí? ¿Un hombre que pasa más tiempo fuera de casa que en

ella? ¿Un hombre que ni me mira? ¿Ese es la clase de bien que quieres para tu hija? Pues que sepas

que voy a divorciarme de él.

—¡No puedes hacer eso! ¡Jean Paul es lo mejor que te ha pasado en la vida!
Además, ¿qué va a ser

de ti si lo haces? ¿Vas a regresar a este pueblo y dedicarte a criar vacas?

—Eso a ti no te importa. Es mi vida, mamá. ¡Mi vida! Yo soy la más
interesada en ser feliz, y al lado

de Jean Paul no lo soy. Por eso mismo no pienso desperdiciar ni un minuto
más a su lado.

—Ruth, por el amor de Dios, deja de decir estupideces y recapacita. Tarde o
temprano te

arrepentirás de lo que vas a hacer.

—Aquí la única que va a arrepentirse de sus actos eres tú. A partir de hoy, no
volveré a poner un pie

en esta casa. A no ser que vengas y pidas perdón por todas y cada una de las
veces que me has hecho

daño y...

—Pero ¿qué estás diciendo, canija? —Mi padre nos observaba desde la
puerta, pálido.

—Lo siento, papá, pero no puedo estar bajo el mismo techo de la única
persona que conozco que no

hace más que intentar joderme la vida.

—En eso te equivocas.

—¿Tú crees, mamá?

—¿Qué has hecho ahora, mujer? —Mi padre se acercó a ella de dos zancadas

—. Algo gordo ha

tenido que ser para que mi hija jure no volver a pisar mi casa—por primera vez vi a mi madre

avergonzada, aunque fue por poco tiempo—. ¿No vas a contármelo?

—Lo único que voy a decir es que no me arrepiento de nada. Y si no va a pisar más este suelo, ya

está tardando en salir por la puerta.

—¡Emilia!

—Tienes razón, mamá, si cambias de opinión, ya sabes dónde encontrarme—giré sobre mis talones y

salí de la cocina no sin antes oír a mi padre rugir:

—¡¡Ahora mismo vas a sentarte en esa silla y vas a contarme con pelos y señales qué es lo que ha

pasado, de lo contrario, tú serás la siguiente en salir por esa puerta!!

Lo que menos quería era que la mala relación con mi madre repercutiera en mi padre, pero supongo

que, dada la situación, era inevitable. ¿Por qué era tan orgullosa? ¿Por qué le costaba tanto reconocer

sus errores y pedir disculpas? ¿Pensaba de verdad que todo lo que hacía era por mi bien? ¿Cómo

podía ser eso posible viendo todo el daño que me hacía?

Salí del pueblo sin saber a dónde ir. No quería ver a mis amigas porque estaba dolida con ellas y,

encerrarme en casa tampoco era posible, no tenía la llave. Además,

necesitaba estar sola, pensar y

airearme hasta que lograra eliminar de mi cuerpo toda la rabia e impotencia que todo esto me había

ocasionado. ¿Qué iba a hacer con mi vida? Tenía que trazar un plan. Volver a París estaba totalmente

descartado y, aquí en Los Sauces, sólo podría quedarme hasta el lunes. Debía pensar y rápido.

Sin darme cuenta de lo que hacía, me interné en el bosque y caminé sin rumbo fijo, ensimismada

totalmente. Perdida durante un buen rato en mis pensamientos hasta que llegué a un cruce de caminos

y, me quedé allí plantada, sin saber qué hacer.

De repente empecé a escuchar golpes rítmicos y secos. Como si alguien estuviera golpeando algo con

mucha fuerza y me asusté. Me había alejado, sin proponérmelo, demasiado del pueblo y no tardaría

en empezar a anochecer. Así que, lo mejor que podía hacer, era dar media vuelta y volver sobre mis

pasos. Antes de que me diera tiempo siquiera a girarme, algo grande y muy peludo se abalanzó sobre

mí, tirándome al suelo. Cerré los ojos con fuerza. Empecé a gritar desesperada y muerta de

miedo. ¿Me estaba atacando un lobo? Tenía que ser, sí, porque aquí no había osos, ¿no? Sentí una

cosa húmeda, rasposa y pegajosa contra la cara. ¿Qué coño...?



—¡Trueno!

¡Mierda! Me quedé paralizada. ¿Había dicho Trueno? No por favor, Trueno no. «Que sea un lobo.

Que sea un lobo», rogué para mis adentros. Sólo me faltaba esto para rematar el día. Casi prefería

que me comiera una mala bestia a tener un encontronazo con el Adán de Los Sauces y su chucho. Fui

abriendo los ojos lentamente y para mi horror, sí, allí estaba el perro encima de mí, moviendo el

rabo la mar de contento y lamiéndome con entusiasmo. ¡Joder, si es que no tenía suerte ni para que

me atacara un bicho en mitad del bosque! ¿Por qué tenía que pasarme todo a mí? ¡Puto karma!

—Vamos, chico, ven conmigo.

Giré la cabeza en la dirección de la que provenía la voz y lo primero que vi fueron sus botas. Unas

de esas, tipo trekking, de las que se usaban para hacer senderismo y esas cosas, no es que estuviera

yo muy puesta en deportes, pero creo que eran de ese tipo.

Después de las botas, unas piernas enfundadas en unos tejanos ajados, llenos de roturas de la rodilla

hacia arriba, y sucios. Muy sucios que, quedaban perfectos en aquellas piernas tan firmes. Seguí

alzando la vista poco a poco hasta llegar a su torso, apenas cubierto por una camisa de cuadros

azules, sin mangas, que dejaban bien a la vista unos brazos con los músculos perfectamente

definidos, cruzados sobre un pecho húmedo y brillante por el sudor. Se me secó la garganta. ¡Jesús,

era la imagen de leñador más perfecta que había visto en la vida! Lástima que lo que viniera a

continuación fuera la cara de Unai. No porque fuera feo, no, más bien todo lo contrario. Tal vez, si

me lo imaginaba con la cara llena de granos y el aparato dental como cuando era un niño,

consiguiera que el corazón me volviera a latir a un ritmo un poco más normal.

—¿Estás bien? —Preguntó. Asentí con la cabeza—. ¿Seguro?

—Sí—farfullé como pude.

—¿No estás un poco lejos del pueblo?

—Eso parece...—Me levanté del suelo y sacudí los pantalones.

—¡Trueno! —Gritó después de silbar con fuerza—. ¡Vámonos!

El perro pasó a mi lado y siguió a su dueño, que ya me daba la espalda. Qué obediente era el cabrón

cuando quería. Los observé a ambos hasta que se perdieron entre unos matorrales y sonreí por no

echarme a llorar. Me pasaban unas cosas más raras últimamente...

El viernes me levanté tarde, mucho. Me dolía todo el cuerpo. La locura de caminar sin rumbo algunos

kilómetros empezaban a hacer mella en mí. Notaba los ojos hinchados y me escocían de pasarme

varias horas llorando sin consuelo. Lo cierto es que no podía con el alma, todo, absolutamente todo

lo que me estaba pasando, pesaba demasiado. Me daba una pereza terrible tener que hacer vida

normal y fingir cómo me sentía en realidad. No podía olvidar que estaba en el pueblo y que, a las

personas que vivían en él les gustaba más un chisme que un cupón de la once premiado, y luego

hablaban de Sálvame...

Miré horrorizada el aspecto que tenía. La noche anterior, al llegar a casa, encontré en la puerta a mis

amigas y a mi padre preparados con linternas y demás parafernalia organizando una operación de

búsqueda y rescate. Menos mal que sólo eran ellos tres y no les dio por ir puerta por puerta buscando

voluntarios.

Pobres... en mi desesperación por alejarme de todo, no pensé en la preocupación que sentirían

cuando vieran que se hacía de noche y yo no llegaba. Me sentí fatal, la verdad, pero juro que ni se me

pasó por la mente. Los tres se pusieron a hablar a la vez en cuanto me vieron aparecer: «¿Dónde

había estado?».

«¿Estaba loca para andar deambulando por ahí a esas horas?».

«¿Qué me había pasado que venía con esas pintas?». «Canija, estaba muy preocupado por ti».

«Mañana—les dije abrazándolos—, mañana hablaremos». Los dejé allí fuera, observándome con

preocupación y subí a la habitación. No tenía fuerzas para ponerme a dar explicaciones. Sabía que

era muy egoísta por mi parte dejarlos así, pero apenas me salía la voz del cuerpo. Me acosté tal cual

estaba y lloré. Lloré por todo y por nada. Por todo lo que había perdido en los últimos años y porque

nada había merecido la pena. ¿O sí?

Después de darme una ducha, afortunadamente de agua caliente, y ponerme un poco decente, bajé a la

cocina. Mis amigas estaban sentadas a la mesa hablando en susurros y se callaron en cuanto me

vieron entrar. Cogí una taza, de la alacena de madera, y me puse un café sólo, bien cargado, para que

me ayudara a espabilar. Aunque dudaba mucho que el aturdimiento que llevaba lo despajara un café,

la verdad. Luego me senté con ellas que, impacientes, esperaban a que abriera la boca.

—Buenos días—musité.

—Di mejor buenas tardes, cielo. Ya hemos comido.

—Lo siento, anoche me costó dormir, yo...

—¿Cómo te encuentras, Ruth? Nos tienes muy preocupados. Tu padre ha venido un par de veces para

saber si ya te habías despertado. Ha traído una bombona de gas. Nos ha contado lo que pasó ayer con

tu madre, dice que ella...

—No quiero saber nada de doña Emilia, Aina. Si tiene algo que decirme que lo haga ella misma. No

me vale que sea mi padre, como siempre, el que dé la cara en su nombre. Si ha tenido la desfachatez

de hacer lo que hizo, que tenga el valor de sentarse conmigo y reconocer que se equivocó.

—Sentimos mucho ser las causantes de esto, tesoro—Delia estiró la mano hasta coger la mía—. Y

sentimos más todavía haber creído que no querías saber nada de nosotras. ¿Podrás perdonarnos?

—En normal que estés cabreada con nosotras—Aina unió su mano a la nuestra.

—Ni estoy cabreada ni tengo nada que perdonar. No cuando yo tengo parte de culpa en nuestro

distanciamiento. Yo también pude haber intentado ponerme en contacto con vosotras y no lo hice. Es

verdad que al principio estaba muy ocupada, pero, no tengo excusa. Me

decía, mañana las llamaré y,

un día por otro fueron pasando las semanas, los meses, los años y, para cuando quise hacerlo era

demasiado tarde. Si ahora estamos aquí es por Jud, quizá después de todo tengamos que darle las

gracias. Ella nos ha vuelto a unir.

—Tienes razón, y por mi parte reconozco que he sido muy orgullosa con este tema—Aina se encogió

de hombros, disculpándose.

—Lo importante es que volvemos a estar juntas.

—Sí, Delia, eso es lo único que importa. Olvidémonos de lo demás, lo pasado, pasado está.

—Oye, ¿decías en serio lo del divorcio? Porque cuando estamos cabreados y decepcionados,

solemos decir estupideces, ya sabes... Puede que te hayas precipitado un poco, ¿no?

—No, Delia. Lo mío con Jean Paul está muerto, sólo falta enterrarlo. Hace mucho tiempo que vengo

dándome cuenta de ello, pero por cobardía seguí tirando de un carro que no dejaba de traquetear y

estoy cansada de hacer un esfuerzo inútil.

—¿Estás segura? Porque bueno, las relaciones de pareja a veces son complicadas, hay malas rachas,

momentos difíciles, no sé, puede que lo vuestro sólo sea una crisis.

—Nuestra crisis dura ya demasiado tiempo. Para que os hagáis una idea...—
Comencé a relatar lo que

había sido mi vida junto a Jean Paul los últimos años, sin omitir nada de nada.

Conté con nostalgia los felices que habían sido los primeros años de nuestro matrimonio. Cuando

ambos, juntos, luchamos porque la galería “Chesterfield”, fuera un punto de referencia del arte en

París, hasta que lo conseguimos.

Desgraciadamente, para mí, con el éxito empezaron a llegar también los desengaños, las temporadas

interminables de él fuera de casa buscando, supuestamente, artistas callejeros por descubrir. Las

cenar a las que yo no estaba invitada, reuniones de fines de semana...

Empecé a sentirme sola, fuera de lugar y, así se lo dije una de las raras veces que estaba en casa.

No sé cómo lo hizo, pero de aquella conversación, salí convencida de que un hijo cambiaría las

cosas. Me quedé embarazada tres veces. Tres embarazos que no llegaron a buen puerto porque según

mi ginecólogo, yo tenía insuficiencia cervical y ello implicaba que la gestación no superara las

quince semanas. La noche que salí de la clínica, sola, después del último aborto, Jean Paul que

estaba en viaje de negocios, llegó a decirme que ni para tener hijos servía. Sus palabras fueron como

puñetazos y, a raíz de ahí, fui yo la que marqué las distancias durante un tiempo para luego, gilipollas

de mí, rogarle que me prestara atención. Sí, lo reconocía, era muy patética. Pero me negaba a tirar la

toalla creyendo que sólo era una mala racha y que yo, estaba deprimida. Hasta que recibí la

carta de Jud...

—Pues al final nuestra amiga iba a tener razón respecto a Jean Paul. No le gustaba demasiado, ¿lo

sabías? Tenía una opinión de él que...

—Lo sé, Aina, ella me lo advirtió después de la boda y me molestó muchísimo. Por eso no fui a

despediros al aeropuerto.

—Momento en que ese mamón, aprovechó para darnos la tarjeta de marras—
Dijo Delia con rabia—.

¡Le odio!

—¿Y cuál es tu plan? Quiero decir, si te divorcias... ¿Seguirás viviendo en París? ¿Qué piensas

hacer?

—Abandonar París y divorciarme tarde o temprano será un hecho, no lo dudes. En cuanto a qué voy a

hacer, pues sinceramente aún no lo sé... Supongo que buscar un lugar donde vivir, un trabajo...

—¿Y qué me dices de la posada de Jud? Nosotras no podemos hacernos cargo de ella porque ya

tenemos una vida a la que regresar, pero tú no. Puede que nuestra amiga te haya puesto en bandeja la

posibilidad de empezar de nuevo. Piénsalo.

—Que va, Aina, eso es impensable. No puedo asumir esa responsabilidad.

—¿Cómo qué no? ¿Qué te lo impide?

—Delia, quedarme aquí en Los Sauces significaría tener que ver a mi madre a diario. Además, creo

que olvidas que la persona con la que tendría que compartir todo lo relacionado con la posada me

odia.

—¡Qué tontería, Unai no te odia! Y tu madre es fácil de ignorar, su casa está en una punta del pueblo

y la posada en la otra. Cierto que el pueblo es pequeño y tendréis que coincidir, sobre todo si vas los

domingos a la iglesia—solté una carcajada con esto último—. Además, creo de corazón que las

cosas con Emilia tarde o temprano se solucionarán. Respecto a Unai—siguió Delia—, sólo tienes

que darle tiempo. Está claro que su resentimiento hacia a ti viene por los mismos motivos que los

nuestros y, ya sabemos que fueron infundados malintencionadamente. Habla con él y todo quedará

resuelto.

—Estoy totalmente de acuerdo con Delia, Ruth, tienes en tus manos la oportunidad de oro para

empezar una nueva vida.

—No sé, chicas, yo no lo veo tan claro. Hay demasiadas cosas...

—Consúltalo esta noche con la almohada y verás que ella te aconseja que te lances a la piscina—

dijo Delia mirando el reloj—. Otra cosa, tu padre está a punto de llegar, quiere que lo acompañemos

arriba para echar una mano con los preparativos de la noche de mañana. Ya sabes, hoguera,

banderines, bombillas de colores... Así que, andando que es gerundio, que tenemos una tarde por

delante bastante ajetreada.

Subí de nuevo a la habitación y me vestí. Me puse un pantalón corto, vaquero, que Aina me prestó,

con una camiseta de tirantes blanca, la única que yo había traído. El resto de mi ropa era

inservible para lo que teníamos pensado hacer esa tarde e, ir a casa de mi madre a recoger la que allí

había dejado cuando me marché, como que no. Menos mal que la noche que cenamos con ellos fui

lista y cogí los playeros, porque si no, no sé cómo iba a ingeniármelas para subirme a los árboles a

poner bombillas y banderines con zapatos de tacón. Me recogí la larga melena en una trenza y volví a

bajar.

Vi a mi padre en cuanto abrí la puerta de la calle. Estaba sentado a la sombra

de un nogal,

en el lateral derecho del patio, mirando hacia las ruinas del castillo. Llevaba un sombrero de paja, de

colores azules y grises que, debía de tener tropecientos años. En la mano, una vara de avellano que el

mismo había tallado con su pequeña navaja. Se me encogió el corazón al ver su semblante triste.

El rictus serio de su boca indicaba que estaba enfadado y, me sentí mal por él.

Yo era la culpable de que su vida, apacible y tranquila, se viera trastocada. Me acerqué silenciosa y

me senté a su lado, en el tocón de madera que antiguamente se utilizaba para cortar leña encima y que

ahora sólo servía de adorno.

—Hola, guapo—saludé bajito pasando una mano por su espalda.

—Hola, canija, ¿cómo te encuentras? —Sus ojos verdes, que yo había heredado, me escrutaron con

preocupación.

—Bueno, he tenido días mejores, pero estoy bien.

—Qué mal mientes, niña. Tienes mala cara, ojeras, y el brillo de tus preciosos ojos ha

desaparecido...

—Hace días que no duermo bien, papá. Me cuesta conciliar el sueño, pero no te preocupes, todo

pasará. ¿Y tú? ¿Cómo estás?

—Más o menos. Ya sé lo que ha pasado, tu madre y yo hemos hablado. Ella está...

—No lo hagas, papá—rogué suspirando—, no te disculpes en su nombre. Esta vez no. Si tiene algo

que decir que lo haga ella, es lo mínimo que puede hacer después de todo, ¿no te parece?

—Sí, eso mismo le he dicho a ella. Ya sabes cómo es, canija, tozuda como ella sola. Pero entrara por

el aro. Sabe que lo que hizo no estuvo bien y...

—Ya, déjalo, por favor—apoyé la cabeza en su hombro y pasé el brazo por su cintura—. Siento

mucho haber desbaratado tu vida, papá, de verás que lo siento.

—Tranquila, tesoro, tranquila. Nunca llovió que no parara.

—¡Estamos listas! —Gritó entusiasmada Delia.

—Pero bueno, muchacha, ¿se puede saber que llevas en ese macuto? — Preguntó mi padre al ver la

bolsa que portaba Aina.

—Ay, señor Aníbal, aquí la preñada que se cree que nos vamos al fin del mundo, ¿qué le parece? Me

obliga a llevar dos botellas de agua, una manta por si se cansa, protector solar, unos aperitivos...

—Me parece que vas a cargar con eso para nada, y también, que se os ha olvidado cómo va esto.

Pepe y Maruja estarán arriba con las neveras hasta los topes, como siempre.

—¿Lo ves, paranoica? Te lo dije, aquí las costumbres no han cambiado...

—Sí, sí, pero la embarazada soy yo, así que andando—Aina puso los ojos en blanco resignada y nos

pusimos en marcha.

Mientras subíamos al prado, le conté a mi padre lo que Jud había dejado estipulado en su testamento

y, lo mal que su hermano se lo había tomado porque creía que yo era una interesada. Me pareció ver

que su mirada se iluminaba, pero no dijo nada, sólo asintió. También le comenté, por alto, la última

conversación con Jean Paul y mi decisión de divorciarme.

—Si eso es lo que quieres, canija, adelante. Deseo lo mejor para ti, hija mía, y no dudes que siempre

tendrás mi apoyo, hagas lo que hagas.

—Lo sé, papá, gracias. Lo cierto es que estoy un poco perdida y, no tengo ni idea de lo qué voy a

hacer para encauzar de nuevo mi vida.

—Pues yo creo que la solución la tienes delante de tus narices—dijo guiñándome un ojo y señalando

al frente, justo por donde empezaba a asomar la casona entre los árboles.

Esta vez la que se quedó callada fui yo. Por lo visto, a todos les parecía buena idea que aceptara la

herencia y continuara con el proyecto de Jud. Bueno, a todos no, a Unai le daría un soponcio si al

final decidiera quedarme. Decidí dejar de pensar en ello en cuanto cruzamos la valla de madera y

nos adentramos en el prado que ya bullía de actividad.

Pepe, Paco y Eulogio, estaban instalando un toldo en la parte izquierda del prado, cerca del río, para

cubrir las neveras y las tablas de madera que hacían, a su vez, de barra improvisada de bar. Maruja,

Eudosia y Casilda, extendían un mantel sobre esta e iban depositando recipientes tapados con papel

de aluminio. No, las costumbres no habían cambiado un ápice. Fuera el día que fuera e, hicieras lo

que hicieras, nadie se iba del prado sin haberse puesto hasta arriba de delicias caseras que estas

mujeres cocinaban con todo el cariño del mundo. Mi madre no estaba...

—Ella subirá más tarde, canija. A la empanada de carne aún le faltaba una media hora, por eso no

está con las cacatúas de sus amigas.

—¡Papá! —Protesté dándole un manotazo en el brazo—. ¡No seas malo! Si ellas se enteran de lo que

acabas de llamarles...

—Bah, paparruchas, hija. ¿Acaso no tengo razón? ¿No son unas viejas cacatúas?

—Señor Aníbal, se está ganando usted el irse a casa con el estómago vacío, lo sabe, ¿verdad? —

Amenacé con guasa—. Venga, dinos qué tenemos qué hacer...

—Bien, a ver, la preñada que se siente debajo de los sauces y empiece a desenredar el batiburrillo

de guirnaldas que hay en esas cajas de cartón—dijo sin mirar a Delia que empezaba a abrir la boca

para protestar—. Aina, tú vete a ver si Manuel ha subido la escalera para colocar las bombillas en

los árboles y tú—me señaló con el dedo índice—, ¿ves las piedras que estás amontonadas a ese otro

lado? —Asentí—. Pues vete haciendo un cerco con ellas, uno grande, porque será donde se haga la

hoguera, ¿entendido? El tractor con la leña no tardará en llegar. Toma, ponte esto las manos, no

quiero que luego me culpes por estropear tu manicura—parloteo tirándome unos guantes a la cara.

—¡A sus órdenes! —Me cuadré cual militar, ahogando una carcajada al ver su cara.

—Sí, sí, a ver si dentro de un rato sigues diciendo lo mismo.

Antes de comenzar con la tarea encomendada, las tres nos acercamos a saludar a los vecinos y de

paso, a beber un poco de agua fría, acabábamos de llegar y ya estábamos muertas de sed, mal asunto.

Cotilleamos durante unos minutos con las cacatúas, como mi padre las llamaba.

Pobres, si en el fondo eran adorables. Yo, personalmente, les tenía mucho cariño, y eso que hacía

muchos años que me había ido del pueblo, pero, guardaba muy buenos

recuerdos de todos y cada uno

de ellos. Mi padre nos silbó, llamándonos a la orden, y no nos quedó más remedio que ponernos

manos a la obra.

No habían pasado ni quince minutos desde que me pusiera a colocar piedras en círculo, y ya tenía la

camiseta pegada a la espalda, cubierta de sudor. ¡virgencita del camino seco! A este paso, cuando

llegaran las ocho de la tarde iba a estar completamente deshidratada. Oí el ruido del tractor

acercarse y vi a mi padre y a Pepe caminar apresurados hacia lo que parecía ser una portilla hecha

con el somier de una cama. «¡Me cago en la puta—exclamé—, hay una portilla y yo saltando vallas!

¡Hay que joderse!». A continuación, se dejó ver lo que al parecer ellos llamaban tractor, yo desde

luego lo llamaría cualquier cosa menos eso, la verdad sea dicha. Aquel cacharro era una mezcla de

piezas de varios utilitarios. Sonreí para mis adentros, meneando la cabeza. Estos hombres eran

capaces de hacer una nave espacial con un bidón de gasolina y una caja de cerillas.

Me giré para seguir a lo mío, no fuera a ser que el sargento de mi padre se pusiera a silbar como un

loco, cuando de repente, algo llamó mi atención poderosamente. Y no, no era el perro que venía

sentado cual rey del lugar entre la leña, que también, sino el hombre que, con el torso desnudo y

perlado de sudor, conducía el cacharro.

—¡Jo-der! —Musite, casi ahogándome con mi propia saliva.

—Sí, amiga mía. Eso mismo digo yo—Aina suspiró pasando a mi lado—. Aprovecha que tu padre te

ha puesto a trabajar con él y confraterniza con el enemigo.

¡Mierda! No había caído en la cuenta de que era yo la que tendría que estar a su lado toda la tarde.

¿Cómo narices iba a soportarlo? ¡Mierda, mierda y más mierda!



14

Vi de reojo a mi padre subirse de un brinco al tractor, luego se quejaba de que a sus sesenta y dos

años le dolían las articulaciones, y se acomodó al lado del Adán de Los Sauces, dándole un cariñoso

abrazo para después indicarle con gestos algo en mi dirección. Él, obediente, hizo un par de

maniobras con el cacharro y, marcha atrás, fue acercándose hasta donde yo estaba. Disimulé

cogiendo una piedra que, por cierto, pesaba como el demonio, y con mucho esfuerzo la dejé caer al

lado de las demás. Menos mal, porque en cuanto el perro me localizó, se me echó encima

poniéndome sus patatas en el pecho, haciéndome trastabillar. Si hubiera tenido la piedra en las

manos, me hubiera caído al suelo, dándome un buen culazo. Afortunadamente para mí, no fue así.

Acaricé al animal, que por lo visto me había cogido cariño, no como su dueño, y dejé que me

llenara la cara de babas con su lengua rasposa.

—Ya, Trueno, déjame—dije riéndome con ganas.

Alcé la mirada del chucho y automáticamente la garganta se me secó. Unai me contemplaba entre

divertido y sorprendido.

Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y su boca ladeada en una media sonrisa, me fascinó,

dejándome agilipollada perdida, para qué mentir.

Llevaba unos pantalones verdes caqui, de estilo militar, que le llegaban a la altura de las rodillas.

De cintura para arriba, sólo la piel. Esa piel morena, tostada por el sol que te apetecía acariciar y

sobar hasta la saciedad, la verdad. Una gorra de camuflaje cubría su cabeza, con la visera hacia

atrás, permitiéndome ver un brillo en sus ojos que no había visto hasta ese momento. Un cosquilleo

recorrió mi espalda y el corazón me golpeó en el pecho con fuerza. ¿Qué me estaba pasando? Porque

juro que, nunca, en mis treinta y siete años de vida, había sentido nada igual.

¡Jamás! ¿Debía empezar

a preocuparme? Un carraspeo a mi lado me trajo de vuelta, advirtiendo la presencia de mi padre que,

con una de sus cejas perfectamente arqueada, nos miraba a uno y a otro.

—¿Vais a seguir mirándoos durante mucho más tiempo? —Exclamó—. Lo digo porque hay mucho

trabajo por hacer...

—Tiene razón, señor Aníbal. Perdona, pero es que me he quedado sorprendido por la reacción de mi

perro al ver a su hija. Él no suele ser tan efusivo con la gente que no conoce.

—Ya, sí, el perro... Canija, en cuanto termines de colocar las piedras ayúdas a Unai con la madera—

asentí muerta de vergüenza al darme cuenta de que mi progenitor había sido testigo directo del

escaneo corporal que le hice al... al...—Muchacha, ¿se te ha comido la lengua el gato? —Negué con

la cabeza—. ¿Estás segura? —Insistió para mi desgracia, con sorna. Volví a asentir—. Bien, pues si

necesitáis algo ya sabéis donde encontrarme—dijo girando sobre sus talones, dejándonos solos.

—Trueno, traidor, ven aquí y deja que pecas siga con su trabajo—el perro acató la orden al instante,

liberándome de sus patas—. Por cierto, las piedras están demasiado cerca de los matorrales—espetó

—. Debes llevarlas a esa otra zona—indicó con el dedo índice—. ¿Lo ves?

Cerca del río y lo más

alejadas posibles de cualquier cosa que pueda arder con facilidad. Deberías saberlo.

—Lo que tú digas, sabelotodo.

Sin decir nada más, comencé a coger las piedras de nuevo para trasladarlas hacia donde él me había

indicado. Menos mal que la hoguera no iba a ser muy grande, de lo contrario iba a terminar con una

buena riñonada, porque las putas piedras pesaban como el plomo.

El calor era asfixiante y notaba las gotas de sudor deslizarse por mi espalda. ¡Joder, y el muy cabrón

apoyado en el tractor sin quitarme los ojos de encima! En realidad, no sabía si el calor que tenía era

por el esfuerzo que estaba haciendo o por sus miradas.

—¿Vas a tardar mucho? —Indagó.

—Lo que haga falta. Por qué, ¿tienes mucha prisa?

—La verdad es que no, pero, la hoguera de San Juan es mañana, no dentro de dos meses—ni me

molesté en contestar—. Oye, vas a fastidiar la espalda si sigues cogiendo las piedras así, deberías

flexionar un poco más las rodillas.

—Me estás tocando un poco las pelotas, listillo. En lugar de estar ahí de brazos cruzados criticando

todo lo que hago, podrías estar echando una mano, ¿no crees? —Rugí

mirándole por encima del

hombro—. ¡No me lo puedo creer! ¿Me estás mirando el culo? —Solté la piedra que llevaba en las

manos y la dejé caer para encararme a él.

—No sólo el culo, también las piernas.

—¡Pues no me mires! —Siseé.

—¿Por qué? ¿Te pongo nerviosa? —Dijo acercándose a mí lentamente. El tono ronco de su voz me

erizó la piel.

—¡No, los mirones como tú sólo consiguen ponerme furiosa!

—¿Estás segura? Porque el pulso aquí te late muy rápido, pecas...—posó su mano con suavidad

sobre mi cuello y con parsimonia acarició la zona donde el pulso me latía desenfrenado.

No sé si alguien de los allí presentes estaba pendiente de nosotros, pero, sinceramente, me daba

igual. En aquel momento sólo podía mirar sus ojos que me tenían hipnotizada y, sentir sus cálidos

dedos haciendo círculos sobre mi piel ardiente. Si me ponía de puntillas y alzaba un poco la cabeza,

podría hasta rozar sus labios. Unos labios que se torcieron en un gesto pícaro, pareciendo adivinar lo

que estaba pensando.

¿Quería jugar? Muy bien, porque hasta donde yo recordaba, no se me daba

mal aquel juego.

Cierto que estaba desentrenada, pero, todo era cuestión de ponerse, ¿no? Posé la mano sobre su

estómago y la deslicé hacia arriba muy lentamente, acariciando, por fin, esa piel sedosa que, con su

calor, parecía alentarme a que siguiera adelante. Al instante, noté claramente como su respiración se

agitaba debajo de la palma de mi mano, y me acerqué un poco más, acortando la distancia entre

ambos. Nuestros pechos, subían y bajaban prácticamente a la vez, siguiendo un mismo ritmo. El de

dos corazones que bombeaban al unísono. Cerró los ojos un segundo, y cuando los volvió a abrir, sus

pupilas estaban dilatadas y cargadas de deseo, supongo que igual que los míos... Debía frenar

aquello, o de lo contrario...

—Dime, Unai—le susurré con voz aterciopelada al oído—. ¿De veras te parece que estoy nerviosa?

—Musité humedeciendo los labios con la punta de la lengua—. ¿No será al contrario? Porque parece

que te cuesta respirar un poquito.

—Eres una pirómana, pecas, estás jugando con fuego. Y ya sabes lo que dicen respecto a eso...

—¿Que el que juega con fuego se quema?

—Exacto.

—Pues entonces ten cuidado, Unai, no vayas a quemarte, porque esta es la segunda vez que enciendes

una cerilla cerca de mí y, al final, no me va a quedar más remedio que pensar que mentiste cuando

dijiste que las mujeres casadas no te interesaban.

Tus señales son contradictorias, chato. Ahora, si me disculpas, tengo trabajo que hacer. Si no piensas

ayudar, al menos déjate de tocar los cojones—me di la vuelta y caminé hasta mi zona de trabajo,

ahogando una carcajada. Me sentía tan, tan bien por aquello...

Diez minutos después, lo tenía a mi lado doblando el espinazo, ayudándome a hacer un cerco

perfecto con las piedras. No volvimos a cruzar una palabra en toda la tarde. Ojalá pudiera decir lo

mismo de los roces o las miradas... Cada vez que él se agachaba delante de mí para hacer algo, no

podía evitar que los ojos se me fueran en la dirección de su firme trasero. Igual que lo pillé a él

varias veces mirándome las tetas, o la boca. Por no decir de todas las veces que nuestras pieles se

rozaron al colocar la madera... Reconocer que un calambre recorría mi espina dorsal cada vez que

eso sucedía, era quedarse corta. Sí, iba a necesitar una buena ducha cuando llegara a casa. Y, no, la

bombona de gas no iba a hacer falta, ya me encargaría yo de calentar el agua con mi temperatura

corporal.

Llegamos a casa pasadas las diez de la noche, después de dejar todo perfectamente preparado para el

día siguiente y, después de degustar las delicias que habían preparado las señoras del pueblo:

Tortilla de patata, croquetas de jamón, empanadas de atún, de carne... Esta última hecha por mi

madre, a la que, por cierto, ni siquiera me acerqué a saludar.

Si ella no se bajaba de la burra, yo mucho menos. Sí, tozudas como nosotras solas, pero,

sinceramente, yo estaba en todo mi derecho de serlo.

Estaba agotada, extenuada a más no poder. No sólo por el esfuerzo físico realizado, sino también por

la tensión que sentí estando en todo momento acompañada por Unai. Sí, entre nosotros había algo

electrizante que casi podía llegar a cortarse con un cuchillo. Una mezcla de tensión sexual,

resentimiento, deseo... yo que sé, no sabía explicarlo con exactitud, la verdad sea dicha. Pero que

algo se mezclaba en el ambiente cuando estábamos juntos, sí, de eso no tenía ninguna duda. Y por si

acaso la tenía, que ya digo que no, ya se encargaban mis amigas de disiparla, eso sí, con mucha,

mucha guasa.

—Delia—dijo Aina en cuanto cruzamos el umbral de la puerta y nos

sentamos alrededor de la mesa

en la cocina—, ¿no has notado esta tarde algo extraño allí arriba?

—¿A qué te refieres? —indagué preocupada. Yo no había notado nada raro.

—¿Algo extraño? Hummm, déjame que piense—contestó dándose golpecitos con el dedo en la sien

—. A ver, a ver... ¿Te refieres a la misteriosa subida de temperatura en la zona en la que trabajan

Ruth y Unai? —Vale, ahora ya sabía por dónde iban los tiros.

—¡Sí, exacto! ¿Crees que se deberá al calentamiento global? —Se burló.

—Puede ser... Aunque para ser sincera, pienso que esa subida de temperatura tuvo mucho que ver

con un acercamiento entre dos sujetos, ya sabes, dos cuerpos que se atraen pero que también se

repelen, como los imanes, una cosa de esas raras, chica. Tú ya me entiendes...

—Sí, sí, sé lo que quieres decir. ¿Tú no notaste nada, Ruth? —Me crucé de brazos y achiqué los

ojos, amenazante—. Fíjate que hasta me pareció ver tocamientos, Delia, de hecho, creo que a la

señora Maruja ha estado a punto de darle un sofoco de esos cuando vio a uno de los sujetos toquetear

el estómago del otro.

—¡Ya está bien! ¡Basta! —Farfullé—. No me hace ninguna gracia que os burléis así de mí.

—Muy bien, entonces cuéntanos ahora mismo qué narices ha pasado allí

arriba para que medio

pueblo sintiera la necesidad de tirarse de cabeza al río para refrescarse después de veros juntos a ti y

al que según tú, te odia.

—¿Qué la odia? ¡Puf, menuda chorrada! —Delia apoyó la mejilla en la palma de la mano y me miró

con sorna.

—¡Pues qué va a pasar! Que ese zopenco no dejaba de tocarme las narices poniendo pegas a todo lo

que hacía. Además, no dejaba de mirarme el culo...

—Ya... y pensaste que, si te acercabas y lo ponías más caliente que el pico de una plancha dejaría de

hacerlo, ¿verdad? —Se mofó Aina.

—Al menos así le nublaría la vista—soltó Delia, seria. Resoplé.

—Lo qué pasó, fue que insinuó que su aproximación y sus miradas me ponían nerviosa.

Es un gallito de corral que se piensa que con un solo toque todas las gallinas del gallinero cacarean a

su alrededor—exclamé molesta—. Desde que me escuchó decirle a Jud en el cementerio que me

sentía atraída por él, no deja de buscarme. No sé qué mierda intenta demostrar, pero conmigo lo

lleva claro. Por eso hice lo que hice.

—Pues, chica, casi conseguís que la madera del tractor ardiera sin necesidad

de gasolina. Menuda

escenita os montasteis...— Delia se abanicó el rostro con las manos.

—¿Y no te has parado a pensar que, tal vez, cuando está cerca de ti no puede resistir la tentación de

insinuarse? No sé... cuando éramos adolescentes y él estaba loco por ti, lo hacía continuamente.

—Eso fue hace muchos años, Aina, él era un niño. Es imposible que después de todo este tiempo

siga sintiendo algo por mí. ¡Es absurdo lo que insinúas!

—El primer amor nunca se olvida, y tú querida amiga, fuiste el primer amor de Unai, aunque no le

correspondieras. Lo que está claro—siguió diciendo Aina—, es que entre vosotros dos hay mucha

tensión sexual. Y ni se te ocurra decirme que no.

—Puede ser...—Murmuré. Ellas pusieron los ojos en blanco—. Sí, vale, sí, hay tensión sexual, ¿y

qué?

—¿No te gustaría liberarla?

—Dios mío, Aina, ¡estás como un cencerro! Por si no lo recuerdas, estoy casada...

—Como si no lo estuvieras—replicó Delia cortándome—. Olvídate del franchute. Para nosotras él

ya no existe.

—¡Ojalá fuera tan fácil! También está todo el tema de la herencia, los

malentendidos, los rencores...

Ah y no nos olvidemos de Minerva, la chica con la que sale. Lo siento, pero no, me niego.

—Qué manera de complicarte la vida, chica. Con lo sencillo que sería que aceptaras la herencia, te

mudaras a la preciosa casita de Jud, convivieras con él, ya sabes que el roce hace el cariño, y entre

los dos cumplirais el sueño de nuestra amiga. ¿Verdad, Delia?

—Síiiii, sería tan romántico—dijo ésta suspirando—. Puede que él sea tu amor verdadero, Ruth,

piénsalo.

—¡Madre de Dios! ¡Estáis peor de lo que pensaba, de verdad! Paso de escucharos más, me voy a la

cama que estoy muerta de cansancio.

—Nunca te tuve por una cobarde, Ruth...

—No lo soy, Aina, te lo aseguro. Lo que pasa que estoy cuerda y vosotras dos—las señalé

levantándome de la silla—, estáis como putas cabras—. Todavía seguían descojonándose de risa en

la cocina cuando entré en el cuarto de baño.

Me desvestí y me di una ducha rápida, para refrescarme. El día había sido muy caluroso, en todos los

sentidos, y lo necesitaba.

Ya en la habitación, me puse el pijama y me cercioré de cerrar bien la

ventana.

Tenía sueño, pero, mi mente, que era una cabrona, no dejaba de pasar una y otra vez, ante mis ojos,

imágenes de esta tarde al lado de Unai y, sentí una vergüenza terrible. No por lo que había hecho, no,

por eso no, más bien por el hecho de que medio pueblo lo hubiera presenciado. En su momento no me

importó, porque una vez metida en situación pues, de tirados al río, pero ahora, después de habérselo

oído decir a mis amigas, me sentía fatal. Menos mal que en aquel momento mi madre no pululaba por

allí, de lo contrario a saber lo que hubiera sido capaz de hacer la mujer.

De no haber puesto el freno a tiempo, ¿qué hubiera pasado? ¿Nos hubiéramos dejado llevar por el

momento “hot”? Dios, sólo de imaginarme entre sus brazos siendo devorada, a su vez, por su boca,

me hacía sudar de nuevo. Tenía que reconocer que me había quedado con ganas de averiguar a qué

sabían sus labios... Cerré los ojos, ¿en qué me convertía eso? Estaba casada, con planes de divorcio

y, deseaba a un hombre que en otro tiempo me parecía horroroso y no soportaba. ¿Seguro que yo era

la más cuerda de las tres? ¡Ja!

Después, estaba la insistencia de mis amigas porque aceptara la herencia y me hiciera cargo, junto

con él, de finalizar el proyecto de Jud y cumplir así el sueño de nuestra amiga. Tratando de

convencerme asegurando que, probablemente, esa era la mejor oportunidad que tenía para empezar

de nuevo y encauzar mi vida. ¿Lo era?

¿Era mi oportunidad? ¿Mi tabla de salvación?

Podía averiguarlo si me quedaba y decía que sí, que adelante. Pero ¿estaba preparada para afrontar

algo tan grande? ¿No sería demasiado para mí? Y lo más importante, ¿estaba dispuesta a compartir

mi día a día con un hombre que me ponía cardíaca con sólo su presencia? ¿Con un hombre que, por

lo visto, me detestaba y me deseaba a partes iguales? No, aquello era una locura y lo mejor que

podía hacer era renunciar, cederle mi parte a Unai, porque no me parecía correcto venderle algo que,

por lazos de sangre, era más suyo que mío y desaparecer. «Sí, eso haría», me dije a mí misma

quedándome dormida.

—*Ruth, vamos, acompáñame.*

—*¿Adónde?*

—*Hay algo que quiero mostrarte, venga, apúrate.*

—*Jud, aún es de noche, y si se enteran de que hemos salido se enfadarán.*

—*Si nos damos prisa nadie se enterará...*

Accedí a regañadientes y me vestí con lo primero que pillé para, a continuación, tomar la mano

que mi amiga me tendía. La oscuridad de la noche y una niebla espesa cubría Los Sauces

impidiéndome ver a dónde nos dirigíamos. Dimos unos pocos pasos y, de repente, estábamos en

las ruinas del castillo. Jud tiraba de mí con fuerza, ayudándome a subir a lo más alto. A la torre

de piedra cubierta de enredaderas y matojos donde había una pequeña explanada.

—Mira allí abajo, ¿lo ves? —Me dijo señalando a un lugar en concreto.

—No veo nada, hay mucha niebla, Jud.

—Abre los ojos, Ruth—ordenó. Lo hice.

Ni siquiera me había dado cuenta de que los tenía cerrados. Automáticamente se hizo de día y la

niebla se disipó dejando a la vista, frente a mí, la finca Las Libélulas.

—¿La estás viendo?

—Sí—musité.

—¿Y qué te parece?

—Desde aquí arriba se ve preciosa, Jud. Me encanta...

—¿De verdad te gusta? —Asentí—. Pues ahí está tu nueva vida, Ruth. Sólo tienes que bajar y

empezar a construirla. Yo ya te he dado las herramientas que necesitabas, ahora te toca a ti hacer

el resto.

*—Pero yo no...—Angustiada vi cómo se alejaba de mí—. ¡No te vayas! —
Grité—. ¡No me dejes*

sola!

*—Mira a tu alrededor, Ruth, no estás sola—dijo antes de desaparecer por
completo.*



15

Me desperté de golpe, sollozando, angustiada y me incorporé en la cama tratando de respirar. Me

faltaba el aire. La sensación de ahogo era tan grande que tuve que levantarme de la cama y abrir la

ventana de par en par. Entonces sí, un viento fresco me dio de lleno en la cara y automáticamente abrí

la boca para llenarme de él. Estaba amaneciendo, no debía de ser más de las seis de la mañana y

sólo se oían los sonidos de la naturaleza: el agua del río, las ramas y las hojas que el viento movía

ligeramente, algún gallo madrugador... Me centré en cada uno de esos sonidos, tratando de averiguar

a qué pertenecían y así tranquilizarme. No lo conseguí. El sueño... Jud...

Sin pararme a pensar en lo que hacía me puse los playeros y, salí de la habitación intentando hacer el

menor ruido posible para no despertar a mis amigas. Tratar de bajar las

escaleras en silencio resultó

ser una tarea complicada. Estas eran de madera vieja y, cada dos por tres, allí donde apoyaba el pie,

crujían, obligándome a quedarme quieta unos segundos para cerciorarme de que todo seguía en

silencio y que ellas dormían. Finalmente, conseguí salir a la calle sin que nadie se diera cuenta.

Una vez fuera, miré a un lado y a otro del pueblo y, con determinación, enfilé la carreta hacia arriba,

la misma que llevaba a la finca.

La misma que me llevaría a las ruinas que hacía demasiados años que no pisaba. No sé por qué,

pero, sentía la necesidad de subir allí y comprobar por mí misma si lo que había sentido en el sueño,

dormida, también lo sentía estando despierta. No, no me refería a la angustia de ver que Jud se

alejaba de mí dejándome sola, no. Me refería a la sensación de paz que recorrió mi cuerpo cuando

clavé la mirada en la finca, en Los Sauces.

Puede que, en otro momento, en otras circunstancias, subir a las ruinas a estas horas, cuando todo el

mundo dormía, me hubiera dado miedo, pero hoy no. Hoy ni siquiera pensaba en el miedo. En

realidad, actuaba sin pensar en nada que no fuera estar ahí arriba y sentir. Cuarenta minutos después,

cruzaba la valla que rodeaba el perímetro de las ruinas y llegué a la torre de piedra. El lugar en el

que Jud me había mostrados lo que, según ella y las demás, era mi nueva vida.

Como pude, trepé por las piedras que, estaban algo resbaladizas por culpa del rocío de la noche y

del musgo que las cubría. Por dos veces estuve a punto de caerme, llenándome las piernas de

rasguños con cada intento. Pero, como a cabezota no hay quien me gane, finalmente logré mi objetivo,

eso sí, con mucho, mucho esfuerzo. Ya arriba, en la explanada, me acerqué al borde, resollando.

Dios, estaba demasiado mayor como para ir escalando torres derruidas a lo Lara Croft. Recuperé el

aliento poco a poco, mientras embelesada contemplaba despuntar el día y, pensé en Jud.

Sus rincones favoritos del pueblo eran: los sauces de la orilla del río y este. Precisamente porque

desde cualquiera de ellos, las vistas de lo que para ella era su sueño, eran espectaculares. Siempre

que subíamos aquí, se sentaba justo donde yo estaba ahora y, tranquilamente podía pasarse horas

mirando hacia abajo, soñando despierta con que algún día la casona y todo lo que la rodeaba, sería

suyo. Trazaba planes de lo qué haría con cada rincón. Como, por ejemplo: hacer de las cuadras una

bonita casa donde poder vivir; poner un balancín en la parte trasera de la casa, debajo de los

castaños; Colocar en la parte delantera mesas redondas, con las patas de forja negra y sillas a juego;

muchas flores de distintos tipos y diferentes colores. Se me encogió el alma al pensar en lo cerca que

había estado de lograrlo y que una puta enfermedad lo hiciera todo añicos en cuestión de poco

tiempo. ¡Puto destino que tenía para ella planes distintos!

Y ahora, aquí estaba yo, contemplando lo mismo que ella contempló durante años, pensando en los

planes que ella hizo y, planteándome seriamente llevarlos a cabo en su lugar. Matando así dos

pájaros de un tiro. Cumplir su sueño y, comenzar yo una nueva vida. Para mi sorpresa no me angustió

pensar en ello, al contrario. Estaba tranquila, serena, en calma.

Por primera vez desde que recibiera la carta de Jud y todo esto comenzara, sentía que estaba en el

lugar que debía estar, haciendo lo que tenía que hacer. Que probablemente, todo tuviera un por qué,

que la cosas en la vida pasaban por algo y que, sólo había una manera de comprobar si este era mi

sitio o no.

¿Tenía dudas? ¿Inconvenientes? Sí, evidentemente. Doña Emilia y Unai. Dos dudas y dos

inconvenientes con nombre propio y personalidad complicada. ¡Casi nada!

Sinceramente, mi madre era la que menos me preocupaba porque si me lo proponía apenas la vería,

ella estaría en una punta del pueblo y yo en otra. Además, esperaba de corazón que ella

recapacitara y que nuestra relación llegara a ser por lo menos, cordial. A pesar de todo lo

que había hecho, no dejaba de ser mi madre y aunque me fastidiara que se metiera en mi vida y

demás, la quería. Sí, no tenía ninguna duda de que el tiempo pondría cada cosa en su sitio.

En cambio, Unai, ¡uf! Con él ya lo tenía más complicado, la verdad. Y todo por un malentendido que

nada tenía que ver con él, pero que, por lo visto, lo había hecho suyo de tal manera que ahora su

resentimiento hacia mí parecía un obstáculo difícil de subsanar. Tendría que intentar de

alguna manera acercarme a él. Que viera que las opiniones que pudiera haberse formado sobre mí no

eran tales, que ni era interesada y mucho menos materialista. Que, si estaba aquí, era porque el

destino y Jud, así lo habían querido. Sería un proceso largo y lento, pero no dudaba que, de nuevo

con el tiempo, pudiéramos llegar a ser amigos. Bueno, eso suponiendo que tanto él como yo

consiguiéramos hacer oídos sordos y dejar a un lado esa atracción, energía,

química, o lo que fuera

que parecía consumirnos cada vez que estábamos juntos.

En fin, ¿no se trataba de eso la vida? ¿De ir superando pruebas? Pues entonces, a partir de ese mismo

instante, yo estaba más que dispuesta a superar todas las que tenía por delante, que no eran pocas, y

demostrarme a mí misma y al mundo entero que nunca era tarde para empezar de nuevo. Que nunca

era tarde para conseguir lo que realmente anhelamos. Que nunca era tarde para vivir. Y de eso se

trataba, sobre todo, de vivir. De vivir por fin la vida que yo quería, la que yo eligiera, no la que me

impusieran. Si para ello tenía que quedarme en Los Sauces y pelarme día sí y día también con mi

madre y con Unai, lo haría. ¿Por qué? Porque, nunca, jamás, nadie que no fuera yo, me haría desistir

de hacer lo que me diera la real gana.

Cerré los ojos y evoqué la imagen de mi amiga, la misma del sueño, justo antes de dejarme sola aquí

arriba y, en silencio, le hice una promesa. Prometí seguir adelante con su sueño y con mi vida. Y

prometí no rendirme, aunque esa vida, se me fuera en ello. Después, acaricié la libélula que

descansaba en mi muñeca y susurré un: «te quiero, Jud», que el viento se encargó de llevar a dónde

quiera que ella estuviera. Luego, me bajé de allí y regresé a casa.

No fui consciente de las trazas que llevaba hasta que al llegar a casa y entrar, mis amigas salieron de

la cocina y me miraron horrorizadas.

—¡Virgen Santa! —Exclamó Aina nada más verme—. ¿Se puede saber de dónde vienes a estas horas

y en pijama? Pensábamos que estabas dormida... ¡Joder, Ruth, mírate! ¿Qué te has pasado en las

piernas? ¿Te has caído?

—Voy a hacerlo—dije contundente.

—¿Qué cosa, cielo? —Los ojos de Delia fueron a los de Aina y a la inversa, con preocupación—.

¿Te encuentras bien?

—Jud me lo dijo anoche, no estoy sola. Y.... voy a hacerlo.

—Vale... Eh, tesoro—Aina se acercó a mí y me pasó una mano por la cara, con ternura—, ¿te has

comido alguna planta rara? ¿Te ha picado un bicho venenoso?

—Nada de eso, chicas. Veréis—pasé al lado de ellas y me senté en una de las butacas de Skay

granate que había en la pequeña salita—. Anoche me quedé dormida enseguida y, soñé con Jud....—

les relaté el sueño y mi escapada de después—. Y entonces, he decidido aceptar mi parte de la

herencia y seguir adelante con el proyecto de nuestra amiga—concluí.

—¿Has subido a las ruinas sola y en pijama? ¡Por Dios, Ruth! ¿No podías habernos despertado o

esperar a que se hiciera de día?

—¿Has escuchado lo que acabo de decir, Aina?

—Perfectamente, pero tienes que dejar de desaparecer cada dos por tres sin pararte a pensar en las

consecuencias que ello podría acarrear—espetó molesta—. ¿Y si te hubieras encontrado con alguien

allí arriba?

—Vale, tienes razón, lo siento. No me paré a pensar, ya sabes cómo soy... Estoy bien, quédate con

eso, ¿vale?

—Entonces, ¿vas a hacerlo? —Preguntó Delia conteniendo una sonrisa que dejó escapar en cuanto

asentí—. ¡Eso es maravilloso! —Aplaudió entusiasmada—. Me alegra tanto que lo hagas... Saber

que estarás aquí, en la finca Las Libélulas, entre las cosas de Jud... no sé, me parece algo tan

bonito.

—Bueno, sería más bonito aún si vosotras también aceptarais vuestra parte, pero ya sé que no puede

ser...

—Cielo, tienes que entender que nosotras no podemos dejar nuestra vida, así como así, sobre todo

Delia que tiene una familia que aumentará en unos pocos meses. Pero, te apoyaremos y, por mi parte,

promete venir a verte muy a menudo—se arrodilló en suelo, frente a mí—. Delia tiene razón, es muy

bonito lo que vas a hacer, no tengo ni idea de si Jud era consciente de lo que hacía al nombrarnos sus

herederas. Quiero pensar que sí, porque al hacerlo nos ha vuelto a unir. Gracias a ella

volvemos a estar juntas. Y juntas estaremos el quince de agosto para cumplir con su última voluntad

y encargarnos del picnic de las fiestas patronales. ¿Verdad, Delia?

—Sí, por supuesto, yo también prometo cumplir con esa parte.

—Sé de uno al que le va a dar un patatús cuando se entere—Aina sacudió las manos con dramatismo,

arriba y abajo.

—¿Uno? Más bien tres...—se carcajeó Delia—. La señora Emilia, el franchute y el que todas

sabemos, Unai.

—¿Cuál es el plan? ¿Cómo vas a hacerlo? ¿Te quedarás sólo hasta concluir el proyecto de Jud, o te

quedarás indefinidamente?

—Ojalá lo supiera, Aina. En estos momentos tengo la cabeza hecha un lío, lo único que tengo claro

es que voy a hacerlo, lo que pase después, Dios dirá.

—Paso a paso, Ruth, no te agobies...

—¿Qué no me agobie? Estás pidiendo un imposible, Delia, hay tanto por hacer... Tantas decisiones

que tomar...

—Bueno, para empezar, vas a subir y vas a darte una ducha, tienes un aspecto horrible. Seguro que tu

padre estará al caer y no querrás que te vea así, ¿verdad?

—No, si me viera con estás pintas y con estos arañazos en las piernas, se preocuparía. Ayer le pedí

que me trajera la ropa que dejé en casa antes de irme. Lo que me traje de París es demasiado

elegante para el día a día de Los Sauces y, la necesito.

—Venga, mientras tú te das esa ducha, nosotras terminaremos de preparar el desayuno, apúrate.

Media hora después, estábamos las tres sentadas a la mesa de la cocina degustando pan tostado con

mantequilla y miel y un buen tazón de café recién hecho. Hablamos de lo que haríamos el resto del

día y acordamos pasarlo en plan relax, ahorrando energías para la gran noche de la hoguera de San

Juan.

No es que fuera a ser una noche de desfase, para nada.

Pero como hacía muchos años que no asistíamos juntas a una de las verbenas estivales más

importantes del pueblo, pues estábamos un pelín emocionadas y por qué no decirlo, nerviosas,

cavilando a cuántas personas de las que vendrían de los pueblos colindantes reconoceríamos. Mi

padre llegó un rato después con mis escasas pertenencias y Aina y Delia nos dejaron solos.

—Papá, ¿recuerdas que ayer te comenté que había heredado una parte de la finca de Jud?

—Sí, canija, lo recuerdo perfectamente. ¿Por qué?

—Bueno, verás... Ya sabes que la idea que Jud tenía para la finca era convertir la casona en una

posada. Cuando empezó con el proyecto fue cuando le diagnosticaron la enfermedad y, éste quedó a

medias por lo que ocurrió.

—Ajá, ¿por qué no vas al grano? Me estás poniendo nervioso, muchacha.

—El caso es que, como voy a divorciarme de Jean Paul y no tengo ningún interés en volver a París,

había pensado aceptar mi parte de la herencia y continuar con el proyecto de Jud hasta terminarlo—

sus ojos se agrandaron por la sorpresa.

—¿Quiere eso decir que vas a quedarte en Los Sauces?

—Eso es, papá. Voy a quedarme una temporadita por aquí...

—Gracias a Dios, hija mía, y bendita sea esa muchacha por darme la oportunidad, al nombrarte una

de sus herederas, de recuperar a mi canija—sus ojos se llenaron de lágrimas y yo también me

emocioné. Sí, a pesar de la desgracia de haberla perdido, iba a tener que darle las gracias a Jud por

muchas cosas. Principalmente por haber me obligado a abrir los ojos.

Al igual que mis amigas, mi padre también me preguntó cuál era el patrón que seguir. Si Unai ya lo

sabía y si iba a instalarme de nuevo con ellos en casa. A esto último contesté rotundamente: «¡Ni

loca!». A lo demás, que no tenía ni idea y que esperaría al lunes para ver cómo se desarrollaba la

reunión. Eso sí, le pedí el favor de que no dijera nada en casa ni a nadie del pueblo, ya me encargaría

yo de dar la noticia. Cuando se marchó, como estaba sola porque Aina y Delia habían salido a dar un

paseo, me encerré en la habitación, cogí un bolígrafo que siempre llevaba en el bolso, el diario que

guardaba en el primer cajón de la mesita de noche y me senté frente a la ventana dejando que mis

ojos vagaran a sus anchas por el paisaje que tenía en frente. Los sauces, el río y la finca Las

Libélulas. Lo abrí por la última página.

23 de junio de 2016

« Hace muchos años que dejé de escribir en este diario las cosas que me parecían importantes de

mi vida. Hoy vuelvo a hacerlo porque he tomado una decisión que espero no sea un error y me

ayudé a encauzar mi existencia. No sé si lo que voy a hacer será la solución o la oportunidad que

necesitaba para ello, pero voy a intentarlo con todas mis fuerzas. Por ella. Por mí. Por las dos.

Puede que esté cometiendo una locura, aun así, estoy dispuesta a llevarla a cabo hasta las últimas

consecuencias porque así lo he decidido. Soy consciente de que me estoy metiendo en, como diría

la señora Emilia, camisas de once varas, me da igual. ¡No tengo nada que perder y sí mucho que

ganar! ».

Por la noche, una vez que terminamos de cenar y recogimos la cocina, cada una metió en el bolsillo

del pantalón un papel con sus deseos para ser quemados, como mandaba la tradición, en la hoguera y

salimos por la puerta dispuestas a disfrutar a tope de la verbena. Llegamos al prado que, ya

estaba bastante lleno de gente, y nos acercamos a la barra de bar a pedir unas cervezas. Mientras

Pepe nos las servía, paseé la mirada entre el gentío. El señor Eulogio, ya ocupaba su lugar en el

pequeño escenario improvisado para la ocasión y se preparaba para deleitarnos con su acordeón.

Maruja, Casilda y mi madre, ataviadas con sus mejores galas, estaban sentadas a una mesa, tomando

unos vinos e, imagino, cotilleando, para no perder la costumbre. Un grupo de gente, mayor, a los que

no reconocía, reían ante el comentario de alguno de ellos. Busqué a mi padre, lo vi en el lugar

dispuesto para la hoguera acompañado de Unai que, en ese momento, de espaldas a mí, le apoyaba la

mano en el hombro, con cariño. El corazón me dio un vuelco y me puse nerviosa. Los efectos que él

causaba en mí cuando lo tenía cerca, me acojonaban, para qué mentir.

—Perdona—me dijo un hombre de unos cuarenta años, moreno, de ojos negros—, ¿Ruth? —¿De qué

me conocía aquel tipo?

—Eh... Sí, la misma. ¿Nos conocemos?

—Soy David, veraneaba en el pueblo de al lado, ¿me recuerdas?

—¿David? ¿El nieto de la señora Concha? —Él asintió mostrándome sus perfectos dientes blancos

—. ¡Madre mía, no me lo puedo creer! ¿Cómo...? ¿Cuándo...? —Pregunté después de darle un par de

besos en la mejilla y un abrazo.

—Llegué hace un par de días y mis padres me convencieron para que los acompañara. Si llego a

saber que te encontraría aquí, no me hubiera hecho tanto de rogar—sonreí como una boba—. ¿Puedo

invitarte a tomar algo?

—Acabamos de pedir unas cervezas—dije señalando a Aina y Delia que nos miraban con interés—.

Chicas, ¿os acordáis de David? El chico que veraneaba en la Fócara, ya sabéis...

—Ahhh, ese David—murmuró Delia.

Mientras ellos se saludaban, miré de nuevo hacia donde estaba mi padre y, la sonrisa se me congeló

en la boca al ver que Unai, con las manos apoyadas en las caderas, me fulminaba con la mirada.

«¡Mierda!», me dije en cuanto lo vi caminar en nuestra dirección con aquella cara de pocos amigos

que no presagiaba nada bueno. ¿Qué mosca habría picado ahora a este?



16

Antes de que llegara hasta donde nosotras estábamos, tuve la gran oportunidad de escabullirme

cuando mi padre me hizo un gesto con la mano, instante que aproveché para ir a saludarlo y así no

tener que enfrentarme a él. Porque si de algo estaba segura, era que el Adán

de Los Sauces, no venía

precisamente en son de paz. Me lo decía el rictus de su cara, la tirantez en su mandíbula, la frialdad

en sus ojos. El porqué de ese cambio en su persona, cuando momentos antes cariñosamente hablaba

con mi padre, lo desconocía. Y de momento, prefería seguir sin saber nada, aunque imaginaba que

todo se debía a mi presencia aquí. No era por cobardía, que va, más bien era que no quería montar

una escena delante de tanta gente y ser la comidilla de todo el pueblo durante días. Digamos que

prefería ser prudente a quedar en evidencia.

Mi padre, con su inseparable sonrisa, me guiñó un ojo en cuanto estuve a su lado y me dio un beso en

la frente. Junto a él estaban algunas personas del pueblo a las que todavía no había tenido el placer

de ver y las saludé afectuosamente. Luego nos separamos un poco para tener algo de intimidad.

—Canija, ¿has ido a saludar a tu madre?

—No—contesté tajante.

—¿Y no crees que deberías hacerlo? La gente se preguntará por qué ni siquiera te has acercado a

ella.

—Lo siento, papá, pero no pienso hacerlo. Lo que la gente se pregunté me da igual.

—Está bien, como quieras—dijo mirando el reloj de pulsera de su muñeca—. Casi es la hora de

encender la hoguera—buscó a Unai y le hizo una señal—, ¿bailarás una pieza conmigo más tarde?

—Claro que sí, papá, cuenta con ello— contesté más pendiente de Unai que de otra cosa,

quedándome sola allí en medio del prado.

¿Qué estaría diciéndole a Delia y Aina? Lo miraban como si fuera un Dios o algo así. Asentían con la

cabeza... Una le tocaba un brazo mientras soltaba una carcajada... La otra lo miraba embelesada...

Las tenía totalmente en el bote. David prestaba atención a la conversación, pero, su semblante estaba

serio. Desde donde yo me encontraba, daba la sensación de que el pobre se sentía fuera de lugar y me

dio penilla de él. Por lo visto Unai era amable con todo el mundo menos con el recién llegado y

conmigo.

Se giró una vez que se despidió del grupo y sus ojos automáticamente se posaron en mi persona,

como si en todo momento supiera con total exactitud donde me encontraba. El calambre que sólo

hacía acto de presencia cuando él estaba cerca, recorrió mi espina dorsal y los latidos de mi corazón

aumentaron de intensidad.

Me quedé quieta, esperando lo inevitable. Con cada paso que él daba, mi nerviosismo aumentaba. La

sensación de que varios pares de ojos estaban al acecho para no perderse nada, me puso tensa.

¡Joder, si hasta me costaba respirar con normalidad! Cuando apenas nos separaban unos metros, sus

labios se curvaron en una sonrisa sincera, iluminando sus ojos color miel que, aligeró un poco el

nudo que tenía plantado en el estómago, desconcertándome. ¿Qué había cambiado ahora para que de

repente me sonriera así? Daba igual, lo importante era que parecía que ya no estaba cabreado y eso

me tranquilizó. Dos pasos más y ya lo tendría justo frente a mí. Alcé la mano, a modo de saludo y

medio sonreí también. Abrí la boca para ser la primera en decir algo y, pasó de largo, dejándome

con la palabra en la boca. Sí, tal cual, como si yo fuera uno más de los maderos que sujetaba los

banderines en la verbena. Y por si eso fuera poco...

—Hola, preciosa—saludó detrás de mí—, has terminado pronto.

—Todo el pueblo está aquí arriba, era tontería seguir con el bar abierto. Voy a echarle una mano a

mi tío, ¿no vemos después?

—Cuenta con ello.

Abochornada vi a Minerva, la sobrina de Pepe, pasar a mi lado meneando las

caderas con descaro.

Y si todavía con aquello no había sido suficiente para sentirme como una imbécil...

—¿Decepcionada, pecas? —Susurró en mi espalda. No me molesté en contestar.

Pues sí, muy a mi pesar me sentía decepcionada y unas cuantas cosas más, para qué mentir.

Haber albergado en mi interior que su preciosa sonrisa era para mí y que por fin se alegraba de

verme, me hacía sentir como una auténtica gilipollas, la verdad. Ilusa, eso era lo que era. ¡Una ilusa!

Bastante rato después, cuando ya todo el mundo había tirado sus deseos a la hoguera y habían

bromeado los hombres, con tirar también a alguna de las mujeres, allí presentes, volvimos a por otra

cerveza. Afortunadamente, ni Delia ni Aina parecían haberse dado cuenta del momento tan

bochornoso que había tenido antes, al menos no comentaron nada al respecto. Intenté con todas mis

fuerzas hacer como que aquello no había pasado y disfrutar de la fiesta, pero, cada vez que mis ojos

se cruzaban con los de Unai, tenía la sensación de que los suyos estaban cargados de burla y, me

dolía. Ser consciente de que se había reído de mí en mi puta cara me jorobaba, y mucho.

Con la tercera cerveza, fueron aligerándose mis hombros del horrible peso de

la vergüenza sentida, y

empecé a disfrutar realmente de la verbena, mezclándome con el resto de la gente para bailar y

departir, alegremente. Cuando Eulogio entonó con su acordeón los primeros acordes de “Noches de

Bohemia” del grupo “Navajita Plateá”, busqué a mi padre con la mirada. Siempre había sido nuestra

canción favorita y, por ley y por costumbre, la bailábamos juntos.

Era una cumbia lenta, con una letra muy bonita que habíamos hecho nuestra la primera vez que la

bailamos, hacía muchos años, en una boda en la que los invitados nos hicieron hasta un corro.

Fue un momento especial entre padre e hija que atesoraré en mi memoria para siempre. Un poco

achispado por el vino, se acercó a mí, entrelazó su mano con la mía, apoyando la libre en mi cintura.

Yo, incliné la cabeza hasta dejarla sobre su hombro y, simplemente me dejé llevar.

—¿Lo estás pasando bien, canija?

—Sí, papá, estoy disfrutando mucho. ¿Y tú?

—Ya sabes que yo siempre me lo paso bien, pero, esta noche es especial porque estás aquí. ¿Cuántos

años han pasado desde la última vez que tú y yo...?

—Diez—musité sin dejarlo terminar de hacer la pregunta—, la última vez fue el vals del día de mi

boda, en París.

—Sí, lo recuerdo. Ese día estabas espectacular y muy feliz. Yo no tanto...

—Bueno, como tú bien has dicho antes, ahora estoy aquí, y pienso quedarme una buena temporada.

—¿Ya le has dado la noticia a Unai? —Indagó. Negué con la cabeza—. Ya veo, piensas esperar

hasta el último momento, ¿eh?

—Sí, pienso tenerlo en ascuas hasta que no me quede más remedio que decírselo.

—Ten paciencia con él, Ruth. Es un buen muchacho y aunque no lo parezca lo está pasando mal...

—Sí, sí, ya veo lo mal que lo está pasando—dije mirando al susodicho que, muy cerca de nosotros

bailaba pegado a Minerva—. Descuida, seré tan delicada como una lija de las que usaba el abuelo

con la madera—mi padre se descojonó.

—Tú sabrás lo que haces, canija. Tú sabrás—Meneando la cabeza se separó de mí—. Resérvame un

pasodoble—pidió antes de volver junto a mi madre y el resto de cacatúas.

Divisé a Delia sentada con unos familiares a los que hacía años que no veía, charlando

tranquilamente, seguro que de temas familiares y, no quise inmiscuirme en la conversación, por lo

que, giré sobre mis talones y me dediqué a buscar a Aina. La vi en el otro extremo, cerca del

pequeño escenario con un grupo de gente, más o menos de nuestra edad, haciéndole descaradamente

ojitos a uno de los chicos. Tampoco quise molestarla, no fuera a ser que al acercarme a ellos le

cortara el rollo. Entonces hice lo único que se me ocurría, acercarme a la barra del bar,

pedir otra cerveza y dirigirme al puente. Caminé lentamente por él, justo hasta la mitad, sin

reparar en que estaba siendo observada y sin saber que, no tardaría mucho tiempo en estar también

acompañada.

Me apoyé en la barandilla de madera, ahora pintada de color rojo y dejé vagar mi mente por el

pasado. Recordando a mi padre y a los demás hombres del pueblo construyendo el puente para que la

señora Brígida y su familia no tuvieran que rodear toda la finca para salir de ella.

En un principio había sido del color de la madera.

Una madera rasposa, llena de imperfecciones que, con el paso del tiempo se fue oscureciendo y

envejeciendo. La primera vez que lo pintaron, un trabajo complicado ya que tuvieron que meterse en

al agua, fue de color verde, para que no desentonara con el paisaje. Luego, en una reunión de

vecinos, en la capilla, acordaron que la próxima vez que volvieran a hacerlo, lo harían de colores

vivos. Así fue como del verde pasó al naranja, al azul, al morado... hasta llegar al rojo. Un rojo

sangre que destacaba entre tanto verde y marrón, haciendo que, desde cualquier parte que uno mirase,

se quedara maravillado con la panorámica.

Caminé un poco más allá, alejándome del ruido, dejando atrás las luces de colores, la música y la

algarabía. Pensando que, ya que Unai estaba tan entretenido con su novia, divirtiéndose, no se daría

cuenta de que estaba invadiendo su terreno. Bueno, suyo y ahora también mío, aunque eso él aún no

lo supiera. Antes de adentrarme más en la oscuridad, miré hacia atrás para cerciorarme de

que nadie me veía y me aproximé sigilosamente a la valla blanca, no fuera a ser que Trueno estuviera

por allí suelto, al acecho, y me diera de nuevo el susto de mi vida. Acaricié la madera, pulida y

lijada y suspiré con lentitud. Tenía en frente de mí la casa que dentro de un par de días sería mi

nuevo hogar y eso, me acojonaba bastante. ¿Dónde me estaba metiendo? ¿Estaba segura de lo que

estaba haciendo? No, en estos momentos era la persona más insegura que pisaba el planeta tierra y,

por un momento pensé en echarme atrás, recoger mis cosas y desaparecer. Sería tan fácil...

—Hola—saludó una voz a mis espaldas haciéndome pegar un brinco y

girarme asustada. Era David

—, lo siento, no quería asustarte.

—Pues menos mal, porque si llegas a querer...

—¿Qué haces aquí tan sola?

—Buscar un poco de tranquilidad—contesté con voz monótona.

—Delia y Aina parecen estar pasándolo bien, ¿tú no?

—Sí, claro que sí, lo que pasa que me puse a andar y aquí estoy...

—Oye, me he enterado hace un rato de lo de Judith, es una lástima lo que ha pasado. Lo siento mucho

—susurró acercándose un poco más a mí—. Antes he saludado a su hermano, si no llega a ser porque

las chicas me dijeron quién era, no lo hubiera reconocido.

—Sí, lo mismo me pasó a mí. Ha cambiado mucho.

—Pero solo físicamente, su carácter sigue siendo el mismo. Es un borde. ¡Vaya! —Exclamó

fijándose en la casa—. Ha quedado impresionante, ¿De quién es?

—Pues deberías de verla a la luz del día, es aún mejor—di un trago a la cerveza—. Era de Judith,

ella la reformó. Ahora es de Unai y... —Me callé para no dar demasiada información.

—Oye, te seguí porque quería despedirme. Mis padres están cansados y quieren que los lleve a casa.

Verás—me miró con timidez—, si no hay cambios pienso quedarme por aquí

una temporada y me

preguntaba si te apetecería quedar, no sé, tomar un café en el bar de Pepe y charlar. Ponernos al día.

¿Qué me dices?

—Me encantaría—respondí con sinceridad.

—¿Qué te parece el lunes?

—La semana que viene la tengo un poco complicada, pero si me das tu número de teléfono te

llamaré.

—Hecho. ¿Tienes dónde apuntar?

Saqué el teléfono móvil del bolso que llevaba en bandolera, anoté su número y le hice una llamada

perdida para que le quedara el mío registrado. Realmente me apetecía tomar algo con él. Saber qué

había sido de su vida, si estaba casado... En fin, teniendo presente lo que se me avecinaba, no estaría

mal tener un amigo de la infancia cerca para desconectar de vez en cuando. La pantalla de su teléfono

se iluminó.

—Es mi madre—puso los ojos en blanco y atendió la llamada—. Tengo que irme—se disculpó—,

me ha encantado verte de nuevo, Ruth. Esperaré tu llamada impaciente.

—A finales de la semana que viene te llamaré, prometido—se inclinó, supongo que para darme dos

besos en la mejilla...

—¿Interrumpo algo? —Una voz ronca y acerada se dejó oír, poniéndome los pelos de punta y, cerré

los ojos murando para mí: «¡Maldita sea mi suerte!». David se irguió, soltándome de golpe, asustado.

Unai, con las manos apoyadas en la cadera, la cabeza ladeada y una mirada gélida, nos contemplaba

a pocos metros de distancia, esperando una respuesta.

—Nada, yo ya me iba. Por cierto, Unai, tienes una casa preciosa—comentó David, nervioso, pasando

a su lado.

—Lo sé—contestó con la misma voz sin desclavar sus ojos de los míos.

¡Dios! En ese instante parecía tan peligroso que lo único que me apetecía hacer era echar a correr sin

mirar atrás. Era como una pantera a la que acabaran de liberar de su encierro y, estuviera dispuesta a

abalanzarse de un momento a otro sobre su captor para arrancarle la cabeza de un bocado. ¿Por qué

narices parecía tan cabreado? ¿Por estar en su terreno sin haber sido invitados? ¡Joder, qué hasta

hace nada estaba la mar de contento junto a su novia! ¡Y además yo tenía el mismo derecho que él a

estar allí! De verdad que no entendía los cambios de humor de este hombre...

—¿Por qué te gusta tanto hacer promesas que no vas a cumplir? —Preguntó con desprecio. ¿A qué

venía aquello?

—¿Cómo dices?

—No te hagas la tonta, sabes de sobra a qué me refiero. Le has prometido al pobre iluso que lo

llamarás la semana que viene cuando tú y yo sabemos que ni siquiera estarás aquí. ¿Por qué lo haces?

¿Te gusta ir por la vida dando falsas esperanzas?

—¿Has estado escuchando nuestra conversación? —siseé.

—No toda, sólo lo suficiente para ver que sigues igual que siempre, aunque en realidad eso ya lo

sabía. No he descubierto nada nuevo.

—Ni siquiera voy a molestarte en contestarte a eso, no merece la pena—
Intenté hacer lo mismo que

David, pasar a su lado e irme, pero su manaza me lo impidió sujetándome del brazo, con fuerza.

—¿Eres consciente del daño que ocasionas a las personas haciendo lo que haces?

—¡Suéltame, me estás haciendo daño! —Medio grité con los dientes apretados.

—¡Contéstame!

—Pides una respuesta que no estás dispuesto a escuchar, ¿para qué molestarte? Según tú, soy una

materialista, una interesada y voy por la vida haciendo daño a la gente... ¿Qué es lo que quieres oír

exactamente? ¿Qué tienes razón? ¿Qué soy la peor persona del mundo? —Me zafé de su agarre de un

tirón y lo fulminé con la mirada. Él se quedó callado—. ¡Está bien, lo confieso! Soy mala, malísima.

¡Vamos, una auténtica zorra! ¿Satisfecho? —Siguió sin decir nada—. ¡Ya tienes lo que querías! Esta

noche ya podrás dormir tranquilo con mi confesión.

—¿Por qué estabas dejando que te besara? ¿También te sientes atraída por él?

—¿Qué? —Pregunté alucinada. Esto ya era el colmo—. ¿Pero tú te estás oyendo? David no me

estaba...

—¡¿Acaso vas a negarme lo que vi con mis propios ojos?!—Rugió

—¡Tienes razón, qué atrevimiento por mi parte! Había olvidado que tienes visión nocturna—ironicé

—. Cuando has interrumpido estaba a punto de quitarme las bragas y dejar que él me empotrara

contra las vallas. ¿No te diste cuenta de eso? ¿No se me oía gemir desde la verbena? ¿Desea el señor

juez añadir algún calificativo más a su lista por ello? ¿O prefiere dejarlo para más tarde y terminar

con lo que otro ha empezado? —Me envalentoné.

—Debería de darte vergüenza...

—No la tengo, recuerda que soy muy zorra.

—No te imaginas las ganas que tengo de que sea lunes, me vendas tu parte de

la herencia y te largues

de una maldita vez—espetó—. A partir de entonces, sí que dormiré tranquilo sabiéndote lejos.

—¿Ah sí? Pues me compadezco de ti—dije chasqueando la lengua contra el paladar—. Se te

avecinan tiempos de insomnio porque, no voy a irme.

—¡Claro que te irás, te llevaré yo mismo al aeropuerto si es necesario!

—Creo que no me he explicado bien... Verás Unai, no sólo he decidido aceptar la herencia de tu

hermana y continuar con su proyecto, sino que, además, pienso instalarme aquí—señalé la casa—,

para supervisar personalmente las obras. Así que, vete haciéndome un hueco en los armarios—

anuncié con regocijo.

Él, abrió la boca para protestar y lo único que hizo fue balbucear algunos sonidos inconexos sin

sentido. «¡Vaya! ¡Por fin había conseguido dejarlo sin palabras!».



17

Preferí no quedarme allí esperando una respuesta porque sabía que, en cuanto él recuperara el habla,

sería para seguir haciéndome daño con sus palabras y por hoy, ya tenía más que suficiente. Bastante

había dicho e insinuado ya. Lo miré por última vez y no dudé en girar sobre mis talones y correr,

cuanto antes pusiera distancia entre los dos, mejor. Llegué de nuevo a la mitad del puente y allí me

paré, apoyando las manos en las rodillas tratando de recuperar el aliento para que, una vez regresara

al prado, nadie notara que algo me había pasado. Miré hacia atrás por encima del hombro con

nerviosismo, estaba sola. No me había seguido y respiré hondo un millón de veces. Hasta que no

volví a respirar con normalidad, no crucé el resto del puente.

Busqué a Delia y Aina y las localicé cerca de los sauces, solas. Mirando a un lado y a otro, seguro

que buscándome y preguntándose dónde diablos estaría metida. Compuse mi mejor sonrisa y me

aproximé a ellas como si nada. En cuanto me vieron, Aina puso los ojos en blanco.

—¿Dónde leches te metes? —Preguntó antes de que llegara a su lado.

—Por ahí. Dando una vuelta—dije haciendo un gesto con la mano hacia ninguna parte.

—¿Qué has estado haciendo en el lado oscuro? —Esta vez fue Delia la que preguntó.

—¿A qué te refieres con el lado oscuro? —indagué para no meter la pata.

—A ver, hace rato que te vi cruzar el puente y perderte en la oscuridad hacia el lado oscuro—la miré

sin comprender—. Joder, chica, hacia la finca.

—¿Y por qué lo llamas el lado oscuro?

—¿A ti qué te parece? —Me encogí de hombros sin la menor idea—. Pues porque no hay luz, Ruth,

cae de cajón, ¿no?

—Ahhh vale... Parecía que quería dolerme la cabeza y me dirigí allí para buscar un poco de

tranquilidad.

—¿No te has encontrado con nadie por allí? —Aina me miró con interés.

—No, a nadie...

—Qué raro—me interrumpió—, juraría que vi a David ir en la misma dirección y, más tarde a Unai.

¿Tanta oscuridad hay por esa zona que no viste a ninguno de los dos?

—Pero vamos a ver, ¿a vosotras no se os escapa nada? ¿No tenéis nada mejor que hacer que

controlarme? ¡Dais miedo, coño!

—Desembucha—ordenó Delia con voz firme.

—Dios... ¡Está bien, los vi a los dos! David...

—No, no, aquí no que hay muchas antenas parabólicas funcionando a pleno rendimiento. Mejor en

nuestro escondite—propuso Aina levantando algunas ramas de los árboles para dejarnos paso.

Junto al tronco de uno de los sauces había tres cervezas apoyadas.

—¡No me lo puedo creer! ¿Lo teníais preparado? ¿Cómo sabíais que...?

—Por favor, ¡qué estás hablando con expertas! Toma y bebe—puso en mi mano uno de los botellines

de cerveza—, seguro que lo necesitas.

«Pues sí, lo necesito», pensé dándole un buen sorbo. Nos acomodamos en el suelo, que estaba un

poco húmedo y me contemplaron con curiosidad. Me lo tomé con calma, haciéndolas sufrir un poco y

después de un rato, cuando noté que empezaban a impacientarse, les conté ambos encuentros. Primero

el de David y luego el de Unai.

—¿De veras vas a llamarlo?

—Por supuesto. En cuanto vosotras os vayáis voy a encontrarme muy sola, Delia, y me vendrá bien

tener un amigo con el que charlar.

—¿Un amigo? Estuviste dos veranos liada con él, Ruth, ¿A quién quieres engañar?

—Venga ya, Delia, eso fue hace veinte años...

—Estuviste colgadísima de él, cielo, ¿has olvidado lo mal que lo pasaste cuando dejó de venir?

—Sí, lo he olvidado porque eso fue hace mucho tiempo. No sé cómo puedes pensar siquiera en que

pueda sentir algo por él. ¡Es ridículo!

—Ruth, no me mal intérpretes, pero, estás pasando por una situación

complicada. Tu separación del

franchute, el fallecimiento de Jud, la mala relación con tu madre, Unai... No sé, ahora mismo eres

muy vulnerable y no me gustaría que te hicieran daño.

—Sé que estáis preocupadas por mí, pero no voy a hacer nada que me perjudique, Delia. No entra en

mis planes liarme con el primero que llegue y me haga ojitos, créeme. Mis prioridades son otras...

—¿Tú no piensas decir nada, Aina?

—¿Decir? ¡Nooo! ¡Lo que me apetece es cogerla del moño y meterla en el río a ver si así espabila!

—Exclamó ésta dejándome con la boca abierta.

—¿Por qué coño ibas a hacer eso? —Espeté.

—¿Tú te has dado cuenta de que has tenido la oportunidad de aclarar las cosas con Unai y en cambio

lo único que has hecho es dejarle creer que tiene razón?

—¡Estoy harta de tener que dar explicaciones por cosas que no he hecho, Aina! Además, dijera lo

que dijera él ya tiene un concepto de mí que no va a cambiar de la noche a la mañana. ¿Para qué

molestarme entonces? ¿No te das cuenta? ¡Me odia!

—No, no te odio—alcé la vista y al verlo parado a nuestro lado me levanté de golpe. ¿Pero qué le

pasaba a este hombre que aparecía de la nada? ¡Dios, era como el Guadiana!

—. Delia, Aina,

¿Podéis dejarnos solos un momento? —Pidió.

—¡Nooo! —chillé, alarmada—. ¡Ellas se quedan!

—Quiero hablar contigo a solas, pecas.

—No, me niego. ¡Ni se os ocurra moveros! —Ordené viendo que ellas ya se ponían en pie.

—¿A qué tienes miedo? —Ladeó la cabeza y sus labios se curvaron en una sonrisa socarrona.

—No tengo miedo y tampoco nada que hablar contigo. Por hoy ya nos hemos dicho suficiente, ¿no

crees?

—¿Por qué? —Preguntó con calma.

—¿Por que qué?

—¿Por qué después de casi diez años sin saber nada de ti, en mi caso muchísimos más, de repente te

interesa esta vida? Quieres hacerte cargo de un proyecto que ni siquiera sabías que existía porque no

hablabas con mi hermana. Si ella no te hubiera escrito una carta, posiblemente no te hubieras

enterado de su muerte—se pasó las manos por la cara varias veces. Parecía tan cansado...—. ¿Es por

qué te sientes culpable? Porque si es así, quédate tranquila, no es culpa tuya. ¿Es por dinero? Estoy

dispuesto a pagarte lo que pidas por tu parte de la herencia—guardó silencio

unos segundos que se

me hicieron eternos—. No tienes nada que hacer aquí, Ruth, coge el dinero y regresa a París, con tu

marido.

Tragar el nudo que se me había formado en la garganta mientras escuchaba sus palabras y responder

estaba resultando una tarea ardua. Las lágrimas me quemaban en los ojos pujando por salir y no

quería llorar. No en su presencia, sería demasiado humillante para mí. No podía negar que tenía

parte de razón en lo que decía.

Por supuesto que me sentía culpable, no por lo que Jud hizo, sino por lo que yo había dejado de

hacer. Ser su amiga. Y, no, no podía culpar a Jean Paul y a mi madre por ello porque en realidad la

única culpable había sido yo, razón de más para seguir adelante con su proyecto y así compensar, de

alguna manera, mi gran error. No necesitaba dinero, de momento. Regresar a París, totalmente

descartado. Por lo tanto, respecto a que aquí no tenía nada que hacer, estaba muy, muy, equivocado.

—Lo siento—hablé por fin—, pero pese a quién le pese voy a quedarme, Unai. Principalmente

porque tengo un sueño por cumplir, el de Jud. Sé que no lo entiendes, y hasta cierto punto lo

comprendo, pero estás equivocado respecto a mí. No tengo ni idea desde que punto escuchaste

nuestra conversación—dije mirando a... ¿Dónde estaban Aina y Delia?

—Se han ido hace rato—En mi mente las llamé desertoras y suspiré—
¿Decías?

—Lo que quería decir era que, aunque tratara de explicarte mis motivos no ibas a creerlos porque ya

me odias y, la única manera que tengo de demostrar mi inocencia es quedándome aquí.

—¿Por qué te importa tanto mi opinión sobre ti? —Preguntó acercándose lentamente. Su cercanía me

puso más nerviosa, si cabe.

—Porque eres el hermano de una de mis mejores amigas y nos criamos juntos. Porque hubo un

tiempo en que formaste parte de mi día a día, de mi vida.

Si alguien me viniera contando algo tuyo, por muy fuerte que fuera, siempre lo pondría en duda... Me

duele que después de todo lo que hemos vivido y compartido, por muy jóvenes que fuéramos, tengas

esa opinión tan pobre sobre mí.

— Esa época de la que hablas es agua pasada. Pero tienes razón, compartimos un periodo de nuestra

vida importante y mucho tiempo juntos. Qué curioso—dijo pensativo—, por aquel entonces eras tú la

que me odiaba, en cambio yo... estaba loco por ti, tanto que hasta llegué a

declararme y te pedí que

me esperaras. ¡Qué idiota! Tendría que haber imaginado que jamás cumplirías tu promesa...—Abrí la

boca para protestar. Me lo impidió el cosquilleo que produjeron sus dedos en mis labios—. Sé lo

que vas a decir, que era un niño de quince años pasando por una situación difícil y te viste en la

obligación de hacerlo para que me fuera tranquilo—sus dedos pasaron de los labios a la mandíbula,

la mejilla, otra vez los labios... Mi pulso se aceleró—. Ese niño estaba enamorado de ti desde que

tenía uso de razón, por eso obligaba a su hermana a cargar con él a todas partes. Porque quería estar

donde tú estuvieras. Se ponía furioso cada vez que te veía con David porque dejabas que te hiciera

lo que él deseaba hacerte. Besarte... Acariciarte... Nunca perdió la esperanza de que algún día te

fijaras en él, por eso se declaró. Creyó en tu palabra y le hiciste daño. Mucho—la intensidad de sus

palabras y de su mirada era tan grande que estaba paralizada.

Quería impedir que siguiera hablando y no podía—. Afortunadamente para él, tenía una vida por

delante para superarlo. Y lo hizo. Te olvidó—su otra mano acarició mi pelo—. Ahora es un hombre

de treinta y cinco años al que la vida ha golpeado demasiadas veces obligándolo a ser: cauto, cínico,

incrédulo... —Cerró los ojos y se inclinó hasta rozarme la oreja con los labios. Ahogué un jadeo—.

No te odio, pecas—susurró—, pero quiero que sepas que, si decides seguir adelante y quedarte, no

voy a ponerte las cosas fáciles, y que haré hasta lo imposible porque no vuelvas a formar parte de mi

vida—el corazón se me encogió en un puño, estrujándolo con fuerza.

Lo más lógico, después de su advertencia, hubiera sido que se largara dándole así veracidad a sus

palabras, pero no. En cambio, siguió allí, mirándome a los ojos, como si pudiera leer profundamente

en ellos lo que en aquellos momentos anidaba en mi interior mientras sus manos enmarcaban mi cara

y sus pulgares acariciaban mis mejillas.

También podría haberme ido yo. No lo hice. No pude. A pesar de lo dicho a penas un instante antes,

el movimiento rítmico de sus caricias y el calor que emanaba de su mirada me tenían totalmente

atrapada y, sucedió lo que nunca imaginé. Su cabeza descendió lentamente, como a cámara lenta y su

aliento cálido rozó mis labios un segundo antes de que también notara la suavidad de su tacto.

Al principio un beso tímido que tanteó mi boca y que, en un abrir y cerrar de ojos se tornó sexi y

apasionado.

El primer roce de nuestras lenguas hizo que en mis entrañas se encendiera una llama enviando

oleadas de calor a todo mi cuerpo. Despertando todas y cada una de mis terminaciones nerviosas. Un

gemido roncó escapó de mi garganta y fui subiendo mis manos por su cuerpo hasta enlazarlas en su

cuello, pegándome más a él. Nuestras respiraciones se agitaron a la vez que nuestras lenguas se

fusionaban en nuestras bocas en un baile lento, cadencioso, morboso. Todo lo que nos rodeaba: la

música, las risas, las conversaciones, todo, desapareció para mí y sólo quedamos él y yo, ocultos por

el espeso ramaje de los sauces y acompañados por el suave rumor del agua del río, detrás de

nosotros. Me entregué totalmente y me dejé llevar como una adolescente, sin pensar, sin prejuicios...

Sin otra cosa en mente que beberme sus roncós quejidos de placer al igual que él se iba bebiendo los

míos. Desafortunadamente para mí, su conciencia hizo acto de presencia antes de que la mía

llegara siquiera a asomar el morro.

—Lo siento—balbució rompiendo la magia del momento bruscamente, alejándose—. Por favor,

pecas, vete de Los Sauces—Y esta vez sí se fue, dejándome con más ganas de él y confusa. Muy

confusa.

Poco tiempo después, fui yo la que abandoné nuestro escondite, pero en mi caso, por la puerta de

atrás. Por el mismo sitio por el que mis amigas habían salido dejándonos solos y, caminé por la

orilla de río. Bordeando el prado entre las sombras, dejando atrás los rescoldos de las hogueras que

se habían encendido esa noche.

La de San Juan, y la de mi interior. Ambas prendidas por la misma mano, pero con distintas cerillas...

No volvimos a vernos hasta la reunión del lunes, en el despacho del señor Carmona.

El domingo, Aina y Delia, como ya venía siendo costumbre, me echaron un rapapolvo por

desaparecer de la verbena sin decir nada para después pedirme, no, más bien exigirme, que les

contara con todo lujo de detalles lo que había pasado con Unai. Obediente como yo sola, lo hice

esperando reacciones desmesuradas o exclamaciones de sorpresa. No las hubo. Al contrario. Se

sonrieron una a otra con complicidad y simplemente me dijeron que se veía venir. Según Aina, Unai

todavía seguía sintiendo algo por mí y estaba claro que lo que le pasaba era que estaba cagado de

miedo por lo que pudiera pasar si yo me quedaba en el pueblo. Delia era de la misma opinión que

Aina, pero con una diferencia. Inconscientemente le había hecho daño y su

resentimiento podía más

que el amor que alguna vez me había profesado. Eso, sumado a todos los malentendidos que pudiera

haber por culpa del franchute, no hacía más que agravar mi situación con él. Una me pedía que me

lanzara de cabeza a la aventura de mi vida, mientras que la otra me aconsejaba prudencia y mucho

tiento.

¿Qué quería yo? Esa era la pregunta que iba haciéndome a la mañana siguiente mientras conducía el

coche dirección Santander.

En un principio, aceptar mi parte de la herencia y finalizar el proyecto de Jud, para así de algún

modo resarcir mi culpa, era el único motivo que me llevaba a quedarme allí.

En cambio, ahora, después de haber pasado la mayor parte de la noche anterior meditándolo con la

almohada, y después de mi último encuentro con Unai, lo que realmente quería era conocerlo a él.

Conocer al hombre en que se había convertido aquel niño que me declaró su amor y al que, sin

querer, había hecho daño haciendo a un lado una promesa que para mí no significaba nada y que,

para él, lo era todo. ¿Buscaba su perdón? Sí, evidentemente lo buscaba, pero no sólo eso, sino

también la oportunidad de que él conociera la mujer en la que me había

convertido yo, que para nada

tenía que ver con la imagen se había formado de mí.

Aún seguía dándole vueltas al asunto cuando llegamos a la oficina del señor Carmona y

automáticamente nos hicieron pasar a su despacho. Por lo visto ya nos estaban esperando. Al primero

que vi, fue al causante, últimamente, de mis escasas horas de sueño y algo se agitó en mi interior.

Aun así, no aparté la vista de su magnífico cuerpo, embutido en unos tejanos ajustados negros y una

camiseta básica de color verde botella. Informal y guapo. Muy guapo. Nos saludamos, todos, con

cordialidad, y el abogado no perdió el tiempo, yendo directamente al meollo de la cuestión.

—¿Y bien? —Dijo paseando su vista por la habitación—. ¿Han tomado una decisión? —Se centró en

nosotras tres.

—Así es, verá—Aina se puso en pie—, Delia y una servidora no podemos aceptar nuestra parte de

la herencia porque ambas vivimos lejos de aquí y cambiar de vida ahora mismo nos resultaría

imposible...

—Unai—interrumpió el abogado—, supongo que traerás contigo la propuesta de compra, ¿verdad?

—Este asintió—. Muy bien, entonces...

—No será necesaria la propuesta de compra—anunció Delia acariciando su tripa con parsimonia.

Los tres hombres y yo la miramos sin comprender—. Como bien dijo mi amiga, Aina, por motivos

personales no podemos hacernos cargo de la herencia y del proyecto de Jud, pero, Ruth sí. Nos

gustaría que redactara un poder notarial en el que se indicara que la señora Ruth Griera tiene total

libertad, en nuestro nombre, para tomar las decisiones pertinentes respecto a la finca y al proyecto.

¿Podría ser? —Abrí la boca asombrada.

—¿Quiere eso decir que entonces aceptan la herencia? —Indagó el abogado.

—Exacto. Y como nosotras no estaremos aquí y ella sí—explicó Aina señalándome—, queremos

hacer un poder notarial para que ella no tenga ningún problema legal a la hora de hacer o deshacer.

De esta manera, tanto Unai como Ruth manejarán cada uno el cincuenta por ciento de la herencia y

del proyecto. Ya sabe, para evitar eso de... yo tengo más derechos que tú y tal —miró de soslayo a

Unai.

—Muy bien, no veo ningún inconveniente en ello. Tardaré unos minutos en redactar el documento,

mientras tanto pueden ir firmando esto—dijo depositando sobre la mesa unos papeles—. El señor

Cárcava se encargará de explicarles el resto.

Poco más de dos horas después, abandonábamos el despacho del abogado, en silencio. Él, tenso y

serio. Yo, aún sorprendida por lo que habían hecho mis amigas y decidida a cumplir con mi promesa

costara lo que me costase.



Unai

No recordaba con exactitud los años que tenía cuando comencé a pensar que, Ruth, una de las

mejores amigas de mi hermana, era un ángel que estaba en el mundo para protegerme a mí. Creo que

rondaría los siete u ocho años, más o menos. Aquel día hacía un calor horroroso y junto con mi

madre subimos al río a pasar la tarde. Ella, mi hermana Judith, Aina y Delia eran inseparables,

siempre juntas a todas partes, y ese día no podía ser menos. Mi madre, nos extendió una manta de

flores en el suelo y mientras bordaba bajo una sombrilla y escuchaba la radio, nosotros jugábamos a

todo lo que se nos ocurriera. Junto a la orilla del río y cerca de los sauces, los árboles que daban

nombre al pueblo, había un saliente de piedra, no muy grande, en el que yo solía jugar y desde el que

me lanzaba al agua, usándolo de trampolín. Ese día, yo correteaba con mi pelota, una que me habían

traído los Reyes Magos las últimas navidades, dándole patadas a ver lo lejos que la enviaba. Con tan

mala suerte que ésta se cayó al río, quedando atrapada, por culpa de unos matorrales que crecían en

el agua, debajo del saliente. Sin pensar en lo qué hacía, como niño que era,

me encaramé a la piedra

y me incliné para tratar de recuperarla, pero mis brazos eran demasiado cortos y ni siquiera llegaba a rozarla. Me impulsé hacia delante y miré hacia abajo, nada, desde donde me encontraba sería imposible. Busqué a mi alrededor un palo o algo que me ayudara a moverla y al no ver ninguno, lo que hice fue doblarme de tal manera que la mitad de mi pequeño cuerpo estaba más dentro del agua que fuera. Estiré la mano todo lo que pude, llegando a tocarla y cuando ya creía que lo conseguiría, una libélula pasó volando cerca de mi cara, asustándome tanto, que pegué un grito y me caí al agua.

Muerto de miedo, porque creía que me ahogaría, chapoteaba y vociferaba pidiendo auxilio. Mi hermana al verme se quedó paralizada, Aina corrió a buscar a mi madre y Delia sollozaba. Fue Ruth la que se tiró al agua para socorrerme. La que pasó su bracito de niña alrededor de mi cintura y tiró de mí. La que me ayudó a salir del agua y me tumbó en la hierba. La que acarició mi rostro tranquilizándome... Mi heroína. Algún tiempo después me daría cuenta de que ese día hubiera sido imposible que me ahogara, el río llevaba poco cauce y el agua sólo me llegaba a las rodillas. Sí, lo sé, para troncharse de risa. A raíz de aquel suceso, del que ahora me

descojonaba, yo tampoco quise

separarme de ella y comencé a seguirla a todas partes, convirtiéndome en su sombra.

Mi hermana, que en paz esté, empezó a burlarse de mí cuando me pilló en su habitación

contemplando embobado todas las fotografías en las que ella salía. Lo hacía dejándome en ridículo

delante de los demás niños, cantando: «A Unai le gusta Ruth... Está enamorado de ella... Quiere

casarse con ella...». Yo, me ponía rojo como un tomate y le daba patadas en la espinilla, o la

perseguía por la plazoleta, o le ponía la zancadilla, cualquier cosa que la hiciera llorar. Pobre,

cuánta razón tenía... Con el tiempo, llegué a preguntarme cómo era posible que alguien pudiera llegar

a enamorarse siendo sólo un niño. Uno que ni siquiera sabía lo que significaba la palabra amor.

¿Cómo no hacerlo? Ruth era tan bonita... Con su pelo oscuro, con esos ojos verdes que cada vez que

me miraban me hacían sonrojar... Creo que una vez le dije que me gustaban sus tetas. Y era verdad,

me encantaban. De hecho, recuerdo con mucho bochorno el día aquel que, jugando, también

en el río, se me puso el pito duro, al rozarme ella la espalda con sus atributos ya desarrollados. Ella

tenía quince años, yo trece. Fue uno de los peores días de mi vida porque

otros niños se dieron

cuenta y señalaron mi erección. ¡Qué mal lo pase! ¡Qué vergüenza! De aquella tardé varios

días en volver a mirarla a la cara. Luego todo cambió.

Ella cumplió los dieciséis y yo catorce. Apenas la veía porque ya iba al instituto y yo aún estaba en

el colegio, por eso ansiaba que llegara el verano, para poder estar con ella y volver a pasar las

tardes en el río. No fue así. Sí que pasábamos las tardes en el prado, pero ya no me prestaba la

misma atención, ya no se molestaba en jugar conmigo, ni siquiera soportaba que estuviera en el

mismo lugar en el que ellas estaban. ¿Por qué? Por culpa de un chico mayor que veraneaba en el

pueblo de al lado y del que según mi hermana, Ruth estaba enamorada. Odié a David con

todas mis fuerzas. Sí, lo odié por hacerla reír, por darle la mano, por besarla, por conseguir que lo

mirara como si fuera un Dios. Era tan grande el odio que sentía que una tarde, mientras se besaban

escondidos entre el ramaje de los sauces, le tiré una piedra con el tirachinas y le di en todo el cogote

haciéndole aullar de dolor. Ella me fulminó con la mirada, él me persiguió durante un buen rato y,

cuando consiguió darme alcance, me zarandeó con fuerza. Nadie me defendió y yo lloré

como un maldito crio.

Al cumplir los quince, de la noche a la mañana mi vida cambió por completo. A mi madre le

diagnosticaron alzhéimer, la misma enfermedad que había tenido la abuela y, me enviaban a vivir con

mi tía a Madrid. No quería irme, quería estar junto a mi familia, quería cuidar de mi madre y, por

nada del mundo quería dejar de ver a Ruth. Aunque ella ya no era la misma conmigo, seguía

palpitándome el corazón con fuerza cuando la tenía cerca, me dormía pensando en ella y lo primero

que hacía al despertarme, era mirar una fotografía suya que guardaba en el último cajón de mi mesita

de noche. Si me iba, perdería la oportunidad de que algún día me viera realmente y se enamorara de

mí igual que yo lo estaba de ella. Ver aparecer a mis tíos un fin de semana, me hizo comprender que,

nada de lo dicho o hecho para convencer a mis padres de que me dejaran quedarme con ellos, había

dado resultado. Mi partida era un hecho, estaba desesperado e hice lo único que se me ocurrió.

Declararme.

Eran las fiestas patronales del pueblo y el cumpleaños de mi hermana. Todo el mundo estaba en el

picnic anual, divirtiéndose. Bueno, todos no. Mi familia hizo de tripas corazón e intentaron olvidar

por un momento la enfermedad de mi progenitora y, aunque desde fuera pudiera parecer que estaban

totalmente integrados en la celebración, no era así. Ninguno lo estábamos, la verdad. La sonrisa de

mi madre no le llegaba a los ojos, sólo era un espejismo.

La felicidad de mi hermana por cumplir un año más se veía empañada por la cruda realidad y en más

de una ocasión, la vi limpiarse las lágrimas disimuladamente.

Y mi padre... mi padre ensimismado y con semblante triste, no apartaba los ojos de mi madre, la

miraba con tanta adoración que se me encogió el alma. Yo estaba allí, sentado en el puente como un

mero espectador, observándolos a todos y preguntándome por qué la vida era tan injusta con

nosotros, sin obtener ninguna respuesta. Entonces la vi a ella, era tan guapa...

Llevaba el pelo trenzado, su piel morena resaltaba con el color blanco de su ropa. Un pantalón corto

y una camiseta simple, sencilla, con un corazón enorme, rojo, en el centro de ésta. «El mío», pensé

embobado a la vez que me levantaba y me dirigía hacia ella. Cuanto más me acercaba, más fuerte me

latía el corazón.

Sentía la palma de las manos húmeda por los nervios, pero estaba decidido a hacerlo. Ese sería el

día. Una vez a su lado, la miré a los ojos y antes de coger su mano, sequé la

mía en la tela del

pantalón para que no sintiera repulsión con el contacto y la obligué a caminar a mi lado hasta la

intimidad de los sauces. Allí lo hice.

Con la voz entrecortada y tartamudeando, le dije que estaba enamorado de ella desde aquel día

que me sacó del río. Le dije que me gustaba todo de ella: su pelo, sus ojos, su sonrisa, su boca, su

cuerpo... Me callé lo de sus pecas, esas que tenía encima de la cadera derecha y que, si las unías con

un bolígrafo, formaban un triángulo perfecto.

Me callé porque reconocer que la había observado hasta el punto de reparar en algo tan nimio, me

avergonzaba.

Qué tontería, ¿verdad? Cómo si estar confesando mis sentimientos no fuera suficientemente

bochornoso. «Te quiero—admití en un susurro apenas audible—. Prométeme que estarás aquí cuando

regrese. Prométeme que me esperarás», supliqué en mi desesperación. Lo hizo, lo prometió y, nunca

cumplió su promesa.

Habrà quien piense que era una tontería que un joven de quince años sufriera por un amor

adolescente, pero, ese joven, o sea, yo, tenía sentimientos verdaderos hacia ella, la quería. Y que

incumpliera su promesa, sumado a la pérdida de mi madre unos años después, me destrozó.

Durante mucho tiempo, traté de convencerme de que lo que me pasaba con Ruth, era que estaba

obsesionado porque nunca me había visto con ojos de mujer y, poco a poco, con el día a día, fui

olvidándome de ella e hice mi vida. No fue fácil, lo reconozco, sobre todo cuando supe por mi

hermana que se había prometido, que iba a casarse e instalarse en París indefinidamente. Judith, que

siempre se burló de mis sentimientos, supo entonces que éstos eran tan reales como que el día era día

y la noche, noche y empezó a comprender que no soportara que hablaran de ella en mi presencia.

Respetó mi decisión y no fue hasta hace poco más de un año, cuando regresó a Los Sauces dispuesta

a cumplir su sueño, que me enteré lo que su supuesta mejor amiga hizo después de casarse, sin tener

la más remota idea de que no tardaría mucho, por desgracia, en ser testigo de ello.

Después del fallecimiento de mi madre nunca volvió a ser la misma, vivía en una constante depresión

que a mi padre y a mí nos preocupaba y la convencimos para que se fuera de aquí, lejos de tanto

sufrimiento. Mentiría si dijera que, por aquel entonces, sus amigas, incluida Ruth, no fueron un apoyo

importante para ella, de hecho, fue gracias a ellas que se instaló en Madrid, conmigo. Precisamente,

allí fue donde me enteré, con el transcurso de los años, de que, si seguía existiendo una mínima

posibilidad de que entre Ruth y un servidor hubiera algo, ésta se hacía añicos al saber lo de su

próximo enlace matrimonial.

Fue pasando el tiempo y con él, gracias a Dios, la depresión de mi hermana. Cuando le hablé de mi

intención de regresar al pueblo, porque nuestro padre era mayor y necesitaba que alguien estuviera

con él, ella ya estaba prácticamente recuperada e, ilusionada, me habló por primera vez de pedir un

préstamo en el banco para comprar la finca de la señora Brígida. Me pareció una buena idea y la

animé. Si era lo que quería, ¿por qué no? Además, yo tenía algo de dinero ahorrado y, debido a mi

experiencia laboral en el sector de la construcción, donde había conseguido ser contratista en una

gran empresa, me ofrecí para ayudarla con la reforma y lo que hiciera falta. Encantada y feliz, como

hacía mucho tiempo que no la veía acepto y, mientras ella terminaba sus estudios de restauración

hostelera, yo volví a Los Sauces y me encargué de todo.

Parecía que de nuevo la vida nos sonreía, que por fin habíamos dejado atrás parte de nuestra tristeza

y todo iba viento en popa. Mi padre también se entusiasmó con los planes de Judith y aportó su

granito de arena al poner a disposición de mi hermana el dinero que la abuela había obtenido por la

venta de unas tierras. Facilitando así que sólo tuviéramos que pedir al banco el dinero de la reforma

sin tener que meternos en una deuda desorbitada. Con el contrato de compra firmado y la licencia de

permiso de obra concedido, nos pusimos en marcha con toda la ilusión del mundo. Una ilusión que,

por desgracia, apenas duró dos meses ya que, en una revisión médica rutinaria, al hacerle preguntas a

mi hermana, los médicos se dieron cuenta de que algo no iba bien y, tras ver que en el historial

médico había antecedentes de alzhéimer precoz, decidieron hacerle más pruebas que confirmaron que

la puta enfermedad nos volvía a dar un nuevo golpe, dejándonos devastados.

¿Qué hacer ante algo así? ¿Qué hacer cuando ves que tu hermana, por fin recuperada y con toda la

vida por delante, recibe una noticia de esa índole? Pues nada, no se puede hacer absolutamente nada.

No es necesario explicar cómo nos sentimos tras aquello, uno ya puede hacerse una idea, ¿verdad?

Mi hermana ni siquiera quiso pensar en la posibilidad de replantearse su proyecto y seguimos

adelante hasta convertir las cuadras en una preciosa casita rústica para que

ella se instalara. A raíz

de ahí, todo pasó demasiado rápido.

Me pasé tardes enteras, incluso noches, a su lado, escuchándola hablar de lo que fue su vida.

Recordando con ella anécdotas en las que por supuesto salió a relucir Ruth. Fue entonces cuando me

dijo que hacía muchos años que no sabía nada de ella, que, desde el día siguiente de su boda, evitó

ponerse en contacto con ellas y que jamás contestó a ninguna de sus llamadas. Saber eso me dolió,

mucho. Pero, ese dolor no fue nada en comparación con el que sufrió mi hermana cuando se empeñó

en ir a París a verla por última vez. Yo fui testigo de ese daño y jamás la perdonaré por

ello.

Ojalá me hubiera dado cuenta en aquel momento de que la única intención de Judith era despedirse

de la que había sido su mejor amiga, pero, no supe de sus planes hasta que fue demasiado tarde y una

mañana la encontré dormida para siempre. Ojalá, egoístamente, nunca le hubiera prometido seguir

adelante con el proyecto pasara lo que pasase, de eso modo me hubiera ido con mi padre al día

siguiente de darle santa sepultura y así, nunca la hubiera vuelto a ver. No la odiaba, aunque lo intenté

con todas mis fuerzas, bien lo sabe Dios, pero, por lo visto, en mi corazón no había cabida para ese

sentimiento, en cambio sí que los había para el resentimiento y el rencor. Al contrario que mi

hermana que, desoyendo mis palabras, la nombró una de sus herederas, trayéndola de nuevo a mi

vida.

Mentiría si dijera que, aquella tarde de hacía ya varias semanas, cuando Trueno la descubrió

merodeando por la finca y la reconocí, no se agitó algo en mi pecho. Algo que creí olvidado y que

me sorprendió en gran manera precisamente porque, mis últimos pensamientos hacia ella no fueron

nada buenos.

¿Por qué estaba aquí? ¿A qué había venido? Según tenía entendido, vivía muy feliz con su marido y

tenía demasiado trabajo en París como para acordarse de lo que había dejado atrás. Salí de dudas

cuando Carmona, el abogado de la familia, me llamó citándome para la lectura del testamento de mi

hermana. Ahí estaba la respuesta, ella había venido por puro interés. Afortunadamente para

mí, ya no era el jovencito de quince años que bebía los vientos por ella y estaba dispuesto hacer lo

que fuera necesario para que se largase por el mismo camino que la había traído de vuelta.

Nunca olvidaré la cara que se le quedó cuando supo quién era yo realmente.
Cómo disfrute al

verla sonrojarse y pasar vergüenza después de haberme acusado de cosas
tan... tan... deleznales.

Como tampoco olvidaré su determinación de seguir adelante con el proyecto
de Judith y la rabia que

recorrió mi cuerpo de pies a cabeza por ello.

No podía hacer nada para impedir que heredara, según la ley estaba en todo
su derecho, pero, como

que me llamaba Unai Morales que iba arrepentirse de haber tomado esa
decisión. Le había dejado

claro que no la quería aquí y no me escuchó.

Y, por desgracia, allí estaba, oyéndola abrir y cerrar cajones, instalándose en
la habitación de al

lado, proclamándose dueña y señora de algo que, a mi parecer, no le
perteneía, y no me dejaba más

remedio que actuar.

Yo no era tan benévolo como mi hermana y, no iba a permitir que la persona
que tanto daño nos

había causado a ambos se saliera ahora con la suya haciéndose con su
proyecto. Además, no estaba

dispuesto a correr ningún riesgo con ella, ¡no señor! Apreciaba demasiado mi
corazón como para

volver a dejar que jugaran con él y lo hicieran trizas. Y, si para conseguirlo,
tenía que ser un cabrón

sin escrúpulos, lo sería, y con letras mayúsculas.



AGRADECIMIENTOS

Siempre y para no variar, a Dios, por cumplir mi anhelo y darme su respaldo.
A mi familia, en

especial a mis padres, por inculcarme los valores más importantes de la vida:
el amor, el respeto y la

lealtad. A mis hermanos, por su apoyo incondicional y por quererme como
me quieren. ¡Siempre

juntos!

A mi marido y mi hija, las dos personas más importantes de mi día a día. ¡Os
quiero con locura!

A mis lectoras beta: Mari, Sheila, Vane, Sonia y mi mami, por vuestra
implicación en todo lo que

propongo, por vuestro entusiasmo, por vuestros mensajes... por todo.
¡Gracias por estar ahí!

A todos esos grupos de Facebook y Twitter que me permiten promocionar
mis historias en sus muros.

Hacéis una labor muy bonita al ayudarnos a los autores Indi
desinteresadamente. ¡Millones de

gracias!

Y por último y no menos importante, a ti, sí, a ti que estás leyendo estás
letras, gracias por dar una

oportunidad a mis historias, siempre lo digo, pero es que es la verdad, los
lectores sois lo más

importante, sin vosotros lo que hago no sería posible. ¡Se os quiere!

¡¡GRACIAS!!



SOBRE LA AUTORA

Virginia, nació hace 39 años en Oviedo (Asturias), donde reside desde los 14 años. Hasta esa

edad, vivió en un pueblecito a las afueras de Oviedo, donde, ella misma confiesa, vivió una de las

etapas más felices de su vida.

Se declara lectora empedernida, y amante de la novela romántica (Histórica,

Contemporánea, Erótica, New Adult, etc.). Le gusta escribir desde niña, pero no fue hasta hace

aproximadamente dos años, cuando decidió plasmar en un papel las historias que surgían en su

cabeza y darles vida, consiguiendo con ello, realizar uno de sus sueños al auto publicar su

primera novela: «No quería enamorarme y apareciste tú» en junio de 2015.

Su mayor debilidad, su familia.

OTROS LIBROS DE LA AUTORA

No quería enamorarme y apareciste tú (junio de 2015). Reeditada en agosto de 2016.

Reina de Corazones (abril de 2016)

Empezar de Cero (junio 2016)

Bienvenida al Club (diciembre 2016)

Créditos de portada, maquetación: Ediciones K.

Facebook: Virginia V.B.

Twitter: @Kynkya

Instagram: @Kynkya

UN ADIÓS INESPERADO

VIRGINIA V. B.